

# LA CAPACCUNA DE MONTESINOS

DESPUES DE CIEN AÑOS DE DISCUSIONES E HIPOTESIS  
(1840-1940)

Por J. IMBELLONI

## CONTENIDO

### INTRODUCCION.

1. Objeto de este estudio.

### PRIMERA PARTE, HISTORICA.

2. Distintas épocas y distintos enfoques.
3. Rivalidad póstuma entre Garcilaso y Montesinos.
4. Montesinos, Manethón y Beroso del Perú.
5. Las fuentes de Montesinos.
6. Montesinos, cronista del período preincaico.

### SEGUNDA PARTE, ANALITICA.

7. Preparación al examen de la lista de monarcas.
8. Cotejo de las siete numeraciones.
9. El andamiaje cronológico.
10. Significado de los Soles o Edades.

### TERCERA PARTE, INTERPRETATIVA.

11. El número 4 como clasificador de nociones.
12. Segmentación del tiempo en el sistema tetráctico.
13. Segmentación rítmica de la Capaccuna de Montesinos.
14. Los nueve Pachacuti.
15. El 'Sol' y el 'Pachacuti'; ciclos primarios y secundarios.

### CONCLUSIONES.

16. Montesinos en el centenario de la publicación de las *Memorias*.

## INTRODUCCION

1. — *Objeto de este estudio.* — Toda persona que haya tocado con cierta intensidad y diligencia los problemas propuestos por la historia del antiguo Perú, ha debido encontrarse, tarde o temprano, frente a la terrible disyuntiva de tener

que aceptar y respectivamente rechazar una de las dos versiones que las fuentes nos transmiten sobre el número de los monarcas del Cuzco. Como es harto sabido, por una parte tenemos la lista o Capaccuna (1) oficial, seguida con diferencias numéricas relativamente leves por la gran mayoría de los Cronistas, la que ha estabilizado el número de 12 ó 13 reyes, y por la otra la lista del licenciado Fernando de Montesinos, que enumera a más de cien.

No existe compromiso posible, ni puede ser invocada en esta ocasión la muletilla de que "la verdad está en el medio"; véase, en la expresión temporal de estas dos versiones, cuán enorme diferencia cronológica las separa:

	Número de reyes	Duración de la monarquía
<i>Cuenta corta</i>		
Garcilaso . . . . .	13	400 años
Informac. de Vaca de Castro . .	12	473 años
Polo de Ondégardo . . . . .	12	450 años
<i>Cuenta larga</i>		
Fernando de Montesinos . . . . .	103	4500 años

Desde el día en que fué dada a conocer a los estudiosos la lista de Montesinos, por medio de la traducción francesa publicada en la colección de viajes y crónicas americanas de Ternaux-Compans, tuvo comienzo un período de intensa perturbación, cuyas acciones y reacciones, de una eficacia nunca vista anteriormente, han concluído por modificar *ab imis* el panorama de la vieja y calmada historiografía peruana.

La primera edición de Montesinos, a la que aludimos, fué realizada en 1840, es decir, justamente un siglo atrás. Durante esos cien años la literatura histórica del Perú se ha enriquecido con gran número de documentos antiguos publicados por vez primera en Europa y América, entre ellos las crónicas

(1) Sería más correcto escribir *Capaj-kuna* y anteponerle el artículo "los", porque es esa palabra la forma plural qhëshwa de *Khápaj*. Pero el uso ha creado con la forma vernácula "la Capaccuna" una expresión colectiva interesante, que aparece utilizada por muchos escritores peruanos (Pablo Patrón, José de la Riva Agüero, Guinaldo M. Vázquez, etc.) con el valor de "lista" o "sucesión" de los reyes del Perú.

tan fundamentales de Cabello de Balboa, Juan de Betanzos, la mayor parte de Cieza de León, Juan de Santa Cruz Pachacuti, Fernando de Santillán, Cristóbal de Molina, Francisco de Avila; virrey Francisco de Toledo, padre Anello Oliva, Bernabé Cobo, el anónimo Jesuíta, Fray Martín de Morúa, Pedro Sarmiento de Gamboa y otros muchos, terminando con la muy reciente de Felipe Guaman Poma de Ayala, de tal manera que las fuentes con que trabaja el peruanista de nuestros días no caben ya en el modesto anaquel de nuestros antepasados, porque reclaman por sí solas una considerable estantería.

A pesar de éso puede afirmarse en conciencia que ninguna de las nuevas fuentes ha influido en la renovación del panorama historiográfico con eficacia comparable a la que ejercieron las *Memorias* de Montesinos, y es que si aquéllas venían a completar y enmendar los informes y datos ya sabidos, ésta en cambio venía a trastornarlos y desbaratarlos todos, sumiendo al estudioso en una atmósfera de aturdimiento, cuya última transformación utilitaria vino a formar el estímulo para los últimos cincuenta años de crítica.

El fin que se propone nuestra monografía no es precisamente el de historiar las fluctuaciones del favor popular o del áulico con respecto a Montesinos. Si quisiéramos reunir todas las peroraciones y panegíricos que se han pronunciado en su defensa y alabanza, así como las acusaciones e injurias de que se le ha hecho objeto, tendríamos que disponer de un buen tomo en 4<sup>o</sup> mayor.

Nunca, al menos consabidamente, nos hemos adscripto a aquella clase de escritores de antigüedades americanas que ponen como finalidad suprema y única de su actuación en la escena pública enaltecer hasta la exaltación a uno de los Cronistas de Indias en cuya figura, porte, lenguaje, dialéctica, visión política y origen racial han proyectado de antemano la imagen de su propio yo, para hundir contemporáneamente a otros, cuya personalidad, criterio, carácter y origen les repugnan.

Lo único que nos importa es ver si, después de un siglo de hipótesis más o menos fantásticas, y también de honradas discusiones, puede llegarse a establecer algo concreto y definitivo sobre el dilema de que hablamos en las primeras líneas, esto es, si tenemos que adoptar la cronología corta o

la larga, y al rechazar una de ellas, cuál es la razón de este rechazo. Absolveremos nuestro cometido en tres tiempos: el primero para esbozar el panorama erudito, científico y crítico del peruanismo durante estos cien años, sin descuidar las corrientes del sentimiento; el segundo para el análisis metódico del texto, y el tercero para dar un salto más allá e introducir en esta disciplina, tratada siempre al estilo antiguo, el espíritu intimista de la nueva ciencia.

### PRIMERA PARTE, HISTORICA

2. — *Distintas épocas y distintos enfoques.* — Apenas un decenio después de la publicación de Ternaux-Compans, en la mitad justa del siglo XIX, los autores de la clásica obra *Antigüedades Peruanas*, Mariano Eduardo Rivero y J. von Tschudi, comprendieron la importancia revolucionaria de Montesinos, “autor que trata de la historia antigua del Perú de un modo tan original y tan distinto de los demás, que bien se puede decir que es una producción nueva y desconocida” (2).

Desde ya se revela en el libro de Rivero y Tschudi la incompatibilidad que reina entre Montesinos y Garcilaso, la que ha de hacer crisis en los primeros años del 900. La lista de Montesinos y su crítica ocupan un entero pliego de esta obra. Por ser el primer juicio crítico, interesa sumamente el comportamiento de Rivero y Tschudi. Por una parte admiran la erudición de Montesinos, la copiosa información de sus noticias historiales, su superioridad sobre el mismo Garcilaso en lo que atañe al período menos reciente de la historia peruana, y por la otra hacen resaltar sus contradicciones y errores cronológicos, la falta de diligencia y las hipótesis gratuitas; en resumen, mientras afirman que la sucesión de los monarcas peruanos es arbitraria, conceden que las *Memorias* constituyen un elemento importante en la literatura histórica del Perú (3).

Lo curioso es que esta mezcla de admiración y de condena, este lenguaje *agro-dolce*, representa el modelo de las

---

(2) IL, p. 47.

(3) IL, p. 61.

fórmulas críticas elaboradas a partir de 1850 hasta hoy con respecto al valor de las *Memorias Historiales*, si se exceptúa a los escritores que, haciéndose paladines de Montesinos, nan salido a la lidia llevando su nombre como estandarte.

El primero de ellos es un escritor argentino, don Vicente Fídel López, quien expresa su aprobación no sólo en el artículo de 1869, sino en el grueso tomo de 1871 editado en París, a cuya compilación colaboró el futuro y glorioso egiptólogo Gaston Maspero, a pesar de que repetidamente este último confesara su disconformidad científica con las ideas filológicas e históricas de su poderdante. En el artículo de 1869, Montesinos, quien ya fuera presentado por la mayoría de los historiadores a guisa de artimañoso falsario, recibe un baño purificante de milagrosa virtud y nos es presentado en cándida veste angelical. V. F. López se propone "analizar lingüísticamente" los nombres de soberanos "*que recogió este benemérito cronista, para que se vea hasta dónde va la veracidad inocente con que él consignó en sus Memorias las tradiciones genuinas de los Amautas*" (4).

El análisis prometido por López es una ingenua descomposición de los nombres de monarcas en "raíces", así como estaba de moda expresarse en aquella época, y cuando no son suficientes las de la lengua qhéswa, recurre a las del sánscrito, con la desenvoltura a la que la ligereza de este Autor nos tiene acostumbrados. La feliz intuición de José de la Riva Agüero ha revelado (5) cuáles fueron los puntos de la construcción montesiniana que subyugaron la fantasía de V. F. López, haciendo resaltar principalmente la peregrina idea de la salida de los pobladores del Perú desde Armenia, que tanto tuvo que gustar a quien había fundado la extraña doctrina del origen ario de los peruanos. Las extravagancias glotológicas de don Vicente F. López y sus caprichosas etimologías hacen el par con su nebulosa identificación de los conjuntos étnico-geográficos: así lo comprueba la conexión armenio-industana de tan agreste sabor. "*Uno de los historiadores* —afirma V. F. López— *más honrados y más instruidos entre*

---

(4) XXIX, p. 327.

(5) XLIV, pp. 528 - 529.

*los que tuvo el Perú, Montesinos, ha recogido de la boca de los indígenas del país las pruebas de una antigüedad remota, en una época en que las viejas tradiciones eran aún frescas*" (6). Es este el juicio más entusiasta sobre el autor de las *Memorias*, y expresa una confianza sin límites.

Ya en los principios de este siglo, en 1906, se publica en el Perú otra incondicional defensa de Montesinos, y lleva la firma de Pablo Patrón. A pesar de las desorientadas tendencias de Patrón en el campo de la lingüística comparada, puedo decir sin ambages que en este escrito el autor no hace gala de sus diletantescas derivaciones de sustantivos y verbos qhéswas de la lengua asiria y la babilónica, cuyas características he examinado en otro de mis trabajos, (7) aunque es de por sí natural admitir que las mismas razones enunciadas al hablar de López son valederas para Patrón, quien tuvo que admirar en Montesinos al cronista que había osado traer los peruanos desde el monte Ararat, con afirmaciones geográficas concretas y gran alarde de datos cronológicos precisos. Sin ahondar —sin embargo— el proceso de las intenciones, es pertinente que afirmemos que esta reivindicación de Montesinos por parte del doctor Patrón es del todo correcta en lo que concierne a la primera parte (esto es, demostrar que Montesinos nada ha inventado y que sus asertos se justifican mediante el cotejo "con escritores de Indias notables de los siglos XVI y XVII"); en la segunda parte, en cambio, resulta flojo y arbitrario (cuando pretende demostrar que existió antiguamente en el Perú una escritura verdadera, luego olvidada, y como prueba cita la presencia de petroglifos, pinturas rupestres, adornos estilizados en la cerámica, y los signos que pretende precolombinos, de la piedra de Calango, a pesar de su "cartel" a guisa de blasón mediceval, que contiene, entre otros, el dibujo muy claro del ancla de una carabela).

Con el año 1906 puédesse considerar clausurado el período de los lingüistas (mejor dicho, etimologistas) afanosos de afirmar las fórmulas de los Peruanos-Arios y los Peruanos-Babilonios, y comienza la otra de los Peruanos-Mega-

---

(6) XXX, p. 24.

(7) XIV, pp. 27-31.

líticos en el sentido de Markham, quien fué el inventor de este estupendo espejismo geológico, cuyas consecuencias debían perdurar, especialmente en Bolivia, hasta nuestros días.

Exaltado por los aparejos murarios del Cuzco y sus alrededores, pero aun más por los restos de Tiahuanaco, sir Clements R. Markham había ya construído aquella su deslumbrante teoría que sostiene la primitividad absoluta, en la historia del Perú, de las murallas, estatuas, portales y escalinatas formadas por piedras de gruesas dimensiones, o megalitos; de tal modo este conjunto resultaba ser el producto de la actividad ancestral del hombre del altiplano y punto de partida para la secuencia de todas las civilizaciones peruanas. Sus menos que modestos conocimientos de Geología le permitieron proclamar que esa civilización peruana "megalítica" había florecido en una época anterior al plegamiento de las capas sedimentarias que luego formarían la cordillera andina (8). La teoría fué acogida con entusiasmo, y sobre bases tan endeblés pudo levantarse el castillo de los que proclaman la anterioridad de la Sierra con respecto a la Costa. En otro escrito he mostrado que, una vez descartada la hipótesis geológica de Markham, abiertamente inaceptable, poco o nada queda de la "civilización megalítica" en el sentido que se ha continuado repitiendo por simple amor a la sonoridad de las frases hechas. El carácter "megalítico" de los restos mencionados consiste pura y simplemente en ser, materialmente, unas "gruesas piedras", mientras del punto morfológico representan con toda evidencia un desarrollo más reciente y "sabio" que los *cromleck*, *stonehenge*, *menhir* y *dolmen* de la época megalítica en el Mediterráneo y Atlántico oriental.

Pero es en el campo de la cronología donde encontramos, después del estratigráfico, el segundo y no menos craso error de Markham, el de suponer, como algunos arqueólogos sugirieron de primera entrada, que la época megalítica europea fuese extraordinariamente remota y envuelta, como solía decirse, en la "noche de los tiempos", mientras hoy sabemos que perteneció a la cultura joven, o de los metales (bronce); añádase que en el Asia meridional aparece en épocas más re-

---

(8) XXXI bis - *passim*.

cientes y de allí se expande sobre las islas del Pacífico durante la Edad Media. De ello procede que quien dice "cultura megalítica peruana" en sentido arqueológico y morfológico, condena *a priori* toda presunción de remota antigüedad (9).

Se explica así cuál pudo ser el provecho que Markham se propuso sacar de la lista de Montesinos, como lo indica el siguiente pasaje de su libro: "*Después de haber examinado la lista de monarcas, surge la pregunta de si ella irradia alguna luz sobre el problema de la Edad Megalítica y las ruinas de Tiahuanaco*". De inmediato contesta que, en su opinión, la lista ha arrojado bastante luz sobre ese problema cronológico, y que "*puede bien ser que las dinastías Pirua y Amauta representen los soberanos del Imperio Megalítico*" (10).

3.— *Rivalidad póstuma entre Garcilaso y Montesinos.* Mientras sir Clements R. Markham compilaba su libro en Inglaterra, en el Perú había estallado una de las más interesantes disputas doctrinarias, cuyo eje dialéctico estaba constituido por la preeminencia recíproca de uno de los dos cronistas: Garcilaso de la Vega y Fernando de Montesinos.

Causa visible y próxima fué la publicación, en las páginas de la *Revista Histórica* iniciada en 1906 con tanto fervor por el diligentísimo Carlos A. Romero, de tres fragmentos de un extenso trabajo que José de la Riva Agüero había preparado como tesis doctoral (11). Yo no puedo resistir a la tentación de manifestar mis sentimientos de sorpresa y agrado ante este trabajo de un joven de veinte años, poseedor de una cultura densísima, de un lenguaje exento de ampulosidad, un conocimiento meticoloso de las fuentes historiográficas y arqueológicas y un discernimiento tan recto y seguro, que se lo creería propio de un escritor de larga experiencia. Ya en ese escrito se nota la seguridad morfológica con que luego trazará paralelos entre los desarrollos contemporáneos de distintos continentes y delinearé las semejanzas y correlaciones entre las figuras homólogas de Perú, Roma y Egipto;

---

(9) Por lo que concierne a la demostración física, geológica, véase XIV pp. 52-54; la parte puramente arqueológica, en cambio, está tratada en XV y XVII.

(10) XXXI, p. 46.

(11) XLIV.

conceptos y valoraciones que pueden desprenderse de una sabiduría extendida en el espacio, sólo cuando haya rebasado en excavación vertical todas las capas de la ilustración corriente. Intensa sensación produce a principios del siglo ese escrito en los círculos cultos de Lima y los mismos adversarios de Riva Agüero lo llaman, con respeto "alumno-maestro"; en verdad su juventud fecunda de esperanzas brilla como un astro de gran magnitud. No conozco personalmente al doctor Riva Agüero, y no quiero mostrar a mis lectores que le dedico un panegírico; me limito a indicarles que estudien su *Historia en el Perú* (12) y la colección de conferencias que componen su ciclo universitario dictado en 1937, trabajo de síntesis este último, licor condensado y maduro, que no veremos superado en América durante muchas décadas (13).

El carácter general de la obra juvenil de Riva Agüero fué la defensa de Garcilaso, el que antes fuera el único maestro y guía de los peruanistas, algo como Aristóteles para la Edad Media occidental, y que ahora había caído en el descrédito después de la aguda crítica de Prescott y el epitafio de Menéndez y Pelayo: "*los Comentarios no son texto histórico, sino una novela utópica, como la de Tomás Moro...*"

Pero, después de partir dispuesto a subsanar todas las fallas del idolatrado Garcilaso, pronto se ve ante la imposibilidad de disculpar uno de sus más graves errores, el de haber negado la cultura peruana preincaica y afirmado que antes de Manco Kápaj los peruanos estaban sumidos en la vida más salvaje que pueda imaginarse. Con esfuerzos de dialéctica que tienen algo de heroico, intentó Riva Agüero atenuar la *gaffe* del autor de los *Comentarios*, y reúne todos los trozos sobre la vida salvaje del Perú en que los cronistas quisieron describir el estado de "behetría" que habría precedido al Incanato. Al final, sin embargo, debe admitir que el único historiador importante que sostuvo las antiguas organizaciones y civilizaciones peruanas (el joven autor (14) emplea la denominación de Markham "Imperio Megalítico") fué el licenciado Fernando de Montesinos, al que sus sostenedores habían convertido en

---

(12) XLVII.

(13) XLVIII.

(14) XLIV, p. 528.

la piedra angular de la más antigua historia del Perú (15). Y aquí siguen, en la tesis de Riva Agüero, doce páginas de sutilísima crítica documental e interpretativa que pulverizan la obra de Montesinos, realzando todos los aspectos negativos, aunque sin denegar los positivos (16). De muchos resultados de este análisis tendremos que dar cuenta en las páginas que siguen. Su conclusión es que "con todo esto queda en definitiva que Montesinos no es sino en muy pequeña parte historiador fehaciente; que es inadmisibile su larga serie de noventa reyes preincaicos, y que sus Memorias historiales constituyen una maraña de tradiciones, apócrifas las unas, corrompidas las otras, todas ellas barajadas y embrolladas en laberíntica confusión (17).

En el año siguiente, 1907, sale a la luz, en Lima, un estudio de M. González de la Rosa, el eruditísimo peruanista que a la sazón residía en París, desterrado, en el que, con audacia y dialéctica ingeniosas, sostiene que Garcilaso escribió los *Comentarios* sirviéndose de la *Historia del Perú* de Blas Valera en proporciones mucho mayores de lo que el mismo confiesa, de tal manera que puede considerársele un plagiarlo. Análogamente, una segunda obra de Blas Valera, el llamado *Vocabulario histórico* "fué copiado y extractado y modificado sin citarlo" por el licenciado Fernando de Montesinos, plagiarlo número dos (18). En definitiva, el primer historiador del Perú fué Blas Valera, y de él se derivan tanto los *Comentarios*, como las *Memorias*.

La polémica entre González de la Rosa y Riva Agüero se prolongó por varios años y sus jalones principales fueron la respuesta del segundo en 1908 (19), la del primero en el mismo año (20) y las réplicas respectivas del primero (21) y del segundo (22), en 1910.

---

(15) XLIV, p. 530.

(16) XLIV, pp. 530-42.

(17) XLIV, p. 542.

(18) VII, p. 188.

(19) XLV.

(20) X.

(21) XLVI.

(22) XII.

Detrás de los dos contrincantes está todo el mundo culto de Lima, Trujillo, Cuzco y Arequipa. En suma, un verdadero duelo póstumo entre Garcilaso y Montesinos, o, mejor dicho una batalla campal entre los partidarios de ambos en nuestro vigésimo siglo. El hecho es que en el horizonte del Perú actual no es posible hacer arqueología, ni historia, al modo que se hace en otras partes, esto es, como pura ocupación del espíritu y necesidad de saber. Allí, en cambio, se trata de una batalla diaria y una apasionada selección de ideologías que ambicionan dominar el escenario de la vida moderna y resolver sus problemas. En el Perú las cuestiones raciales y económicas, que son allí tan agudas y vivaces, se desarrollan a menudo *sub specie historiae* y bajo la simbólica preeminencia de un cronista de Indias.

Montesinos mismo había inaugurado esta guerrilla contra Garcilaso en la primera parte de su *Ophir* (23). Por otro lado, no puede concebirse armonía ni reposo entre dos *formae mentis* tan distintas como las del Autor de los *Comentarios* y el de las *Memorias*.

El pasaje al qué nos referimos es tan revelador de esta antinomía profunda, que bien merece se le mencione. Es a propósito del nombre del Perú, que se derivó, según Garcilaso, del sustantivo *berú* o *pelú*, que entre ciertos indígenas de la costa colombiana significaba "río" en general. La derivación es exacta, y confirmada por otros cronistas, particularmente

---

(23) Con el título *Memorias antiguas históricas y políticas del Perú* se acostumbra indicar el libro II de la Primera Parte de su obra mayor intitulada *Ophir de España*, cuya Segunda Parte está constituida por los *Annales del Perú*. Es ese II Libro el que ha sido impreso en castellano por D. Marcos Jiménez de la Espada en 1882, en Madrid, siguiendo el Ms. de la Biblioteca Universitaria de Sevilla, mientras ya lo había hecho en lengua francesa Ternaux-Compans, en 1940, siguiendo el Ms. del Convento de la Merced de la misma ciudad, copiado por el abad Josef de San Antonio. De la edición matritense es reproducción la publicada en Lima (1930) en la Colección dirigida por Horacio H. Urteaga, con algunas omisiones, particularmente sensibles en la pág. 66 y la 70. También de la edición matritense se deriva la traducción inglesa de Ph. A. Means, Londres 1920, editada por la Hakluyt Society. En cambio, la copia del abad Josef fué impresa en castellano, en los años 1869-70, por Vicente Fidel López, en la *Revista de Buenos Aires*, y esta edición comprende los libros I y II de la Primera Parte de *Ophir*.

por el licenciado Andagoya, quien relató el viaje de Pedrarias de Avila y asistió, por así decir, al primer amago del desbordamiento geográfico, operado luego por Pizarro, del nombre Biru, que fuera tan modesto en un principio. Montesinos de ningún modo quiere aceptar este origen de la palabra, y en realidad tampoco lo puede, porque se le caería por tierra su fantástica construcción basada en la equivalencia de *Pir-u* con *O-phir*, la que forma el motivo dominante de toda su obra. Montesinos acumula en tupidas páginas (24) un montón de alegatos en contra de tal derivación, algunos de ellos realmente ingeniosos, como cuando pregunta capciosamente: *¿y es posible que Garcilaso lo oyó desde el Cuzco que tiene tanta comunicación, como Sevilla con Trapisonda?* (entiende hablar del famoso vocablo Pelú) y termina por negar que esa palabra exista en aquella costa en lengua indígena alguna (25).

Montesinos se vale de la autoridad que le viene por haber realizado repetidos viajes entre Guayaquil y Panamá; es el famoso argumento *de auditu* o *de visu*, el cual, esgrimido con mayor o menor habilidad y aplomo, consigue siempre despertar una impresión favorable para los audaces que sustentan cualquier disparate. "*Puedo asegurar —dice— que caminé y examiné todos aquellos parajes, y jamás oí tal nombre*" (26). Sabemos hoy que Montesinos estaba en error, pues el vocablo existe en los dialectos del grupo lingüístico Barbacoa, pertenecientes a la gran familia Muisca.

De ese capítulo 5º de la Primera Parte de *Ophir* muchas enseñanzas podrían sacarse: primero, en torno a la distinta manera de aprovechar la erudición en los dos escritores (Garcilaso extrae de Blas Valera el dato lingüístico puro y simple, que por otra parte le es indiferente; Montesinos se ingenia para invalidar el dato y acumular sobre él tantas sombras hasta que le resulte al lector preferible aceptar la elocuencia apasionada del autor y su fantástica etimología); segundo, en torno a la construcción mental y afectiva de ambos, cuyo reflejo es su comportamiento en la compilación de libros de historia.

(24) XXXVII (1869), Libro I, cap. 5º, pp. 353-360.

(25) XXXVII *ibidem*, p. 357.

(26) XXXVII *ibidem*, p. 357.

Pero el viejo duelo entre Garcilaso y Montesinos resulta una pálida visión del pasado, si se le compara con la guerra que se ha librado en su nombre entre 1870 y 1920, la que en tiempos más recientes se ha transformado en la fórmula "Guaman Poma *versus* Garcilaso". Esta surge del hecho que ninguna de las dos componentes "militantes" que forman la nación peruana quiere renunciar a su participación en la grandeza y la gloria singularísima que dimana del pasado clásico de ese país privilegiado. Los descendientes de españoles por una parte y los mestizos por la otra, cada fracción quiere ver reflejada su fisonomía, sus intereses y pensamiento en las páginas de un cronista favorito: los "hispanistas" de Lima y Trujillo abundan en panegíricos a Garcilaso, y los "indigenistas" de la Costa y la Sierra, después de Montesinos, han encontrado en Poma de Ayala el objeto de sus apasionadas alabanzas. Garcilaso fué mestizo, ya se sabe, pero justamente por eso no escribió sus *Comentarios* como mestizo: "*se holgaba referir los sucesos como español, y como los Españoles los decían*", según reza la invectiva de Montesinos, venenosa, pero verídica (27).

Yo respeto profundamente ambos entusiasmos, que son, en el fondo, un conmovedor "anhelo de epopeya". Lamento, sin embargo, que la mayor masa demográfica del país, la de los indígenas, la que realmente tendría derecho a que se escuchase su voz y en función de cuya antigua cultura hablan los demás, y los mismos Cronistas, se encuentre desde cuatrocientos años, y siempre más intensamente, envuelta en una densísima tiniebla y desnutrida en la carne, en la voluntad y en la memoria, lo que le impide brindar la única lección realmente oportuna, esto es, la advertencia de que las grandezas y la gloria no son ya cosas inherentes a los paisajes geográficos y con ellos confusas, porque pertenecen a los grupos humanos organizados que en esos paisajes lucharon, trabajaron y sucumbieron, y que, por bello que sea el estudio del pasado, y por apasionante, ninguna grandeza viviente y actual puede ser por completo de naturaleza "arqueológica".

4.— *Montesinos, Manethón y Beroso del Perú.*— A pesar de tales simpatías y repulsiones, no había cesado, sin em-

---

(27) XXXVII *ibidem*, p. 354.

bargo, el afán de buscar explicaciones racionales a la larga lista de monarcas peruanos traídos por Montesinos.

En perfecta armonía con la tendencia hermenéutica de los primordios del siglo XX, el celebrado arqueólogo Max Uhle procedió a desentrañar previamente la maraña de los *ayllukuna* y en lo posible las tradiciones familiares de cada una de las parcialidades más importantes del antiguo imperio, para dictaminar luego que la historia positiva empieza apenas después de Huirakocha Inga, mientras para las épocas que anteceden pretendería lo imposible quien buscarse precisión dinástica o sucesoria. La relación histórica que nos llega a partir de Manco Kápaj, la que involucra datos de familias distintas y diversas parcialidades, no es más que un romance (el Autor dice, más crudamente: una farsa). Acaso tienen valor sólo los relatos parciales que en su composición aparecen fundidos, porque proceden realmente de *ayllukuna* individuales. "*Me imagino —concluye Max Uhle— que la forma aislada de las tradiciones originales aparece todavía en los trozos que, en combinación diferente, forman la base de las Memorias de Montesinos y cuyo arreglo arbitrario ha producido su cronología absurda*" (28).

Esta idea fué aprovechada y desarrollada convenientemente por Ricardo E. Latcham en su obra de 1928. "*A nuestro modo de ver, esta larga lista y las frecuentes repeticiones no pueden resultar, sino de una serie de relaciones de los mismos hechos, recopilada de diferentes fuentes. Es muy posible que el autor de la lista haya recogido sus datos de representantes de los diversos ayllus que tomaron parte en los acontecimientos, y, como es natural, tanto los nombres de los participantes, como los detalles de los hechos mismos variarían según la tradición de cada ayllu... (29). El error de Montesinos ha sido no haber comprendido que estas series de su lista fuesen contemporáneas y tratar de darles una cronología continua que lleva hasta tres mil años atrás*" (30).

Vemos así como, a pesar de que el genio abstracto del pensamiento alemán había ya brindado a través de Max Uhle

(28) LII, p. 343.

(29) XXVIII, p. 16.

(30) XXVIII, p. 17.

una representación perfecta de la elaboración historiográfica de los materiales antiguos, la idea tenía que ser retomada y trabajada por la mentalidad concreta y práctica de un cerebro inglés —R. E. Latcham— para cobrar la consistencia y la configuración de un hecho positivo, esto es, de un cierto número de genealogías regionales y locales las cuales fueron *superpuestas* una a otra por un recopilador de tradiciones, en lugar de ser *yuxtapuestas* una al lado de la otra. Más allá veremos que, sin embargo, todo esto ya había sido formulado con fina intuición en la obra juvenil de Riva Agüero.

No hay que callar que por sus caracteres historiales exteriores, y por la misma abundancia numérica de nombres, la lista de Montesinos tuvo un efecto singular, el de despertar un secreto y cálido sentimiento de adhesión en todos aquellos que veían repetida para el Perú la magnífica serie de reyes que Manethón para la gloria de los egipcios había recopilado de monumentos tan antiguos como la piedra de Palermo y la lista de Seti. Imperio peruano e Imperio egipcio, Manethón y Montesinos fueron términos de analogías populares que se impusieron poderosamente al sentimiento.

Si hoy, en verdad, quisiéramos seguir a la letra la hipótesis de Uhle y Latcham, quedaría patente un parentesco menos superficial entre ambas listas, a raíz de la disposición realizada por Manethón de los soberanos de las dinastías XIV, XV, XVI y XVII. La egiptología de nuestro siglo ha puesto en claro que entre el final de la XII dinastía del Nilo y el comienzo de la XVIII, o de los reconquistadores, se encontraba abierto un abismo tan vasto, que no podía ser llenado con la invasión y el efímero reinado de los pueblos semibárbaros semitas. En una palabra, faltaba "historia" para llenar un vacío de tal magnitud. Se averiguó que dicho *hiatus* era artificial. Lo engendró Manethón al colocar uno tras otro los reinados de los Reyes-Ladrones, a pesar de que sus soberanos habían reinado en el mismo tiempo en tres distintas ciudades de los nomos del Norte; de ahí la razón para exigir el rejuvenecimiento de las altas fechas propuestas por los primeros egiptólogos (6.000, 5.000 y 4.000 años a. de C.) las que han sido reducidas a 3.500, más o menos.

Bajo este aspecto podríamos decir, también nosotros, que Montesinos es el Manethón del imperio peruano; aunque

en verdad, más que a Manethón, se parece a Beroso, con sus 86 reyes míticos de la Caldea.

5.— *Las fuentes de Montesinos.*— Pero, evidentemente, no valoraban en su justo mérito, tanto Uhle como Latcham, los descubrimientos realizados por los autores peruanos, en aquella época tan fecunda del principio de este siglo que recibiera el estímulo de las ya mentadas polémicas.

Estos descubrimientos, que a mi parecer son los más importantes hechos en la historiografía peruana, son debidos —es probidad hacerlo resaltar— al impulso que aleccionara a los defensores de Montesinos. Como a este cronista se le había calificado, por personas graves y prudentes, autor de fantásticas invenciones y hasta falsario, surgía en sus partidarios el compromiso de destruir el fundamento de tales acusaciones.

Dos publicaciones, providencialmente realizadas en Madrid y Lima en 1879 y 1895, respectivamente, habían preparado el terreno para tan novedosos hallazgos, por haber hecho posible la consulta de dos documentos vetustos de la historiografía peruana, completamente ignorado el primero, y el segundo conocido solamente de nombre. Se trata de la *Relación Anónima* editada por Jiménez de la Espada en 1879 y del primer libro de la *Historia del Perú* del padre Anello Oliva S. J. publicado en 1895.

La crónica del padre Anello Oliva, por tantos otros motivos utilísima, a pesar de la displicencia con que varios Autores han tratado al religioso italiano, tiene el mérito de llevar incrustados en su prosa tres o cuatro trozos de escritores peruanos de la primera hora, los que han permitido construir punto por punto buena parte de nuestra actual crítica de fuentes. Así en el cap. 2, § 13 (del único libro publicado, que es el primero) Oliva nos revela que en la biblioteca del colegio jesuíta de Chuquiabo, ciudad de La Paz, Bolivia, existía un Vocabulario antiguo, de mano del padre Blas Valera “y que como *thesoro escondido* teníamos guardado” del cual tuvo la suerte de sacar valiosos datos sobre el número de los reyes del Perú, los que —decía el padre Valera— fueron muchos más numerosos de los que establece la lista o Capaccuna oficializada. A continuación el padre Oliva transcribe 15 líneas del texto del Vocabulario del padre Blas Valera, consagradas a la personalidad histórica de uno de esos antiguos monarcas y jus-

tamente la del llamado Kápaj Raymi Amautta, cuyo gobierno está dicho que ocupó 40 años *en tiempo del cuarto sol antes del nacimiento del Señor y que fué el trigésimo nono Rey del Perú.*

El *Vocabulario* consultado por Oliva *solamente tenía hasta la letra H.*, porque —deja entender— representaba un fragmento salvado de la dispersión de las obras de Blas Valera durante la destrucción y saqueo de Cádiz por los ingleses (1596) como ya lo expresara el mismo Garcilaso y Antonio de León Pineló. El padre Oliva nos deja de algunos otros reyes el nombre y el número ordinal que tenían en el *Vocabulario*, de tal modo que los datos recuperados por su medio son, en total, los que siguen:

Kápaj Raymi Amautta .	XXXIX	monarca (Cuarto Sol)	.
Kápaj Yupanki Amautta	XLIII	„	—
Cuius Manko . . . . .	LXIV	„	—
Kápaj Lloke Yupanki .	XCV	„	—

Quien medita que estos reyes reaparecen con este mismo nombre en la lista de Montesinos y que ocupan en ella, respectivamente, el número de orden 39º (Kápaj Raymi Amautta), 46º (Kápaj Yupanki Amautta), 68º (Cuyo Manco) y 95º (Lloke Yupanki) (31) no puede resistirse a la evidencia, y se le hace necesario reconocer que Montesinos no ha inventado su lista, ni en lo que concierne a los nombres, ni en lo de la cantidad.

El segundo documento, salido a la luz en 1879, fué atribuído por Jiménez de la Espada, de primera intención, a un desconocido autor de principios del siglo XVII (entre 1615 y 1621), seguramente religioso y perteneciente a la Compañía de Jesús, como se deduce de un pasaje de la página 225. Esta *Relación* fué conocida y citada, por lo tanto, con el nombre del *Anónimo Jesuíta*.

Meticulosamente examinada por M. González de la Rosa, pudo ser identificada luego con un segundo manuscrito del

(31) Cuando no se indica en el texto otra numeración, se entiende que los ordinales que acompañan a los nombres de monarcas se refieren al orden que ocupan en el Ms. de la Universitaria; véase columna C) de nuestro prospecto (Tabla I).

mismo Blas Valera (32), cuya existencia ya en 1628 anunciábase en el repertorio bibliográfico de Antonio de León Pine-lo bajo el N<sup>o</sup> 17 de la lista, con la siguiente registraci6n: *P. Blas Valera: De los indios del Perú: sus costumbres y pacificación, Ms., dicen que se perdió cuando los ingleses tomaron a Cadiz* (33). No sólo las citas de Ondegardo y su valoración despectiva coinciden con las de los trozos de Valera incrustados en Garcilaso, sino todas las autoridades citadas; además la fecha de las misiones jesuíticas enviadas a la región de Chachapoyas confirma que se trata del jesuita Valera, quien había salido del Perú para trasladarse a Cádiz en el año 1591 (34).

Tan importantes como las establecidas entre el *Vocabulario* y las *Memorias*, son las correlaciones que vinculan a éstas con la *Relación* de Valera, y bajo cierto aspecto lo son más aún en lo que se refiere a nuestro especial asunto.

En la pág. 139 de la *Relación*, al indicar el nombre del primer monarca, luego divinizado, del Perú, dice que fué "*aquél gran Pirua Pacaric Manco Inca, primer poblador de estas tierras*".

En la pág. 210, al esbozar un cuadro por demás verista y entristecedor de los vicios que en el indio acababan de infundir los españoles (cuadro que confirma el nacimiento peruano de quien la escribió) dice que las mujeres tanto casadas como solteras "*se diesen públicamente a desonestidades, cosa que en todo lo que antes precedió, en más de dos mil años, no se había visto en el reino*".

En la pág. 173 nombra a Tito Yupanqui como uno de los Pachacuti "*y es el noveno de este nombre*", lo que se confirma en la p. 178. En ésta, y en la siguiente, se indica que Pachacuti Inga, quien ocupó el séptimo lugar, reinó en Pacari Tampu y restauró el imperio del Cuzco, y se confirma que en toda la lista de los monarcas hubo nueve Pachacuti.

---

(32) Opuso Riva Agüero algunas objeciones a esta identificación, en su obra juvenil; después de la réplica de Gonzalez de la Rosa, con gran lealdad, no fueron mantenidas.

(33) ANTONIO DE LEON PINEDO. — *Epítome de la biblioteca oriental y occidental*; Madrid 1629, p. 103.

(34) VII, p. 194.

De esta manera, y por ingeniosas reconstrucciones de textos ya considerados perdidos, el movimiento hermenéutico encabezado por González de la Rosa llegaba a la conclusión, realmente novedosa y fecunda, que Montesinos no ha inventado ni un reino peruano de varios miles de años, ni una serie de monarcas cuyo N<sup>o</sup> 1<sup>o</sup> es Pirua Pacaric Manco y el 95<sup>o</sup> Lloke Yupanki, ni los nombres propios, apellidos y epítetos de dignidad que constituyen tan larga lista, ni la circunstancia importantísima de que sus reinados se presenten escalonados en una sucesión de períodos de tiempo llamados "Soles", ni, por fin, que en el total de la lista ocurran 9 casos de reyes distinguidos con el apelativo de Pachacuti.

Es evidente que de las tres obras del jesuita Blas Valera, que fué el primero y más acreditado de los historiadores del Perú:

1. — *Historia Occidentalis*, o historia del Perú, escrita en latín.
2. — *Vocabulario* de noticias históricas, en castellano.
3. — *De los indios del Perú y sus costumbres y pacificación*, en castellano.

las cuales, según lo dice Garcilaso en muchas páginas, y lo repite León Pinelo, debían haberse destruído en el saqueo que en 1595 los ingleses hicieron de la ciudad de Cádiz, y particularmente del convento y biblioteca de los jesuitas, la única que realmente hállase perdida es el *Vocabulario*, al que el padre Angulo (35) atribuye el papel de un *Aparato*, como solíase entonces denominar al cuaderno alfabético de apuntes y noticias que debía servir para llevar a término una obra definitiva, la que en este caso sería la *Historia del Perú* escrita en lengua latina. Perdido "para nosotros", añadiremos con mayor exactitud, pero no materialmente perdido en el saqueo, pues una mitad del Ms. (hasta la letra H) se encontraba a principios del siglo XVI en la ciudad de La Paz, custodiado en el convento de la Compañía, al que lo había traído el padre Die-

---

(35) I, p. x.

go de Torres Vásquez, y allí fué visto y consultado por el cronista italiano padre Anello Oliva (36).

La primera de las tres obras de Valera, en cambio, fué la que empleó Garcilaso tan profusamente en sus *Comentarios* y en su *Historia*. Dice Garcilaso que “yo hube del saco las reliquias que de sus papeles quedaron... tan destrozados que falta lo más y mejor”; después de cinco años les fueron regalados por el padre Maldonado de Saavedra, sevillano, que en su calidad de religioso jesuíta había quedado depositario de los fragmentos. No se explica la razón por que los papeles de Valera fuesen reducidos a guiñapos —argumenta el implacable pero lógico M. González de la Rosa— puesto que: 1º por noticias fidedignas resulta que los jesuitas evacuados pudieron llevar sus papeles y escrituras, 2º los libros que los ingleses llevaron de Cádiz están celosamente guardados en una biblioteca londinense, 3º es natural que si no los llevaron íntegros los saqueadores, tampoco se dedicaron a hacerlos añicos, 4º el *Vocabulario* de Valera lejos de perderse pasó a América y 5º la *Relación de los indios etc.* fué recuperada, en manuscrito, por el señor N. Bool de Faber, consul de Alemania en Cádiz y dejada entre sus papeles a su muerte (1836), lo que indica que probablemente nunca salió de Andalucía. La consecuencia que saca el eminente peruanista es que Garcilaso tuvo entre sus manos algo más que unos simples papeles rotos y que sus largas transcripciones textuales proceden del manuscrito de Valera, cuyas páginas ha vertido del latín (37).

De la tercera obra, la *Relación*, ya hemos dicho incidentalmente que no salió nunca de España y pasó después de 1836 a la Biblioteca Nacional de Madrid, donde fué copiada por su editor don Marcos Jiménez de la Espada.

Cuáles de estas obras pudo tener Montesinos a su alcance antes de su salida del Perú, es muy fácil contestarlo: fué la única que llegó a América, es decir, el *Vocabulario* hológrafo de Valera. El padre Domingo Angulo, en su docto artículo de 1930, logró poner en claro que este Ms. fué franqueado al li-

---

(36) ANELLO OLIVA. — *Historia del Reino y provincias del Perú etc.*, Libro Primero, publicado por Pazos Varela y Orbegoso; Lima 1895. Ver p. 70.

(37) VII, p. 186.

cenciado Montesinos, cuando iba acumulando datos para escribir su *Ophir de España*, por los padres del convento de la Transfiguración en la ciudad del Cuzco, adonde había terminado por parar, después de tantas peregrinaciones, el antiguo manuscrito jesuítico (38). El dato lo deduce de un pasaje del mismo Montesinos en sus *Annales del Perú*, tomo I p. 95.

En lo que se refiere al "libro manuscrito" de autor anónimo, al que Montesinos confiesa desde las primeras páginas de su *Ophir* haber utilizado con amplitud, los críticos peruanos no han mostrado tener muy en cuenta la afirmación del autor de las "Memorias". "*Comprélo en una almoneda en la ciudad de Lima —dice— y le guardo con estimación y cuidado. Trata del Pirú y sus emperadores...*". Luego añade que, habiendo mostrado en Quito este Ms., un entendido (*un sujeto curioso*) le certificó que había sido escrito por un quiteño "*verbosísimo*" siguiendo la guía y las enseñanzas del obispo López (39). La existencia del Ms. no es negada por Riva Agüero, pero su importancia es disminuía al nivel de la obra "de un insigne embustero" (40). González de la Rosa, después de rechazar con términos absolutos que el autor del Ms. pudiese tener vinculaciones con el obispo López, niega la misma existencia de tal Ms. (41). Por mi parte yo tampoco creo en la procedencia quiteña referida por Montesinos, el que pudo seguir en su afirmación la simple opinión de un aficionado de esa ciudad, pero no encuentro sino razones de gran peso que refirman la existencia del Ms. y su profuso aprovechamiento en las *Memorias*. El P. Angulo (42) admite el Ms. comprado en la almoneda limeña, el que —dice— "*fué completamente ajeno a la obra de Valera, pero coadyuvante en la de Montesinos*". En el curso de este mi trabajo he de volver repetidamente sobre estos puntos, ávido de alcanzar más exactas valuaciones y más concretos resultados críticos.

Resumiendo, ahora, los corolarios de esa brillante campaña de hermenéutica, acometida y llevada a término por los

---

(38) I, p. xii.

(39) XXXVII (1869) Libro I, cap. 4º, p. 351.

(40) XLIV, p. 333.

(41) VII, p. 190.

(42) I, p. xii.

peruanistas de las primeras décadas del siglo XX, y sin perder de vista que toda su magnífica y fecunda actividad fué provocada por la dialéctica erudita y en sumo grado estimulante de José de la Riva Agüero, diremos que condujo a una posición de tal firmeza que jamás podrá ser puesta en duda. Esto es, que los 100 y más monarcas de Montesinos, los Soles, los Pachacuti y la terminología y epítetos de dignidad no constituyen, como se había pensado en un principio, invenciones del propio Montesinos, ni son el parto de su fantasía y atrevimiento, pues, en cambio, llevan la marca indeleble del jesuíta Blas Valera, el padre de la historia antigua del Perú, aquél de quién dijo Garcilaso que sus escritos "*eran perlas y piedras preciosas, con las que no mereció su tierra adornarse*" (43).

6. — *Montesinos, cronista del período preincaico.* — Consecuencia directa de tales enunciados fué la confirmación de Montesinos cual descriptor e historiador de las épocas de la antigüedad peruana que precedieron al período propiamente incaico. Se trata, como todos saben, de un vastísimo lapso cronológico y una muy rica y variada superposición de patrimonios de cultura y organizaciones de estado, cuya formulación, presentada con vaguedad en la mitad del siglo XIX, tenía que afirmarse sólidamente después que el gran fundador de la arqueología positiva de Sudamérica, el doctor Max Uhle, reveló los descubrimientos de Pachacámaj, Ancón y Moche y abrió con ello un ancho camino a la aplicación de la metódica estratigráfica.

A medida que se afirmaba la sucesión de edades arqueológicas preincaicas, se levantaba también la figura de Montesinos.

He aquí un juicio que revela una curiosa mixtura de en-diosamiento y de reservas: "*Montesinos es uno de los más importantes entre los primeros escritores de cosas peruanas. Su valor tan elevado no procede, sin embargo, de lo que él mismo haya realizado en pro de nuestro conocimiento, sino de lo que nos ha preservado de Valera. Bajo este aspecto Montesinos, como representante de Valera, es el jefe, y en realidad el único*

---

(43) GARCILASO DE LA VEGA. — *Comentarios Reales*, Libro II, capítulo 27.

historiador editado hasta hoy que se refiera a la historia pre-incaica del Perú". Este juicio lo leemos en la publicación de Means, 1920 (44).

Mediante la fórmula *Montesinos-pro-Valera*, o de la estimación basada en una delegación de méritos, se encuentra expresada la apreciación general de nuestro tiempo acerca del Autor de las *Memorias*, y no sabemos si equivale a una promoción más bien que a un descenso.

Respecto al hombre en sí, y al escritor, no se hace muchas ilusiones ni el mismo Guinaldo M. Vásquez, uno de los más fervientes partidarios de Montesinos, al que dedicó dos estudios que se clasifican entre los más meditados y eruditos de esta ya amplia literatura. Vásquez no esconde de qué manera descuidada y veleidosa Montesinos aprovechaba los datos recogidos para llenar casilleros más o menos arbitrarios, ni su pésimo sentido cronológico, ni el afán de "*trastrocarlo todo, y sacar y devolver monarcas a la lista del Vocabulario, que vino así a servirle como de un depósito a discreción*" (45).

En tiempos más recientes, en ocasión del tetracentenario de la entrada de los españoles en el Cuzco (1934) fué publicado un trabajo juvenil del doctor Luis A. Pardo, en el que se hace una nueva apología de Montesinos. Es una monografía *ad thesim*, y la tesis es demostrar que la ciudad del Cuzco tuvo una antigüedad extremadamente más remota que el primero de los trece reyes de la llamada dinastía inca, cuyo primer acto, por un curioso contrasentido histórico, fué justamente el de fundar a dicha ciudad. En la fogosidad de su demostración dejó pasar el doctor Pardo algunas inadvertencias. Acertado, es, en cambio, su aserto de que los 300 años del Incanato sólo representan un minuto en el desarrollo de las civilizaciones; pero al aprovechar esta justa premisa, parte de la base que todas las civilizaciones deban desarrollarse necesariamente *in situ*, sin admitir la posibilidad de traslados e injertos. Si esto fuera cierto, no se habría producido una organización cristiana y española en América a los 20 años de la Conquista, ni los Arabes, que fueron humildes y rudos camelleros hasta la Hégira, habrían

---

(44) XXXV, p. xvi.

(45) LV, p. 137.

podido transmutarse después de dos décadas en los depositarios de la antigua cultura grecorromana que había sobrevivido en las bibliotecas y santuarios de la Persia, así como el fuego se preserva bajo una capa de ceniza, en el brasero. Que el Cuzco fuese eternamente el centro vital y el perno de la organización en toda la extensión de la historia y la prehistoria del Perú, es aseveración tan atrevida que no podríamos suscribirla sin desmedro de todo lo que conocemos sobre las civilizaciones del valle de Chicama, del de Moche, de Virú, Ancón y Nasca, del corredor de Huaylas, del gran cordón interandino y del altiplano en su integridad. Tompoco puedo olvidar, en lo que a mis propias observaciones concierne, los numerosísimos "centros del Mundo" o puntos cruciales, u "Omblicos" equipolentes del Cuzco, que he logrado identificar, en etapas sucesivas o contemporáneas, en todo el territorio del Perú. En mi Memoria presentada al Congreso de Lima (1939) he demostrado que constituyeron la encrucijada de otras tantas cuaternas de caminos, reales o ideales, trazados en forma de cruz para segmentar la comarca y el Mundo en cuatro *su-yukuna*, todas las ciudades cuyos nombres están compuestos con la voz aimara *táypi* y la qhéswa *cháupi*, ambas equivalentes a "el Medio", como Taypicala, Chavín, Chaviña, Chavínillo, etc. (46).

Concluye mi óptimo amigo el doctor Pardo su *excursus* montesiniano deplorando, "que la fama de Garcilaso de la Vega se haya extendido por todas partes, al extremo de constituirse en la única obra de consulta i estudio, con menoscabo de otros cronistas, como la de Montesinos, cuya obra importantísima es casi desconocida, a pesar de ser una de las fuentes más valiosas de la primitiva historia del Perú" (47).

Mantiénese, como se ha visto, hasta nuestros días, una marcada hostilidad hacia Garcilaso, como denegador arbitrario y temerario de las civilizaciones anteriores al primer Inca, y no tenemos derecho a desconocer que este repudio, que fué en el principio puramente sentimental, obtuvo seguidamente valiosas convalidaciones positivas por medio de la excavación y el cotejo de los bienes culturales preincaicos. Y, co-

---

(46) XVIII, 1939.

(47) XXXIX, p. 52.

mo toda tendencia afectiva se manifiesta cabalmente cuando se encuentra fijada en un objeto, fué por algunos años Montesinos (más o menos desde 1890) el único personaje representativo de tal posición, hasta que el curioso y muy atrayente texto de Guaman Poma de Ayala vino en 1936 a sumarse a las *Memorias* (48).

Ambas fuentes dieron nacimiento y cabida a una verdadera escuela de peruanistas, que algunos llaman *indigenista* en oposición a la *hispanista* de los secuaces de Garcilaso, y su cometido consistió en querer reconstruir las épocas preincas "históricamente", puesto que ya habían sido exploradas "arqueológicamente". Este cometido es perfectamente lógico y su método está asentado en todos aquellos autores que, de Pablo Patrón a Guinaldo M. Vásquez, de Clements R. Markham a Luis Pardo, de M. González de la Rosa a José de la Riva Agüero, de Philip Ainsworth Means al padre Domingo Angulo, han colocado las tradiciones de Montesinos-Valera en el plano de la historiografía del Perú.

Única objeción posible es que, en lugar de elementos más o menos dislocados y modificados, pero siempre genuinamente historiográficos, pueda tratarse de elementos pertenecientes a un ciclo de ideas muy distinto. Los 90 reyes preincas de Montesinos-Valera recuerdan muy de cerca a los 86 reyes míticos de Beroso que precedieron a la dinastía médica. Una cosa es cierta e indudable, y es que hoy, al comienzo de la quinta década del siglo XX, después de cumplirse tan fino análisis de las expresiones propias de la religión-ciencia de los pueblos protohistóricos del mundo y de sus fundamentos cronológicos y mánticos, ya no puede ser afirmado sin previa y cuidadosa demostración, el valor puramente exterior y material, "historiográfico", de ciertas creaciones complejas, sumamente elaboradas en el sentido de la simetría, que encontramos en el mismo umbral de la historia propiamente dicha,

---

(48) En realidad no tuvo que esperarse la edición de Poma por la Universidad de París (1936) para que la *Nueva Coronica* fuese comentada en el Perú, donde fué conocida por medio de la amplia anticipación crítica de R. Pietschmann en 1912 (XLII).

a lo largo de la cadena de pueblos incluidos en el *ciclo de las Grandes Monarquías* o VII Cultura de mi clasificación (49).

## SEGUNDA PARTE, ANALITICA

### 7. — *Preparación al examen de la lista de monarcas.* —

En la primera parte hemos reseñado las fortunas de Montesinos, desde la primera y cálida acogida de V. F. Lopez hasta la escéptica fórmula final de Ph. A. Means; hemos cumplido, como lo exigía la tarea, obra de historiógrafos. De aquí en adelante, en cambio, hemos de recorrer un camino muy distinto, al proponernos asentar nuestros resultados críticos y nuestras interpretaciones originales, los que, por imperio del método, deberán basarse en el análisis.

Naturalmente, estoy muy lejos de pretender que todo deba resultar original en nuestro enfoque de un documento que ya durante cien años ha sido objeto de estudio por parte de tan ilustres especialistas. Más concretamente, nadie podrá jamás hacer una crítica de las repeticiones y transposiciones de Montesinos más jugosa que la de Riva Agüero, nadie una recapitulación y explicación de los epítetos más completa que la de Guinaldo M. Vasquez, y nadie una reseña crítica de las dinastías con mayor acierto que Sir Clements Markham, y así continuando.

Lo que me interesa mayormente, es la posibilidad de ofrecer una interpretación más moderna de los grupos de monarcas, de los Pachacuti y de las mismas noticias historiales, los que constituyen los elementos por analizar, y sobretodo del casillero en que tales elementos han sido escalonados, como en un andamiaje. Sobre este punto muy poco se ha investigado, y era justamente el fundamental.

Y como toda construcción, por elevada y ambiciosa que sea, supone un cierto número de operaciones previas, humildes y serviles, hemos aquí en la obligación de levantar por nuestra cuenta un nuevo prospecto y enumeración de los monarcas montesinianos.

Conocemos buen golpe de tales prospectos, y puede de-

---

(49) XVI, pp. 86, 190-194, 196.

cirse que cada uno de los autores que se han ocupado de Montesinos ha publicado el suyo propio: vimos el primero en las páginas de Rivero y Tschudi (50), el segundo en las de V. F. Lopez (51), sigue tercero el de Clements Markham (52), cuarto el de G. M. Vasquez (53), quinto el de Ph. A. Means (54), y sexto el de Cúneo-Vidal (55), salvo omisiones.

Y aquí viene lo curioso y en cierto modo inexplicable, esto es, que todos los prospectos compilados después del comienzo de este siglo, sobre la base del Ms. publicado por Jiménez de la Espada, son de escasa utilidad, por ser inexactos. Cada uno de esos prospectos contiene, además del nombre de los reyes, también el número progresivo que corresponde a cada uno, y a veces un resumen de datos historiales y cronológicos.

Yo he construído el mío con las características que siguen. El primer asunto ha sido para mí resolver de un modo racional la anarquía que rige en la numeración progresiva de los reyes que componen la lista. Sin salir de la obra de Montesinos, es sabido que el Ms. publicado por Jiménez de la Espada lleva una serie de reyes que difiere de la llevada por el Ms. publicado por Ternaux-Compans (56). Añádase que, aunque el mismo texto de las *Memorias*, en lo que concierne a determinados soberanos, dice con todas las letras que se trata del "duodécimo rey peruano" o respectivamente del "sexagésimo primero rey" o del "septuagésimo nono" y así continuando, esta enumeración escrita y explícita del texto no está de acuerdo con el orden natural de los nombres que componen las listas, en uno y otro Ms. Lo que complica aún más el acertijo es la circunstancia que cuando Means construye su prospecto, al registrar uno tras otro los soberanos del Ms. publicado por Jimenes de la Espada, se ha equivocado en varias ocasiones.

---

(50) II, pp. 47-61.

(51) XXIX, pp. 325-338; XXX, pp. 394-405.

(52) XXXI, pp. 306-310.

(53) LV, pp. 139-148.

(54) XXXVI, pp. xxxix-xliii.

(55) IV, pp. 291-294.

(56) Véanse las ediciones de Montesinos en la nota 23 y en la bibliografía XXXVII.

TABLA I.

Prospecto de los reyes peruanos según los Mss. de Montesinos y Valera y su computación por varios Autores

<i>Blas Valera</i>	<i>Montesinos</i>			<i>Ordinales de Montesinos</i>	<i>Markham</i>	<i>Means</i>	<i>Vásquez</i>	<i>Los Pachacuti</i>
a	<i>Ms. de la Merced</i>	<i>Ms. Universitaria</i>		d	e	f	g	h
—	1	1	Pirua Pacari Manco .....	I	1	1	1	
—	2	2	Manco Kápaj I .....		2	2	2	
—	3	3	Huanacauri Pirua .....	III	3	3	3	
—	4	4	Sinchi Cosque .....		4	4	4	Pachacuti I
—	5	5	Inti Kápaj Yupanki .....		5	5	5	
—	6	6	Manco Kápaj II .....		6	6	6	
—	7	7	Tupa Kápaj I .....		7	7	7	
—	—	8	Tini Kápaj Yupanki .....		8	8	37	
—	8	9	Titu Kápaj Yupanki .....		9	9	8	
—	9	10	Inti Kápaj Pirua Amaru ..		10	10	9	
—	10	11	Kápaj Sayhua Kápaj .....		11	11	38	
—	11	12	Kápaj Tiniá Yupanki .....		12	12	10	
—	12	13	Ayar Tacco Kápaj .....		13	13	11	
—	13	14	Huáscar Titu .....	XII	14	14	12	
—	14	15	Quispe Titu .....	XIII	15	15	13	
—	15	16	Titu Yupanki .....	XIV	16	16	14	Pachacuti II
—	16	17	Titu Kápaj .....	XV	17	17	15	
—	17	18	Paullu Ticac Pirua .....	XVI	18	18	16	
—	18	19	Lloque Tesag Amautta ..		19	19	17	
—	19	20	Cayo Manco Amautta III.		20	20	18	

a	b	c	d	e	f	g	h	
—	20	21	Huascar Titu Túpa II ...		21	21	19	
—	21	22	Manco Kápaj Amautta IV		22	22	20	
—	22	23	Tícac Túpa .....	XXI	23	23	21	
—	23	24	Paulu Toto Kápaj .....	XXII	24	24	22	
—	24	25	Cayo Manco Amautta ....	XXIII	25	25	23	
—	25	26	Marasco . . . . .	XXIV	26	26	24	Pachacuti III
—	26	27	Paulu Atauki Kápaj .....	XXV	27	27	25	Pachacuti III
—	27	28	Lluki Yupanki .....	XXVI	28	28	26	
—	28	29	Lluki Tícac .....	XXVII	29	29	27	
—	29	30	Kápaj Yupanki .....	XXVIII	30	30	28	
—	30	31	Túpa Yupanki I .....	XXIX	31	31	29	
—	31	32	Manco Auki Túpa .....		32	32	30	Pachacuti IV
—	32	33	Sínchi Apuski (Huarma Huira Cocha) .....					(Ms. Merced: IV)
—	33	34	Auki Kitu Atauki .....		33	33	31	
—	34	35	Ayar Manco I .....		34	34	32	
—	35	36	Huira Cocha Kápaj II ...	XXXIV	35	35	33	
—	36	37	Sínchi Roca Amautta ...		36	36	34	
—	37	38	Túpa Amaru Amautta I .		37	37	35	
XXXIX	38	39	Kápaj Raymi Amautta ...	XXXVII	38	38	36	
—	39	40	Illa Túpa .....		39	39	39	
—	40	41	Túpa Amaru II .....		40	40	41	
—	41	42	Huanacauri II .....		41	—	44	
—	42	43	Toca Corca Apu Kápaj ..	XL	42	—	45	
—	43	44	Huámpar Sayri Túpa ....		43	41	40	
—	44	45	Hínac Huilla Amautta ...	XLII	44	42	—	
XLIII	45	46	Kápaj Yupanki Amautta .		45	43	42	Pachacuti (5º)
					46	44	43	(Ms. Merced: sin número)

a	b	c	d	e	f	g	h
—	46	47		47	45	46	
—	47	48		48	46	47	
—	48	49		49	47	55	
—	49	50		50	48	56	
—	50	51		51	49	48	
—	51	52		52	50	49	
—	52	53	L	53	51	50	
—	53	54		54	52	51	
—	54	55		—	—	52	
—	55	56		55	53	53	
—	56	57	LIV	56	54	54	
—	57	58		57	55	57	
—	58	59		58	56	58	
—	59	60		59	57	59	
—	60	61		60	58	60	
—	61	62		61	59	65	
—	62	63		62	60	66	
—	63	64	LXI	63	61	61	
—	64	65	LXII	64	62	62	Pachacuti (6°)
—	65	66		65	63	63	(Ms. Merced: V)
—	66	67		66	64	67	
LXIV	67	68		67	65	64	
—	68	69		68	66	68	
—	69	70		69	67	69	
—	70	71		71	68	70	
—	71	72		72	69	71	
—	72	73		73	70	73	

a	b	c	d	e	f	g	h
—	73	74			74	71	72
—	74	75			75	72	80
—	—	76			76	73	74
—	—	77			77	74	75
—	75	78			78	75	76
—	76	79			79	76	77
—	77	80			80	77	84
Pachacuti VII	78	81			81	78	78
—	79	82	LXXIX		82	79	79
—	80	83			83	80	85
—	81	84			84	81	86
—	82	85	LXXXII		85	82	81
—	83	86			86	83	87
—	84	87			—	84	82
—	85	—			—	—	88
—	86	88	LXXXIII		87	85	83
—	87	89			88	86	89
—	88	90			89	87	90
—	—	91			90	88	91
—	89	92			91	89	92
—	90	93			92	90	93
—	91	94			1		
XCV	92	95			2		
—	93	96			3		
—	94	97			4		
—	95	98			5		
—	96	99			6		
—	97	100			7		
Pachacuti IX	98	101			8		
—	99	102			9		
—	100	103			10		
—	101	104					

Pachacuti VII  
(Ms. Merced: VI)

Pachacuti VIII  
(Ms. Merced: VII)

fin del V Milenio

Means ha omitido los nombres de Túpa Amaru II y Huanacauri II que ocupan los lugares 41º y 42º, y ha descuidado a Túpa Curi Amauta III, 55º rey, con que la serie por él registrada llega a 90 reyes preincaicos en lugar de los 93 que figuran en el texto de Jiménez de la Espada. Por su parte Markham dejó en la pluma, entre otros, el nombre de Condoroca, y su total alcanza apenas a 92.

Creo que el lector ha deducido ya por su cuenta la necesidad imperiosa de que se levante un nuevo prospecto y cómputo de los reyes y la conveniencia de que las numeraciones anteriores sean colocadas una frente a la otra, lo que facilitará su cotejo. Esto es lo que acabamos de realizar.

En definitiva, hemos arreglado nuestras columnas de este modo. A la izquierda de los nombres de reyes figuran tres columnas: en la primera (a) se registran los ordinales de Blas Valera recuperados por medio de Oliva; en la segunda (b) los números progresivos de los soberanos nombrados en el Ms. del convento de la Merced de Sevilla, impreso en 1840, mientras la tercera (c) está consagrada a la numeración natural de los mismos en el Ms. de la Universidad, impreso en 1882. Pasando a las columnas puestas a la derecha del nombre propio, la primera (d) registra la numeración que se lee "en todas sus letras" en ambos textos de Montesinos; la segunda (e) se refiere a la lista de Markham, la tercera (f) a la de Means y la cuarta (g) a la de Vásquez.

Así p. ej. el rey Cuyo Manco (Cuius o Cuis Manco), ocupa el 68º lugar en el Ms. de la Universidad, el 67º en el de la Merced, luego el 65º en el prospecto de Means y el 64º en el de Vasquez, mientras que en la fuente de Blas Valera ocupaba el 64º lugar. Pocas líneas más arriba, el rey Titu Yupanki Pachacuti, 64º en la sucesión del manuscrito de la Merced, 62º para Means y Vásquez, y que es declarado "sexagésimo segundo rey peruano" también por el texto de Montesinos, ocupa en realidad el 65º lugar en la sucesión natural del Ms. de la Universitaria.

Establecida, de este modo sinóptico, la posición recíproca de las 7 computaciones, lo que ha de ofrecer toda la objetividad deseable a nuestras observaciones, hemos procedido, en segundo término, a evidenciar con la mayor clari-

dad posible la posición de los 9 Pachacuti que se encuentran en la lista. El número ordinal de estos 9 epítetos se registra, en números romanos, sólo allí donde el texto de las *Memorias* lo indica explícitamente. La tarea de integrar dicha sucesión será confiada a las apuntaciones reconstructivas que hemos de formular.

8.— *Cotejo de las siete numeraciones.*— Tenemos, pues, en nuestro prospecto, a uno y otro lado de los nombres de monarcas, el conjunto de siete numeraciones, cinco continuas y dos interrumpidas.

Es fácil averiguar que ninguna de ellas procede de acuerdo con la otra. Ya a partir del 8º rey de la columna c) se produce la primera falla, porque la lista del Ms. de la Merced no comprende a Tini Kápaj Yupanki que figura en el Ms. de la Universitaria. Luego los reyes 76º y 77º, Paullu Raymi y Manco Kápaj Amautta también faltan en el Ms. de la Merced y, casi al final, falta el rey Llukí Yupanki Nº 91. De consecuencia, la lista del Ms. de la Merced llevaría una diferencia de 4 soberanos en menos respecto a la de la Universitaria, si no ganase un lugar por la inclusión del rey 85º Ayar Manco II, que no aparece en el segundo Ms.

En definitiva, el texto de la Universitaria comprende 93 reyes hasta Inti Mayta Kápaj, que precede al primer Inca, y el texto de la Merced 90. Ya hemos mencionado la razón por la que Means, quien tuvo la intención de computar los soberanos que se leen en la lista de la Universitaria, le atribuye el total de 90, y es que se ha olvidado de contar los números 41, 42 y 55; Markham anota el total de 92 porque ha omitido a Túpa Curi Amautta (55º) y Conderoca (87º) y ha computado su supuesto rey 70º desprovisto de nombre.

Si consultamos, ahora, los números ordinales en cifras romanas de la columna d) de nuestro prospecto, que corresponden a la enumeración declarada en todas sus letras por el texto de Montesinos, tendremos la inesperada certeza de que ni el Ms. de la Merced ni el de la Universitaria se mantienen fieles a dicha numeración. Este desacuerdo parecería ir aumentando a medida que se procede en la sucesión de los reyes: por ej. Huascar Titu, el "XII rey peruano", figura 13º en el primero y 14º en el segundo Ms.; Amaru, LXXXIII rey, es en cambio el 86º y el 88º, respectivamente.

Podría pensarse que el cotejo de ambos Mss. con la numeración de Blas Valera (primera columna) traería algún indicio para juzgar sobre la mayor o menor fidelidad de los Mss. de Montesinos. Pocos son los "sincronismos" que no es dado establecer, por la exigüidad de los datos de Valera que han llegado hasta nosotros. Comenzando por el primer dato, vemos que Kápaj Raymi Amautta, 39º de Valera, coincide con el original del Ms. de la Universitaria. También coincide el último dato, Lloque Yupanki, que es 95º tanto en Valera como en el Ms. de la Universitaria. Si se consideran en cambio los datos intermedios, Kápaj Yupanki Amautta 43º de Valera resulta ser el 46º de la Universidad y el 45º de la Merced; Cuis Manco 64º de Valera, ocupa respectivamente el 68 y el 67º lugar.

¿A qué resultados puede llegarse mediante estas observaciones?

En primer lugar, que no puede ser conservada la opinión de Vázquez, quien sostuvo que las diferencias con Valera fuesen tan pequeñas en el Ms. de la Merced, que "*apenas se notan*", mientras que en la segunda compilación (Ms. de la Universitaria) fueron aumentando. La verdad es que los dos términos extremos, el XXXIX y el XCV del *Vocabulario* coinciden con la versión de la Universidad y no con la de la Merced, mientras los dos términos intermedios, el XLIII y el LXIV del *Vocabulario* se alejan de ambas versiones respectivamente por 3, 4 y 2, 3 unidades. Esta averiguación nos obliga a acoger con beneficio de inventario aquella frase que dice "*en cada nueva copia Montesinos disvirtuaba más la versión que le servía de base*" formulada por G. M. Vázquez (57) en la creencia que esa fuente primitiva fuera la obra de Blas Valera.

Se tiene más bien la impresión contraria.

Por lo pronto hay que admitir que el desacuerdo entre la enumeración "expresada" y la sucesión natural, ya evidente entre el texto de la Merced (véase Amaru LXXXIII, 86º) y que se hace siempre más aguda en el texto de la Universitaria (el mismo Amaru, 88º) es una prueba positiva e irrefragante.

---

(57) LV, p. 136.

ble de que el Autor no efectuaba en los textos historiales de los reyes, al mudarlos de sitio en la lista, las correcciones ordinales indispensables para restablecer la armonía del conjunto. Esta es una atribución que no puede resultar arbitraria a ninguno de los críticos, los que han reconocido, sin excepción, la escasa meticulosidad de Montesinos y el hábito de elaborar sus escritos con sobrada ligereza.

Pero es prueba también, no menos positiva, y yo añadiría, providencial, de que las compilaciones de las Memorias no fueron dos, sino tres:

la primera extensión con un total de	88 reyes	(fecha desconocida)
segunda (Ms. de la Merced	90	„
tercera (Ms. de la Universitaria)	93	„ (del año 1664)

Se entiende que hablo exclusivamente de los reyes preinaicos; el total de 88 monarcas es el conservado en la enumeración que leemos en el mismo texto de Montesinos y cuya expresión en nuestro prospecto ocupa la columna d).

He aquí una muy curiosa anomalía, si queremos mantener la hipótesis que ha predominado hasta nuestros días, de que Montesinos copió la lista de Blas Valera. Está constituida por el hecho que Montesinos se acercara, hasta coincidir, al total de Valera, tan sólo en la última redacción de su obra, que lleva la fecha de 1644. Este Ms., que comprende la obra entera: *Ophir de España*, no es de mano del Autor y fué dictado (en lo que concierne al libro Segundo, que constituye las *Memorias*) a dos amanuenses o secretarios; la anotación del cap. X aclara que estaba destinado a recibir futuras correcciones y ajustes.

Todo hace suponer que fué concluído después del retorno de Montesinos a su tierra natal, Andalucía, en la paz de la parroquia de la Villa de Campana sobre el Guadalquivir, cuyos silencios campestres el Autor apreció tan poco, deseoso

como estaba de reanudar las andanzas y aventuras de sus tres lustros de vida americana (58).

Ignoramos el contenido de un tercer Ms. fechado en 1642, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid y que fué escrito en el último año de la estada del Autor en América, porque ha quedado inédito y ninguno de los críticos nos brinda informes sobre la lista en él incluída (59). El hecho cierto es que Montesinos volvió a España el año siguiente, 1643.

De lo que antecede se desprende que las anotaciones hechas por Montesinos en el convento de la Compañía del Cuzco no fueron aprovechadas sino muy imperfectamente en el Ms. de la Merced. Se tiene por otra parte la evidencia de que las

---

(58) "Vuelto a su arquidiócesis de Sevilla, Montesinos obtuvo el beneficio curado de la villa de Campana, cerca de la confluencia del Madre Vieja con el Guadalquivir; mas, acostumbrado a la vida semierrante que había llevado en el Perú, no le debió agrandar mucho la quietud de aquella parroquia, y anhelando tornar a su actividad de otros tiempos propuso al Consejo..." así nos informa el P. Angulo en su biografía de Montesinos, I, p. xxi.

(59) Este tercer Ms. no debe ser confundido con lo que en nuestra Monografía llamamos 'tercera extensión', hoy perdida, que fué en realidad la primera, en atención al tiempo en que fué escrita. El tercer manuserito es un texto, casi todo de letra de Montesinos, que contiene toda la obra *Ophir*, pero intitulada de otro modo: *Memorias Antiguas y Nuevas del Perú*, etc... y está dedicada al Obispo de Quito, fray Pedro de Oviedo. Lleva la fecha de 1642 y está acompañado por una dedicación magnilocuente y rastretera a dicho prelado, quien revestía nótese bien, el cargo de arzobispo Primado de Indias.

Montesinos salió para España en 1643 "no sabemos si de su propia voluntad o compelido por la real justicia" como informa el P. Angulo. En efecto había llegado al Perú en 1628 con el permiso de permanecer tres años, y en 1631 se le renovó la licencia por otros dos años, con real cédula, pero "vencidos los cinco años —continúa Angulo— ni trató de renovarla, ni de volver a su diócesis, y así se fué manteniendo en estas partes de las Indias, casi al margen de la ley, durante quince años, o sea hasta el de 1643, en que regresó a España".

La dedicación al Arzobispo Primado, con fecha 1642, no fué más que una de las muchas tentativas de Montesinos para conseguir la postergación de su retorno a la diócesis de origen, en Andalucía.

*Memorias* nunca alcanzaron a tener su redacción definitiva (60).

En lo que respecta al lado técnico, es decir a nuestro juicio sobre Montesinos como historiador, aun admitiendo la confusión y el descuido que siempre y por todos se le ha atribuido con sobrada razón, observo que no se ha prestado la atención conveniente al hecho que las anotaciones correspondientes a cada soberano (nombre, noticias historiales, número ordinal) se presentan al que realiza un cotejo de las sucesivas versiones, como si el Autor las hubiese escrito originariamente en sendos papeles, independientes uno de otro, y numerado luego consecutivamente, al mismo modo que usamos hoy con nuestras papeletas o fichas, y en contraste con el uso general de su tiempo, que prefería el sistema de las anotaciones seguidas en las páginas de un pliego, u ordenadas en abecedarios y "aparatos".

En resumidas cuentas, nuestra opinión sobre Montesinos coincide con la imagen condensada en las palabras de Vásques: "*se echó a trastrocarlo todo, y a sacar y devolver monarcas a la lista del "Vocabulario", que vino así a servirle como de un depósito a discreción*" (61), a pesar de que para nosotros esa frase debe ser enmendada del siguiente modo: "se

---

(60) Los Manuscritos conocidos del II Libro de las *Memorias* de MONTESINOS son los que siguen:

1º Ms. del Convento de la Merced en Sevilla (San José de los Mercedarios descalzos), del que hizo una copia, a su manera, el abad P. Josef de San Antonio. La copia fué enviada a Madrid en 1876 y publicada luego por Ternaux-Compans en lengua francesa (1840) y por la "*Revista de Buenos Aires*" en castellano (1869-70). Consérvase la copia en la Academia de la Historia de Madrid, colección D. J. Bautista, legajo A. 155. El original se ha perdido; no se conoce la fecha en que fué escrito.

2º Ms. de mano de Montesinos, fechado en 1642; se custodia en la Biblioteca Nacional de Madrid, legajo J-189 in folio. Inédito.

3º Ms. de mano de dos copistas, con unas cuantas observaciones de puño de Montesinos, custodiado en la Biblioteca Universitaria de Sevilla. El II Libro está completo, y comprende 28 capítulos. Es el publicado en 1882, Madrid. La portada de la obra íntegra, intitulada *Ophir de España ets.*, lleva la fecha de 1644.

En esta Monografía llámase, por brevedad, *Ms. de la Merced* al 1º, *Madrileño* al 2º y *de la Universitaria* al 3º

(61) LV, p. 137.

echó a trastrocarlo todo, y sacar y devolver monarcas a la lista que tuvo presente en la primera extensión de su escrito, en un principio con cautela y luego con harta desenvoltura, procurando que su capaccuna correspondiese con la lista del "Vocabulario" de Valera". Hay, como se ve, entre nuestro juicio y el de Vázquez coincidencia absoluta en lo que respecta a Montesinos compilador y escritor, pero gran divergencia en la identificación de las fuentes.

Lo malo es que Guinaldo M. Vázquez, partiendo de su premisa, se propone restaurar en su estado primitivo la lista original de Blas Valera, sobre la base de las dos listas montesinianas (62). Cometido inalcanzable, en realidad, si se medita que del cómputo de Valera sólo tenemos los cuatro jalones milagrosamente preservados por el padre A. Oliva. Procede Vázquez a intentar la realización de su empresa con una seguridad de movimientos y una soltura que nos dejan admirados: partiendo de ambas tablas de Montesinos quita a su antojo de aquí y de allí dos o tres monarcas y los incrusta donde le parece que hacen falta, y si se le pide en base a qué criterio lo hiciera, contesta "que son monarcas sin historia, y por lo tanto, caben bien en cualquier parte" (63). Vean los lectores en el prospecto, cómo los reyes 64º, 65º y 66º pasan a ocupar en la acomodación de Vázquez (columna "g") el 61º, 62º y 63º lugar, el 75º, respectivamente el 80º, el 8º el 37º lugar, el 11º el 38º y así siguiendo. Con toda la gran simpatía y estimación que hemos concebido hacia Guinaldo M. Vázquez, no podemos sino lamentar que este escritor, el que ha trabajado con mayor pasión y ahinco sobre las cabalísticas tablas montesinianas, haya tenido como norte principal un intento tan escasamente remunerativo.

9.— *El andamiaje cronológico.*— No, indudablemente no era éste el camino más fecundo. Los nombres de los reyes de por sí nada o muy poco pueden iluminar nuestros problemas. Ellos se encuentran empaquetados, con mayor o menor desorden, para llenar unos claros, o casillas, que evidentemente habían sido dispuestos e imaginados con anterioridad a la tarea puramente onomástica.

(62) LV, pp. 139-149.

(63) LV, p. 143.

He aquí que surge con mayor urgencia el problema de escrutar, a fondo, a cuáles criterios obedecen la ordenación, clasificación y sucesión de tales "paquetes" de monarcas. A nadie se le escapa que las famosas listas están mantenidas en cohesión y equilibrio no por una sola, sino por muchas armaduras recónditas, cuya manifestación más visible es su poder rítmico inconfundible. Como en la bien conocida experiencia del físico, tenemos sobre un plato metálico nada más que un montoncito de granos de arena, amorfos e insignificantes por sí mismos; pero han sufrido la fricción de un arco de violín, y he aquí que se han dispuesto en sutil alternación de pausas y llenos, para formar dibujos geométricos cuya belleza consiste en la simetría.

El aspecto clasificatorio más sensible en Montesinos, porque expresado más a menudo en su prosa, es el sentido temporal. Muchos se han ocupado de la cronología montesiniana, aunque siempre de pasada y con imperfecto entendimiento de su estructura.

El andamiaje de este Autor reposa en dos armazones-tipos: primero, el que declara ser propio de los sabios peruanos o Amautta, y segundo, el que Montesinos mismo fabrica con el fin de mantenerse en obediencia y ortodoxia respecto a las opiniones profesadas por la Iglesia católica de su tiempo. Ya en otros escritos he mostrado que esta última preocupación no fué exclusiva de Montesinos, porque se revela casi constante en la mayoría de los Cronistas, y en ninguno de ellos con mayores aplicaciones y tan ingeniosas como en Guaman Poma de Ayala, el autor que con Salinas, Montesinos y Valera guarda tan estrechas conexiones.

Emplea Montesinos en ambas versiones la misma unidad cronológica, o Era, con el nombre indígena "Sol". Su duración es de 1.000 años. Un Sol corresponde a un *annus magnus* en el concepto antiguo (cuya historia en el mundo clásico ningún tratadista ha desarrollado con mayor firmeza y elegancia que Censorinus) y las denominaciones indígenas que trae Montesinos responden al mismo orden de ideas: *Khápaj-wata* 'año sublime o máximo' e *Intip-wata* 'año solar' o simplemente 'Sol'.

Como en todas las cronologías, el punto de partida de ambos cálculos, ya del indígena, ya del montesiniano, es la supuesta fecha de los primeros hombres que habitaron la tierra; las

épocas históricas se indican, de consecuencia, por medio del número de los milenios, o Soles, que han transcurrido desde ese punto inicial, que coincide con el Cero. Se propone Montesinos emplear la frase 'mil años' para referirse en especial al cómputo católico "*nuestra cuenta más común*" y el vocablo 'Sol' cuando en cambio se refiere a *la cuenta de los Amautas e historiadores peruanos*" pero a menudo las dos denominaciones se encuentran empleadas como meros sinónimos, y esta terminología anfibológica ha venido a agregar no pocas dificultades para los lectores desprevenidos.

Porque, en realidad, la diferencia esencial entre los dos cómputos es que el primero (el de los Amautas e historiadores peruanos) comienza la cuenta desde los primeros habitantes que poblaron a América, y el segundo (el cómputo montesiniano o 'cuenta más común' de su época) desde los primeros hombres que las Escrituras colocan en el Paraíso Terrenal. Consecuencia fatal para Montesinos es la de tener no uno, sino dos puntos de partida y no una sino dos fechas iniciales, a las cuales ha concedido desde un principio iguales derechos y prerrogativas. Según el arreglo montesiniano, hay entre los dos puntos Cero un lapso de mil años, por lo que las sucesivas fechas americanas resultan siempre más jóvenes de un milenio que las fechas computadas según la Biblia *ab initio mundi*.

Los textos en que esta posición es sostenida con claridad, los distinguiremos con el nombre de Pasajes A). Véase uno de ellos en el trozo del cap. X, *in principio*, que reza: "*la entrada del tercer Sol, que según la cuenta de nuestros historiadores corresponde a la segunda edad del mundo*"; quiere decir que el momento histórico del que trata en ese lugar (el reinado de Pachacuti II) fué señalado por una fecha-jalón de gran importancia en el andamiaje de la historia peruana, y del mundo, una fecha miliar en el verdadero sentido. Al traducir esta fecha en números que indiquen su distancia de la fecha Cero, declara que es el 3º milenario siguiendo la cuenta común de los católicos, pero el 2º siguiendo a los historiadores peruanos. Nótese que en este lugar aflora la equivalencia entre el concepto de 'Sol' y 'Edad del Mundo' para los Amautas e historiadores del Perú. Pronto hemos de ver que esta equivalencia está ampliamente autorizada por el testimonio de Blas Valera, en uno de los pasajes más preciosos que nos preservara Garcilaso, y que

fué, además, un concepto hondamente americano, común a todos los pueblos cultos del sector México-Andino.

En la mayoría de los casos Montesinos emplea una nomenclatura más precisa: *Soles o Milenios después de la Creación del Mundo* y *Soles o Milenios después del Diluvio General*. Entre las fechas del primer cómputo y las del segundo corren los 1.000 años de diferencia que hemos señalado más arriba.

Y sorprendamos por un instante a Montesinos en la penumbra de su 'cocina cronológica', para darnos cuenta exacta de sus procedimientos. Uno de los trozos fundamentales de su aparato es aquel pasaje del cap. 13 en que nos brinda un precioso sincronismo. "*Según la cuenta destes peruanos —dice— faltaban 43 años para el entero cumplimiento de los 4 soles, y viene, no sin admiración, con la cuenta de los setenta intérpretes y con la que sigue la Iglesia Romana, que dice que nació el Verbo Divino de las entrañas de la Virgen a los 2.950 años después del Diluvio*". He aquí el modo de definir con certeza las correlaciones que Montesinos había establecido entre los tres calendarios: peruano, judío y católico.

Dice el trozo transcripto que el año 3.957 del Mundo (43 años antes que se cumpliera el IV milenio) corresponde al 1º de la Era Vulgar y al 2.950 después del Diluvio. De estos datos deducimos el siguiente prospecto:

Creación del Mundo	años	0 (Según Montesinos A)
Diluvio General		1007
Era Vulgar		3957

¿De dónde sacó Montesinos estas fechas? Por lo que concierne a los años antediluviales, ningún texto ortodoxo los reduce a tan corto intervalo de tiempo: la Biblia hebraica y la Vulgata enumeran 1.656 años, Eusebio 2.242, Julio Africano 2.262, Clemente Alejandrino 2.148, Josefo 2.156, San Gerónimo (los *Septuaginta*) 2.242. Tampoco sale de fuente alguna legítima el total de 3.957 años a. d. C. para la Creación, y el cómputo que más se le acerca es el de 4.000 años del texto hebreo y la Vulgata. Si llegáramos a captar el secreto de esos 43 años de diferencia: "*faltaban 43 años para el entero cumplimiento de los cuatro Soles*", es de pensar que penetraríamos más hondamente que nunca en la obscura y desordenada mentalidad de Montesinos cronógrafo. ¿Podremos lograrlo?

Véase nuestro procedimiento. Una vez descartada la hipótesis que la manipulación de Montesinos tuviese por base la distancia entre Creación y Diluvio fijada por los intérpretes de las Escrituras, a los que como sacerdote y miembro de la Compañía no debía oponerse, me he propuesto el caso que el Autor tuviese en cambio por fundamento la distancia entre el Diluvio y el Nacimiento de Cristo. Una operación aritmética muy sencilla me ha convencido de que así pensando estaba en lo cierto. El Martirologio Romano, así como la Iglesia Griega y todos los cómputos fundados en el cálculo de los *Septuaginta* colocan al Diluvio en el año 2957 a. C. (y no 2.950 como lo expresa el texto de las Memorias); ahora bien, Montesinos ha añadido a esta cifra los 1.000 años de un Sol y ha obtenido para el año Cero del Mundo la fecha 3.957 A. C. Ha realizado la suma correctamente, pero con su acostumbrada negligencia ha consignado el dato de base con un error de 7 años.

En substancia, el pasaje que comentamos confirma la convención en que se basa la cronología montesiniana, es decir, que entre el año Cero del Mundo y el Diluvio General se interpone un milenio o Sol, y esta tesis es la sostenida en los trozos de mayor responsabilidad. Otro de tales pasajes, absolutamente incontrovertible, es el que concierne al soberano que precede inmediatamente a la serie propiamente incaica, Inti Mayta Kápaj; de él nos dicen las *Memorias* que en su reinado "*se cumplieron 4.000 años después del Diluvio y el quinto Sol de la creación del mundo*".

Infortunadamente, hay otros trozos en que Montesinos, olvidadizo, sigue una doctrina distinta. Todos son pasajes secundarios, aunque uno de ellos se coloque en la primera página de las *Memorias*, esto es, en un punto fatal para la orientación del lector de buena fe. Dice en ese pasaje, el que forma parte de uno de los discursos más entreverados y oscuros que puedan imaginarse, que "*según nuestra cuenta más común (entiende hablar del cómputo católico en oposición al de los Amautta e historiadores peruanos) no eran cumplidos estos dos soles cuando sucedió el Diluvio, porque faltaban para su cumplimiento 340 años*" lo que indica que el Diluvio acaeció en el año 2.000 menos 340, esto es, 1.660 después de la Creación. Más integralmente, he aquí este segundo aparato cronológico montesiniano:

Creación del Mundo	Años	0 (seg. Montes. B)
Diluvio general		1660
Período pacífico de los pobladores hebreos de América, hijos de Ophir (340 años)		1660-2000

Si quisiéramos exigirle congruencia a Montesinos, se le pediría porque el mismo acontecimiento, el Diluvio, lo ha colocado una vez en el año 1.000 del Mundo y otra vez en 1.660. Por mi cuenta, nada me importaría esa conducta, si no fuera indicio fehaciente de que la imperiosa necesidad sentida por nuestro jesuita, de no salirse de la obediencia canónica, ha sufrido los efectos de una fuerza no menos imperiosa, en sentido contrario. Manifiestamente Montesinos, a pesar de temer la condena eclesiástica, se ve forzado a seguir las Escrituras de modo imperfecto: una vez toma de ellas el intervalo Diluvio-Nacimiento y otra vez el lapso Creación-Diluvio, pero nunca los dos al mismo tiempo.

Pronto veremos que esa fuerza contradictoria sale de las fuentes mismas de la tradición peruana antigua, y de la necesidad orgánica de considerar al cataclismo de la Biblia como final de una Edad del Mundo. En cuanto a su cómputo B) Montesinos, que lo ha colocado en la puerta a guisa de frontispicio y defensa, pronto se olvida de él y no vuelve a considerarlo en las páginas siguientes, donde se habla siempre de 1.000 años entre la Creación y el Diluvio, esto es, de una Edad o Sol.

El esquema definitivo que adopta, conforme al *libro manuscrito* que dice haber comprado *en una almoneda de la ciudad de Lima*, es el que distinguiremos con la letra C), y que en su desarrollo es la simple ampliación del esquema A):

Creación del Mundo	años	0 según Montesinos C)
Diluvio General	„	1000
Ophir puebla a América (340 años después)	„	1340
Período en que los judíos viven en temor y amor de Dios en el Pe- rú (160)	„	1500
De los Ayares al primer Pacha- cuti (500)	„	2000

En esta tabla, que es fundamental para entender el andamiaje de Montesinos, vemos que se consagran como jalones

principales las fechas 1.500 y 2.000 del Mundo, aquélla como fundación del Cuzco y del imperio. y ésta como milenario del Diluvio; veremos la importancia que han de asumir en las *Memorias* los aniversarios de ambas: por una parte las fechas 2.500, 3.500, etc. y por la otra los finales de los soles II, III, IV, etc., respectivamente años 2.000, 3.000, 4.000 desde la Creación del Mundo.

10. — *Significado de los Soles o Edades.* — En los párrafos que anteceden se ha llegado a una clara idea de lo que debió costar a un cerebro poco disciplinado como lo fué Montesinos la tentativa de seguir al mismo tiempo las Escrituras y la tradición antigua del Perú, que encontró consignada no en una sola, sino en varias fuentes antiguas, de las cuales sólo conocemos hoy el texto de Valera, aunque de un modo absolutamente incompleto y fragmentario. Pero el juego de equilibrista al que tuvo que recurrir Montesinos no representa para nosotros más que un objetivo secundario y estrictamente personal. Mucho mayor interés encontramos en seguir la única veta originaria de que tenemos vestigios, esto es, el texto de Blas Valera.

*“Esta manera de contar por Soles la Edad del Mundo, fué cosa común y usada entre los de Megico y del Perú”* afirma Blas Valera en el largo y precioso trozo preservado por Garcilaso, Libro II, cap. VI, en el que leemos también otra frase: *“la renovación del Sol, en la última Edad, que proporciona aún mayor fuerza a la relación entre los conceptos ‘Sol’ y ‘Edad del Mundo’.*

En vano intenta Vásquez deducir que los Peruanos antiguos agrupaban un cierto número de Soles para constituir una Edad. Los elementos de prueba que aporta son: en primer lugar la errónea lectura *IV Sol* en lugar de *III Sol* en el texto de Montesinos (64) ya transcrito (cap. X, pág. 57) y luego la

---

(64) He aquí la transcripción de Vásquez, LV, p. 65: *“según la cuenta de nuestros historiadores, la entrada del cuarto sol (o millar de años) de la Creación, responde a la segunda edad del Mundo”* mientras el texto de Montesinos dice: *“a los tres años del gobierno de este rey y a los seis de la entrada del tercero sol, que según la cuenta de nuestros historiadores corresponde a la segunda edad del Mundo...”*. Es una mo-

frase de Garcilaso "*La que llamamos segunda Edad, y la idolatría que en ella se usó tuvo principio de Manco Capac, Inca...*" (65). De la primera "prueba" cada cual puede convenirse que es un simple error material, consultando el texto montesiniano; en cuanto a la segunda, un rápido cotejo de ese pasaje con los análogos de los *Comentarios* y otros cronistas que no fueran Valera, Montesinos, Salinas y Poma, nos aclara que cuando ellos hablan de *dos* Edades, nunca se refieren a la división propia de los Amautta, sino quieren simplemente hacer una distinción entre los tiempos que siguieron a Manco Kápaj y los que le precedieron, llamados por nosotros 'preincaicos' (66).

dificación deliberada de Vásquez, como lo explica en las primeras líneas de la p. 67, en la que demuestra de qué modo fué descarrilado su sentido crítico por la obcecación de su tesis.

(65) Al citar estas palabras de los *Comentarios* subraya Vásquez el verbo 'llamamos', con la intención evidente de mostrar que Garcilaso, al emplear el plural, entienda incluir a Blas Valera. En realidad no es así, y el cronista quiere decir simplemente: nosotros, los historiadores del Perú, como se demostrará en la nota que sigue.

(66) Los Cronistas, en general, y en particular los principales, nunca ponen en práctica el criterio cronológico de los Amautta, y sólo hacen distinción de dos épocas.

Cuando Garcilaso, por ej., habla de los Indios de la Primera Edad (Libro I, cap. VIII) se ve claramente que trata distinguir dos épocas, la incaica y la preincaica: "*en los Sacrificios fueron los Incas casi, o del todo, semejantes a los Indios de la Primera Edad...*" y más abajo, en el mismo párrafo, "*que los usaban en aquella Primera Edad, antes de los Reyes Incas...*". En otro pasaje ha dicho, igualmente: "*en aquella Primera Edad, o Antigua Gentilidad, antes del Imperio de los Reyes Incas...*". Libro I, cap. V.

El párrafo "*La que llamamos la Segunda Edad, y la Idolatría que en ella se usó, tuvo principio de Manco Capac, Inca...*". (Libro I, cap. I) confirma la bipartición de la historia peruana en dos grandes secciones, una anterior y otra posterior a la fundación del Incanato.

También Sarmiento de Gamboa en su párrafo 7 intitulado *Fábula de la segunda edad y creación de estos barbaros indios, etc.*, comienza con el relato de los pueblos creados por Huiracocha, es decir, por las naciones modernas, contemporáneas de los Incas.

Sostiene Vásquez que "del texto de las *Memorias* parece deducirse que el Licenciado sólo considera dos edades: la anterior al diluvio y la posterior al diluvio". Antes había dicho que la Edad montesiniana es una división mayor del tiempo, con respecto a los soles (p. 66 *in fine*). Nada hay que podamos conservar de esta opinión, como se ve-

El mismo Vásquez, después de repetir la frase de Valera, que la Edad "*se contaba por Soles*", aunque especulando sobre la posibilidad de otras interpretaciones, deduce que "también en concepto del ilustre jesuita peruano, han habido, por lo menos, dos edades en América y en el Perú, antes de la invasión española" (67). No solamente dos, añadimos nosotros con los documentos en la mano, sino más de cuatro Edades, como se desprende del pasaje del P. Valera: "*Este (Kápaj Raymi Amautta) gobernó cuarenta años en tiempo del cuarto sol, antes del nacimiento del Señor*" trozo transcrito y preservado por Anello Oliva en el I Libro de su Historia (68).

Por último, y enmendando parcialmente su posición anterior, añade Vásquez que "observando las cosas detenidamente, se ve que tales edades (las 4 Edades de Buenaventura

---

rá a] analizar la cronología de Montesinos; es evidente que Vásquez fué llevado fuera del rastro por las dos edades de la mayoría de los Cronistas.

Los cotejos que hemos antepuesto no dejan lugar a dudas: la división en dos edades hecha por los historiadores nada tiene que ver con las 4 Edades o Soles de la antigua gentilidad, pues los cronistas citados ponen en un solo bloque toda la antigüedad preincaica, formando con ella la primera edad, a la que consideran en oposición conceptual con la segunda edad, o de los reyes Incas. De un modo todavía más explícito vemos indicada la finalidad 'didáctica' de esta clasificación en el pasaje que dice: "*Para que se entienda mejor la Idolatría, Vida y Costumbres de los Indios del Perú, será necesario dividamos aquellos Siglos en dos Edades: Diremos como vivían antes de los Incas, y luego diremos como gobernaban aquellos Reyes, para que no se confunda lo uno con lo otro, ni se atribuyan las Costumbres, ni los Dioses de los unos a los otros...*". *Comentarios*, Lib. I, cap. IX.

(67) LIV, p. 67.

(68) El verdadero concepto de Blas Valera es —como luego veremos más ampliamente— que hubo 4 soles o Edades anteriores al nacimiento de Cristo, y otros 4 que le siguieron, dispuestos recíprocamente en el mismo orden. Sabemos que para Valera una Edad coincidía con un Sol. En la frase de Valera preservada por Garcilaso Lib. II cap. VI: "*la renovación del Sol, en la última Edad...*" se ve que la palabra Edad tiene el significado esotérico propio de los Amautta y de los Americanos en general. En cambio ignoramos con qué nombre indicara Valera a cada una de las dos series cuaternas de Edades, la anterior y la posterior al nacimiento de Cristo. Lo cierto es que si hubiese empleado la palabra edad —lo que nadie puede afirmar con fundamento de pruebas— lo habría hecho de seguro en el sentido común de 'período' o 'era' tan bien definido por Garcilaso en el trozo citado en la nota 66.

Salinas y de otros Autores, dice el texto) se corresponden exactamente con los Soles 2º a 5º de las *Memorias*, lo que induce a suponer que los vocablos Sol y Edad fueron sinónimos para esos autores”.

Por ahí, justamente, convenía empezar: por el reconocimiento de una antigua cronología tradicional peculiar de los Amautta, la que subdividía el tiempo anterior al período propiamente histórico y reciente de los Incas en una serie de 4 períodos o Edades cuyo nombre particular y consagrado era el de Soles.

¿Que el inventor de esta teoría fuese Valera? Con energía rechaza esta suposición Gonzalez de la Rosa: “semejantes cosas no se inventan, sólo se transcriben por el que, conociendo la lengua, relata lo que le han referido los antiguos quipocamayos, y el P. Valera era más que competente para hacerlo y muy circunspecto para no inventar leyendas”. Primera fuente, si, en el sentido que en sus escritos —en los fragmentos que nos han llegado tan milagrosamente— encontramos la única relación de primer manantial de esa doctrina indígena sobre la división del tiempo. Hoy no podríamos decir la sola, porque Guaman Poma de Ayala representa una nueva fuente, la cuzqueña; en cuanto a los demás, Montesinos es el eco de Valera y Salinas parece serlo de Poma.

Llegados a este punto, hemos de llamar la atención, de un modo insistente y premuroso, para que no se continúe en el error de interpretar los Soles de la antigua cronología de los Amautta en un sentido equivocado, como ya lo han hecho varios escritores peruanos desaparecidos y contemporáneos.

La imaginación de estos Autores ha construído un cuadro realmente ingenuo: que los primeros habitantes del Perú tomasen un pizarrón ideal, que pudo ser también el de la propia memoria, y que de todos los acontecimientos, año por año, monarca tras monarca, fuesen anotando la crónica, desde el año Cero hasta Manco Kápaj. De ello habría que deducir que: 1º la tal lista es un documento auténtico y fidedigno, en el sentido que fué construída con el fin de preservar las tradiciones orales de dinastías y sucesos reales y verídicos; 2º que el número de 4 divisiones principales en la serie de los siglos pretéritos corresponde a 4 reales cambios o revoluciones históricas y 3º que las fechas señaladas en cómputo de años en ese

cuadro tienen un valor más o menos aproximado, pero siempre positivo, esto es, que abrazan períodos de años habidos realmente en la historia antigua del Perú.

Ejemplos de esta postura abundan en la literatura histórica peruana. G. M. Vásquez sospecha que el *k'ipokamayok* Auki Runa, de quien obtuvo posiblemente sus informes el P. Salinas, fuese un descendiente de los 'mencionados caudillos' los Auka-Runa (69); muestra con ello haber tomado por seres reales y personajes históricos la denominación genérica de la 'gente levantada y guerrera' que Salinas asigna a la IV Edad, como su población propia y específica. En época más reciente, el muy ilustre doctor Julio C. Tello ha vuelto sobre el mismo asunto, para considerar que las 4 Edades de Poma y Salinas con sus totales respectivos, de 5300 y 3600 años, constituyen una base o testimonio tradicional para el estudio moderno que va en busca de elementos capaces de llenar el gran vacío cronológico del Imperio peruano anterior a los Incas (70), y en los últimos años ha vuelto con mayor diligencia a ensayar dicho aprovechamiento, sirviéndose de la *Nueva Cronica* de Poma, en la que admira la gran 'riqueza de información histórica' (71). Huelga agregar el tratamiento comparativo y sincrónico que Means hace sufrir a la inestable cronología de Montesinos, como si ella pudiera ser objeto de elaboración positiva (71a).

Al observador imparcial no pueden sugerir tales interpretaciones un solo movimiento de sorpresa, y de ningún modo ha de postular, a manera de explicación, una supuesta vocación de los historiadores, animados de intenso amor hacia el suelo peruano, para construir panoramas históricos con escasos elementos de información.

La verdad es que la doctrina aborigen da las Edades del Mundo, que encontramos igualmente en México y Guatemala, y fué preservada en esos países por gran riqueza de documentación pintada y escrita y por el propio folklore, ha sugerido a los escritores mexicanos y guatemaltecos idéntico di-

---

(69) LV, p. 132.

(70) L, 1929.

(71) LI, 1939.

(71a) XXXVI, 1920.

seño de reconstruir la historia más remota de sus respectivas naciones mediante el aprovechamiento de las tradiciones que constituyen aquellas sucesiones de Edades. Para utilizar con finalidad historiográfica tales tradiciones, han procedido, con fervor de apóstoles, a hilvanar uno tras otro personajes, acontecimientos, guerras y calamidades, previamente despojados de todo aquello que podía recordar actividades y expresiones transhumanas, y cuidadosamente substraídas a los típicos nexos propios de las concepciones del mito, que son el ritmo, la ley de simetría y la mística del número. De tal manera, y después de tal obra de evhemerización, han procedido a presentarlos como personajes, acontecimientos, guerras y calamidades reales e históricas.

No haremos una reseña completa de todos los escritores que han seguido este espejismo, lo que sería entorpecer nuestro discurso; citaremos solamente a un mexicano y a un guatemalteco. Alfredo Chavero en un primer tiempo tuvo las 4 Edades y los finales catastróficos de cada una como el testimonio de grandes perturbaciones realmente sufridas por el valle de Anáhuac desde el final del Terciario hasta las grandes glaciaciones y las épocas críticas del vulcanismo, mientras en una obra más reciente optó por la teoría que esos relatos aborígenes deben ser tenidos como descripciones de cuatro sucesivas épocas históricas de los pueblos de México, los que fueron en un principio trogloditas y adoradores de los animales, luego dedicados a la adoración de los árboles y las plantas, en tercer término guerreros consagrados a la fabricación de armas líticas filosas y al culto de las piedras, y por último a la adoración de las constelaciones e invención del calendario (72). En Guatemala, José Antonio Villacorta considera las narraciones de las sucesivas Edades del Popol-vuj y los episodios conexos, como referencias de otras tantas épocas subsiguientes de la historia guatemalteca, la proto-nahua, la maya, la tulteca y la qquiché,

---

(72) CHAVERO ALFREDO. — *La Piedra del Sol, segundo estudio*, en "Anales del Museo Nac. de México", tomo I (Primera Epoca), 1877, pp. 353-386.

Del mismo Autor: *Calendario de Palenke, segunda parte*, en "Anales del Museo Nac. de México", tomo III (Segunda Epoca), 1906, pp. 197-236.

y con tales elementos esboza las principales características de la historia más remota de su país (73).

Después de tales desarrollos análogos, resultaría impropio inculpar de la valoración historiográfica de las Edades peruanas a los escritores del Perú; el impulso, como puede deducirse fácilmente, procede de hechos más generales.

Es menester remontarse muy lejos, hasta mediados del 700, y seguir las sutiles vetas que estaban destinadas a convertirse en impetuosas corrientes y formar el lema y el destino intelectual del siglo XIX, para darse cuenta de las causas que produjeron, al lado de las conquistas imperecederas de ese siglo, también sus peculiares limitaciones y miopías. Su energía excesivamente extravertida, cuyos frutos más considerables fueron conseguidos en la exploración del mundo y la experimentación del laboratorio, fué, también, la causa de que su sensibilidad fuese insuficiente para captar el alcance y el sentido de las expresiones de los hombres y los pueblos cuya vida tuvo por característica la introflexión. Todos los humanos, como es natural, transforman sus reacciones ante lo externo en operosidad creativa y constructiva, pero cuando pertenecen a siglos cuyo genio es opuesto, tales creaciones y construcciones se vuelven recíprocamente incompatibles.

Es común oír el reproche que el siglo XIX fué materialista, pero yo creo que eso no puede ser materia de reproche. Su gran defecto, en cambio, fué no tener en cuenta que entre las reacciones y creaciones de un ciclo mental extraflexo y de otro introvertido no existe jerarquía alguna, y ambas tienen un valor equivalente y la misma suma de dignidad y condición humana. Creyó el siglo XIX que ninguna de las narraciones construídas por el hombre desde los tiempos de que permanecen vestigios, las fábulas, alegorías, personificaciones, eponimias, deificaciones, etc. fuese más que pura escoria, ilusión de una humanidad extraviada que nada tuvo de común con la nuestra, provista de lumbres. Cuando leía una relación cosmológica de los antiguos, llena de imágenes y quimeras, envuelta en un halo —puramente externo— de incredibilidad y

---

(73) VILLACORTA JOSE A. — *Manuscrito de Chichicastenango*, Guatemala 1927.

absurdidad, los labios del sabio se crispaban en una mueca de desprecio o de mera irrisión. Acostumbrado a un estilo —su estilo característico— cuyo fondo consiste en una exactitud y objetividad descriptiva intachable, encontraba insensato, infantil y antiestético el estilo de aquellos relatos, cuyo 'impresionismo' es comparable al de las máscaras talladas en madera por los indígenas de Oceanía y América, las que representan reacciones subjetivas exteriorizadas directamente y en pureza, sin compromisos descriptivos.

Desde algunos años ha ido decayendo, siempre más, esa injusta valuación de las quimeras, así como de las cosmologías, religiones y mitos, y de las mismas esculturas impresionistas y máscaras. Admitimos, siempre con mayor seguridad, que, a pesar de no valer gran cosa para la captación de lo objetivo-absoluto, mucho interesan, en cambio, como creaciones autónomas del espíritu humano en definidos estados de orientación, o Culturas, y constituyen —también ellos— documentos objetivos para reconstruir la historia de tales patrimonios mentales.

Nos resulta explicable que la Religión y el Mito, y más particularmente las formas míticas de la Religión-Ciencia, tuviesen en el 800 un tratamiento inadecuado. En ninguna otra época se las ha tratado con igual desconocimiento de sus valores intrínsecos, de su formación, historia, necesidad y utilidad. Se pretendió que fuesen todo, menos un objeto de estudio merecedor de atentos cuidados y cálido respeto. La superficialidad con que fué conducido este tema es realmente increíble; véanse las miles de 'mitologías' griegas y romanas, industanas y germanas, o universales, escritas a manera de abecedarios o enciclopedias con amaneramiento estético puramente externo o iconográfico, pero sin comprensión íntima y sin llama. La más duradera de las supersticiones científicas del siglo XIX sobre este propósito, fué la de pensar que toda narración mítica contiene escondida una verdad histórica, y el trabajo que debe proponerse el sabio es descomponer el tejido narrativo y fantástico, con el fin de encautarse de aquella recóndita verdad. Únicamente servirían los mitos para este fin, al igual que las ostras de los mares cálidos, cuyo único beneficio es, para el hombre, el hecho que llevan algunas perlas en sus entrañas.

Sabemos hoy que esto puede ser mantenido, en parte,

sólo para una categoría de mitos poco numerosa, los mitos alegóricos (la ciencia mitográfica ha ido multiplicando sus clasificaciones, porque se ha visto que bajo la denominación genérica de narraciones míticas se agrupaba un número relevantísimo de entidades distintas). En compensación, se ha averiguado que la mayor parte de tales narraciones son construcciones inspiradas por gran vigor especulativo, a pesar de las formas externas aparentemente infantiles y fútiles, y obedecen al anhelo, sentido por vastas agrupaciones humanas provistas de culturas especializadas, de resolver con el maximum de satisfacción propia y adherencia patrimonial, los más altos problemas de la concepción del Mundo (*Weltanschauung*).

El lugar que estos mitos merecen ocupar entra, casi con iguales derechos, bajo el dominio de la ciencia natural, el derecho, la raciología, la mántica, la personificación religiosa de los poderes cósmicos y de la energía humana y animal, la geometría y la noción del tiempo. Son, en breves términos, expresiones poemáticas de la Religión-Ciencia.

### TERCERA PARTE, INTERPRETATIVA

11. — *El número 4 como clasificador de nociones.* — Ya desde el último tercio del siglo pasado veníase observando el extraño fenómeno presentado por la frecuencia del número 4 en las construcciones mentales de los pueblos cultos, protohistóricos, de América, así como en su ritual, decoración pintada y esculpida, disposición de las ciudades y protocolo ceremonial. Daniel G. Brinton insiste sobre este punto, llegando a declarar que el 4 es el número sagrado de los Americanos (74). Cushing por otra parte, y sin participar de sistema doctrinal alguno, formula, primero de los innumerables exploradores y descriptores de los indios Pueblos contemporáneos (75), la posición mágica y ceremonial del número 4. Zelia Nuttal, a principios de este siglo, dedica particular atención al Perú, insistiendo en que la disposición cuaterna fué tan difusa y constante, como para dominar toda la vida mental de sus pueblos; concibió, además, el ambicioso diseño de comprender en un solc

(74) III, 1905.

(75) V, 1883.

haz a la gran faja de pueblos de la historia clásica de Europa y Asia que muestran igual dominación mística del número 4 (76).

A pesar de una literatura que ha cubierto ya cien años a partir de su gran iniciador, Alejandro von Humboldt (77), cuando me he impuesto la tarea de tomar por mi cuenta la continuación de estas investigaciones tan complejas, me he visto en el centro de un campo vastísimo, aun imperfectamente desbrozado de las malezas y con enormes espacios todavía inexplorados; además, los varios sectores de la indagación manteníanse desligados uno del otro y sin un concepto unitario, ni en lo que concierne a los materiales ni en lo que es propio del método.

No intentaré resumir aquí las publicaciones que he consagrado hasta hoy a estos estudios, y sólo nombraré algunas, para recordar la sucesión lógica de sus cometidos parciales. A mis amigos del Perú tuve el honor de comunicar las líneas generales de mi doctrina en una conferencia pronunciada en la Universidad de San Marcos (78) el día 8 de septiembre de 1939, cuya lectura ha de resultar útil para establecer la definición de lo que he denominado "el Pensamiento Templario" y asignar con propiedad el significado originario y filosófico de esas palabras, puesto que no coincide con el del uso corriente. Pocos días después, en la misma ciudad de Lima, presenté mi Monografía sobre la concepción del mundo de los Amautta, cuyo Ms. debe ya encontrarse impreso en las Actas del Congreso Internacional de Americanistas (79). En ese trabajo se encuentran los elementos principales de la bibliografía y los delineamientos de mi propio desarrollo, así como ha de ser presentado en una serie de trabajos parciales y especiales en parte ya publicados y en parte a publicarse en los años que siguen.

Como punto de partida para entender la formación de un complejo mántico-científico cual es el Pensamiento Templario, hay que fijar la posición exacta del grupo de pueblos

---

(76) XXXVIII, 1901.

(77) XIII, 1910; edición 1878.

(78) XVIII, 1939.

(79) XIX, 1939.

que gobiernan su vida mental de acuerdo al imperio del número 4, en relación con los demás grupos cuya mística numérica está representada por otras cifras, y especialmente por el 2 y el 3.

La concepción binaria de los primeros se hace visible en las denominaciones de todos los objetos animados e inanimados, concretos y abstractos, los que se encuentran clasificados en las dobles categorías: 1º *negro* y 2º *blanco*; 1º *macho* y 2º *hembra*; 1º *arriba* y 2º *abajo*, y en nuestros mismos tiempos estas sobreviven en la calificación masculina y femenina de objetos sexualmente indiferentes como 'el libro' y 'la silla'. En los pueblos ternarios se distribuyen seres y nociones en tres casilleros: 1º *causa masculina o fecundante*, 2º *causa femenina o fecundada*, 3º *efecto consiguiente, o producto, o hijo*.

Ejemplo de los clasificadores binarios lo ofrece la China, con las conocidísimas antinomias del tipo: *Khien* 'el cielo' (♂), *Kwun* 'la tierra' (♀), cuyo modelo general es la calificación de *yang* (♂) y *yin* (♀) trasladada a todos los conceptos; en la ontología religiosa, América Central y México nos brindan gran cantidad de dioses binarios, o Dúos, concebidos como el conjunto de dos personas de las cuales una es varón y otra mujer: *Ometekútlí* y *Omesíwatí*; *Sitlalatónak* y *Sitlalcue*, etc.

Ejemplo de la nomenclatura ternaria encontramos en los Bavili, quienes consideran masculino al mar, como principio activo de la lluvia, que es femenina, y ambos son causas productoras de los ríos y de la vegetación; todas las cosas animadas o inanimadas que tienen igual poder que el mar son consideradas *Xí*, las fecundadas *Sí* y bajo el nombre *Fu* se reúnen todos los productos de aquellas, o 'hijos'; en la ontología religiosa este mismo complejo de ideas puede observarse en todas las creencias regidas por el número tres (tríadas de Egipto y Caldea, Cristianismo).

La filosofía sociológica ha tomado posesión de este tema en los primeros años del 900 y lo han tratado especialmente E. Durkheim, M. Mauss, H. Hubert y L. Levy-Bruhl. Es explicable que esta escuela, cuya influencia ha sido nefasta en hierología tanto como en etnología, trajese a este campo la mentalidad anti-humanista que le es peculiar, demostrando una vez más que el 'sentir sociológico' es muy poca cosa allí donde se

requiere el 'sentir etnológico' (recuérdese la doctrina del *totem* como fuente de todas religiones y la otra de la mentalidad preológica de los 'salvajes', etc.).

Resultado de Durkheim y su escuela (80) es la pretendida ley general que al ordenar los objetos en determinado número de especies y géneros, cada grupo humano sigue el modelo que le ofrece la estructura de la sociedad en la que vive. La idea central de estas asociaciones de cosas diversas sería la propia organización social, y por lo tanto primero habríase producido su peculiar división en clases y clanes, etc. luego, a su imagen, la de los objetos.

El argumento esgrimido es que con el variar del número de las clases sociales varía también el de las categorías de nociones, por ejemplo las divisiones del espacio. Ahora bien, este paralelismo en el comportamiento de dos entidades variables y aparentemente tan distintas, no puede discutirse, pero de ningún modo autoriza la conclusión que sacan los mencionados escritores partiendo de la desmesurada valorización de una de las dos entidades variables, a la que atribuyen arbitrariamente una energía causativa. En realidad, no sólo esas dos nociones, sino un gran número de otras están sujetas a clasificaciones cuyo número varía en un mismo tiempo y por la misma causa o impulso. Se trata de una necesidad orgánica que orienta la mentalidad de cada ciclo cultural en un sentido numérico fijo e imprime su sello cuantitativo a todas las creaciones que integran su patrimonio, contemporánea y armoniosamente, ya sean los clanes de la comunidad, ya los colores de dirección, o los animales-símbolos, o los sectores de la ciudad, o los registros ornamentales de la alfarería pintada.

Si el pueblo X cambia el número de esos registros, en la simetría de sus pucos y vasos, de 2 a 3 y de 3 a 4 etc., es casi seguro que ha cambiado —al mismo tiempo— el número de los metámeros sociales de su comunidad-estado, pero la causa profunda de los dos cambios es que un nuevo sistema de ordenación y clasificación ha entrado a dominar en su interior, asumiendo la forma de una energía estimulante y la atracción de una simpatía mágica muy afin a la *sympátheia* de los nú-

---

(80) VI, 1908; XXXIII, 1905-6.

meros de que habló Pitágoras. No ya en una sola de sus creaciones culturales, sino en todo lo que toca o imagina, el sistema de las 2 clases ha cedido lugar al de 3 o el de 3 al 4, etc. La explicación de Durkheim y sus secuaces resulta —evidentemente— una *petitio principii*.

En lo que respecta en modo especial a nuestro asunto, es decir a la clasificación de nociones sistematizada por el número 4, la que al viejo Brinton pareció ser 'americana' por antonomasia, piensa Durkheim, seguido por su escuela, que no podría brindarse otra explicación fuera de la sociológica, porque el 4 es del todo extraño a la naturaleza humana en general. He podido contestar con gran cantidad de datos etnológicos, que la experiencia demuestra cómo en la mente de los clasificadores Zuñi, Mexicanos, Guatemaltecos, Chinos, Caldeos, etc. está presente y operante en toda hora la analogía con el cuerpo humano y sus 4 miembros o secciones (o del ocelot, del águila, tortuga, aligador, etc.). Todos esos ejemplos insisten por una parte en la *unidad* y por la otra en la *divisibilidad* cuaterna del cuerpo del hombre o del tigre, tortuga, cóndor y llama (81).

El Pensamiento Templario consiste, justamente, en concebir *in abstracto* ambos criterios de unidad y divisibilidad cuaterna observados en esos seres de la naturaleza, y aplicarlos al espacio horizontal, al tiempo, al año, al concepto de color, estación, actividades humanas y destinos. En la monografía de Lima (1939) están enunciadas las principales cuaternas del Perú: los 4 barrios del Cuzco, sus 4 calles cardinales, 4 regiones del estado, o *Tawantinsuyo*, mejor traducido 'el estado en 4 regiones', 4 virreyes *tokoyrikok*, 4 curajas civiles, 4 colores tribales y ceremoniales, 4 ejércitos purificadores en la ceremonia de la *Sitwa*, etc. También fué estudiado allí el complejo aparato paralelepípedo del Universo según los Amau-

---

(81) A propósito de la llama, véase la terminología de los barrios antiguos de la ciudad de Aija, en el Perú (Dep. de Ancash), los que llevaban respectivamente los nombres de 'frente', 'espalda', 'pezones', 'ancas', etc., todos alrededor de la plaza central, donde fué abatida una antigua pirámide o 'huaca' denominada *pupun* o *shonkon*, esto es 'el ombligo' o 'el corazón'. Encuéntrase una interesante relación en ANTUNEZ DE MAYOLO. (II) pp. 6-10.

ta, y el carácter mántico del impulso que produjo esta *Weltanschauung*, verdadero complejo patrimonial propio y específico de toda la zona que comprende aquellos pueblos del Viejo y el Nuevo Mundo que son, o fueron, poseedores de la Cultura VII o de los Grandes Estados (Grandes Monarquías según F. Graebner), faja que en sentido morfo-cronológico es representativa de la época protohistórica en toda la Ecumene (82).

12. — *Segmentación del tiempo en el sistema tetráctico.*

— Después de establecer, de un modo tan admirable que muy poco se le ha agregado en los siglos que han seguido, la clasificación de la noción espacial, ya sea del espacio de dos dimensiones (direcciones cardinales; centro, ombligo o cruz; “puertas de los vientos”, etc.) ya del de tres dimensiones (planos superpuestos: subtierra, tierra y firmamento, con sus 4 signos cardinales respectivos; 8 octantes del espacio, 4 íferos y 4 súperos, arista vertical o ‘árbol de vida’ etc.), el ciclo mental de los pueblos protohistóricos se propuso componer el concepto del tiempo en una serie de metámeros rítmicamente coordinada a la serie del espacio. He dicho ‘se propuso’, pero es simplemente un modo de expresarme, pues en realidad no puede ser concebido el tiempo antes que se realice, al menos de manera embrionaria, el proceso de su segmentación rítmica, y esto lo han dicho admirablemente tanto San Agustín como todos los filósofos naturales.

De un modo espontáneo la repartición del tiempo fué establecida sobre la pauta del espacio, como si se tratase de una simple transposición de segmentos y grados de uno a otro campo de concepciones y experiencias. Dije en esa monografía que si hubo diferencias, fué por la extraordinaria complejidad de las asociaciones que encontraron su lugar armónico alrededor del núcleo ‘tiempo’, todas de una importancia superior a los conceptos de color, miembros del cuerpo, animales de dirección, etc. que hemos visto agrupados en torno a los sectores del espacio.

Las invenciones templarias, en este renglón temporal, son en primer lugar el calendario, verdadero índice de la con-

ciencia mántica del ciclo (todos los calendarios fueron en un principio 'cuentas de los días' favorables o desfavorables), en segundo término la agrupación de ciclos calendáricos más o menos equivalentes a un año, en 'ataduras' de años, 'años solares', '*anni magni*' etc.; y por último la segmentación de toda la vida transcurrida por la tierra y el hombre en un número definido de períodos convencionales, para el fin de llenar el vacío inquietante del "misterioso pretérito". En todas ellas domina incesantemente el número 4.

Nótese que por mero artificio de enumeración he dicho "por último" refiriéndome al tercer eslabón, pues, en cambio, todo induce a suponer que si no fué anterior, fué al menos contemporáneo a la invención del calendario. En el N<sup>o</sup> 6 de mi colección *Religiones de América* (83) he considerado la posición predominante y central que las 4 edades de la tierra conservan respecto al cuadro general de las divisiones del tiempo (las calendáricas propiamente dichas y sus múltiples) en el más insigne monumento que nos legara la civilización azteca sobre el concepto indio del tiempo; las cuatro Edades constituyen el núcleo geométrico de la gigantesca maquinaria y de seguro también el núcleo espiritual embrionario.

Son 4 cuadriláteros esculpidos que ocupan la parte principal del círculo interior de la Piedra de los Soles, cuyos hieroglíficos denotan las 4 Edades del Mundo ya transcurridas, en conexión con una fecha-jalón, un punto cardinal y un elemento:

<i>Fecha inscripta</i>	<i>Edad del Mundo</i>	<i>Dirección</i>	<i>Elemento</i>
<i>Náhuí-Océlot</i>	Océlot-Tonatíuh	(Norte)	TIERRA
<i>Náhuí-Eécatl</i>	Eécatl-Tonatíuh	(Este)	AIRE
<i>Náhuí-Quíáhuítl</i>	Quíáhuítl-Tonatíuh	(Sur)	FUEGO
<i>Náhuí-Atl</i>	Atl-Tonatíuh	(Oeste)	AGUA

Al hieroglífico colocado a manera de eje entre los cuadriláteros nombrados, y que comprende la cara solar del centro, corresponden:

*Naáhuí-ólin* (el Medio) Olin-Tonatíuh

Los cinco nombres de la última columna se leen en los códices mexicanos y en los cronistas; a ellos he dedicado con

(83) XXIV, en preparación.

cuidadosa meticulosidad el N<sup>o</sup> 7 de *Religiones de América*. Cada uno de esos nombres consiste en un miembro variable más uno constante: *tonatiuh*, que significa 'Sol'. La parte variable la constituyen los sustantivos *océlot* (Tierra), *eécatl* (viento), *quidhuatl* (lluvia de Fuego), *atl* (Agua) y *ólin* (sacudimiento o Terremoto).

Con el término Sol (*tonatiuh*), a su vez, se indica una Edad del Mundo. Esta expresión nuestra es apenas aproximada, pues el sentido real es 'ciclo vital'.

Hay que partir de la base que el conjunto de los Soles o Edades está íntimamente conexo con la creación del hombre, o, para ser más exactos, que cada nuevo Sol representa una nueva creación. En realidad la historia de los Soles es una cosmogonía, al menos en su forma más primitiva y genuina, todavía exenta de las elaboraciones mitográficas reflejas.

Todas las cosmogonías de este ciclo de cultura tratan de presentar la creación del hombre como el acto creativo más reciente, con el que se clausura una serie de 4 creaciones de seres animados menos perfectos (ejemplo típico es la cosmología del pueblo Qqiché cuya amplia exposición y discusión la encontrará el lector en *Religiones de América* N<sup>o</sup> 3) (84). De esta posición se pasa por grados, casi inadvertidamente, a la otra que, aun admitiendo que ya desde el primer acto creativo se trataba de hombres, asigna a cada una de las 4 humanidades sucesivas un pecado que despierta la ira divina o una simple imperfección física que igualmente provoca el exterminio, o también imagina que los frutos de la tierra no tenían en principio sino propiedades alimenticias muy pobres, y que el alimento fué perfeccionándose por grados hasta brindar en la quinta creación, que es la presente, 'buenos bastimentos' propicios para la vida humana. Los diferentes matices pueden ser observados en las documentaciones de México y Yucatán cuyos textos integralmente se transcriben, anotan e interpretan en mis publicaciones N<sup>o</sup> 4, 5 y siguientes, en los que se relatan también las características clausuras de cada uno de los 4 ciclos vitales, que son catástrofes telúricas determinadas por los 4 elementos: un *terremoto*, una *tempestad de viento*, una

*lluvia de fuego* y una *inundación* o *diluvio*. En esos códices y crónicas se declara que sólo la quinta Edad, la época en que vivimos, o histórica, es digna del favor divino, o logra buen alimento o alcanza la excelencia humana; otrosí se afirma que esta humanidad será a su vez destruída por el quinto cataclismo, que es el final. Estos conceptos están tan nítidamente expresados en el código Chimalpopoca, como en Hesíodo y en la Biblia, tomada como ciclo expositivo continuo, y su conjunto configura la suma de la sabiduría sobre los destinos humanos, por el hecho que resume el binomio simétrico *Cosmología-Escatología*.

La sucesión de los Soles es en América la imagen de los 4 ciclos vitales que se han sucedido en la tierra hasta el período presente (respecto al narrador indígena, se entiende). Cada Sol tuvo sus criaturas humanas peculiares, sus costumbres y sus dioses, porque también los dioses suelen morir con el Sol que los engendró o en cuya alborada llegaron a la tierra.

Al terminarse un ciclo vital, el Sol que le brindó calor y lumbre desaparece del cielo (al igual que los demás astros) y aparece otro Sol al comienzo de la Edad sucesiva. El intervalo está caracterizado por un período de tiniebla cósmica, un verdadero interludio sin vida ni calor ni luz, en el cual los hombres sobrevivientes a la última calamidad imploran angustiosamente que amanezca.

Veamos cuales son las series de catástrofes con que los principales Códices de la América culta señalan el exterminio de las sucesivas Edades, advirtiendo que la serie A) pertenece al Popol-Vuj, la B) al Codex Vaticanus N° 3738, la C) es seguida por el Código Gama, Código Chimalpopoca y el Código Fuenleal, y la D) por el Manuscrito Thèvet.

A)	B)	C)	D)
1. comidos por las fieras	inundación	comidos por las fieras	inundación
2. inundación	huracán	huracán	lluvia de fuego
3. lluvia de fuego	lluvia de fuego	lluvia de fuego	terremoto
4. desedenización	carestía	inundación	huracán

cuyos esquemas son, respectivamente:

- a) 1 Océlot-Tierra, 2 Agua, 3 Fuego, 4 desedenización.

- b) 1 Agua, 2 Viento, 3 Fuego, 4 carestía.  
 c) 1 Tierra, 2 Viento, 3 Fuego, 4 Agua.  
 d) 1 Agua, 2 Fuego, 3 Tierra, 4 Viento.

Volviendo a las formas peruanas del concepto de Edad, nuestra monografía de Lima menciona algunas de las abundantísimas referencias a la obscuridad cósmica, como también a los 5 Soles, luego examina la terminología que nos es conservada por el cronista Juan de Santacruz Pachacuti, y la ordena en esta sucesión:

- a) *qallaj-pacha*, o comienzo del tiempo  
 Primera Edad: *purun-pacha-rasphiajtin*, o pueblos anteriores a los tiempos salvajes  
 b) *tutayaj-pacha*, o tiempo de obscuridad  
 Segunda Edad: *purun-pacha*, tiempo de los 'pueblos salvajes' o 'del desierto' o 'sin gobierno', 'behetrías' según J. Santacruz, Fr. Dávila y Sarmiento de Gamboa, respectivamente.  
 c) *unu-pachacuti*, exterminio de la humanidad por varios medios, y en particular por el hídrico  
 Tercera Edad o de la humanidad histórica criada después del exterminio, mediante un acto creativo particular en que aparecen el nuevo sol y los astros.

La serie que nos trasmite Santacruz es aún incompleta, y nunca habríamos tenido una imagen adecuada del sistema peruano, si otros dos cronistas, Buenaventura Salinas y Guamán Poma de Ayala, no nos hubiesen dejado el testimonio de la serie tetráctica completa, anterior al período incaico:

Edad		Poma de Ayala	Buen. Salinas
I	de los Wari Wiracocha Runa	800 años	1000 años
II	Wari Runa	1300	500
III	Purun Runa	1100	1000
IV	Auka Runa	2100	1100
Total de los períodos preincaicos		5300	3600

en las que, evidentemente, el vocablo *Pacha* de Juan Santacruz ha sido reemplazado por *Runa*, o 'gente, hombres' (*Purun-pacha* = *Purun-Runa*) y después de este período de los pueblos 'del desierto' se ha agregado, en la IV Edad, el período de los guerreros (*Auka-Runa*).

Por último, reuniendo sistemáticamente todas las modalidades del exterminio de los hombres enunciadas por las fuentes del Perú, vimos que ellas corresponden al siguiente prospecto:

terremoto	Sarmiento, Oliva			
maremoto		Dávila		
huracán		Oliva		
diluvio	Sarmiento, Oliva		Poma, Cobo	
pestilencia			Poma	
lluvia de fuego		Oliva		Cobo
carestía				Cobo
conversión en piedras	Sarmiento,	Molina,		Garcilaso

La única serie completa es la de Anello Oliva, pp. 23-27, deducida de fuentes del Perú norteño (Quito), y su seriación, comparada con la serie mexicana más próxima, es la que sigue:

Perú Septentrional	1	Edad Agua,	2	Fuego,	3	Aire	4	Tierra
México (Ms. Thévet)		Agua		Fuego		Tierra		Aire

13. — *Segmentación rítmica de la Capaccuna de Montesinos*. — La primera observación de este orden pertenece al historiador argentino Vicente Fidel López, y es la que divide a los soberanos de la lista de Montesinos anteriores a los incas propios, en dos dinastías, los Pirua y los Amautta (85). Ha tenido gran circulación, y todavía puede leérsela en gran cantidad de libros populares. Obtuvo también la acogida favorable de Riva Agüero, lo que constituye siempre un gran beneficio para toda teoría, aunque el mismo Riva Agüero con buen derecho anule la importancia del nombre Pirua por ser "invención fraudulenta destinada a explicar la etimología del nombre Perú" (86). Observamos que la lista lleva el apelativo Pirua sólo para los reyes 1, 3, 10 y 18. Amautta, o sacerdotes-sabios, son los reyes 19, 20, 22, 25, hiatus, luego 37, 38, 39, hiatus, 46, hiatus, 54, 55, 56.

(85) XXX, pp. 253-292.

(86) XLIV, p. 533.

La única base de López es su observación que el sucesor del último Pirua sólo es llamado su 'heredero' y no 'heredero e hijo' (87). Esto no es suficiente —observa Markham— para comprobar que se trate de una dinastía continua, puesto que para otros cinco reyes Pirua no está especificado que sean hijos de sus respectivos predecesores (88). A continuación muestra aceptarla como 'hipótesis conveniente', aunque objeto que una dinastía de sacerdotes no puede durar tan largo tiempo, y cita para comprobarlo la duración de los reyes Magos de la Persia antigua. En definitiva, presenta Markham una agrupación propia (89), que resumimos en forma de esquema:

1º grupo	18 reyes	Pirua	de 1 a 18
2º	46	Amautta	19 64
3º	27	de Tamputocco	65 92
4º	10	Incas	93 102

Esta clasificación es, a nuestro parecer, mejor que la de López. Encontramos justificada la separación del tercer grupo, porque "se perdió el gobierno de la monarquía peruana" y la capital y el trono fueron llevados a Tamputocco, donde quedaron aislados y empobrecidos durante varios siglos. Pero, de nuestro punto de vista, tendremos que añadir otras razones de mayor peso y, además, hemos de articular el inmenso bloque comprendido entre el 65º y el 92º rey.

La vieja idea de las dinastías ha tenido un desarrollo fantástico en el libro de Cuneo-Vidal, quien postula 9 dinastías, comprendiendo a la incaica. Entre una y otra "hubo períodos de transición o interregnos, a los que los analistas cuzqueños dieron el nombre de Pachacuti". El mismo Autor asegura que cada una de las dinastías duró 120 años, y que el tiempo transcurrido entre la fundación del imperio y el 9º Pachacuti fué

(87) XXX, p. 273.

(88) XXXI, pp. 43-44.

(89) XXXI, pp. 45-47. No hay que descuidar el hecho que se encuentra en López una línea escondida en la página 402, en la que el Autor separa el grupo de Tampu-Toko, dándole comienzo con el rey 65º "*premier roi que la légende prit comme origine de cette dinastie restauratrice...*". A pesar de ello, en su cap. III destinado a diferenciar las dinastías peruanas (pp. 253-292) sólo enumera tres dinastías: Piruas, Amautas e Incas.

de 1080 años (90). Como este lapso es igual a 9 veces 120 años, no vemos qué valor tendrían los 9 Pachacuti, considerados como interregnos 'de duración variable'. Todo ello fundado en nubes de humo filosófico y sociológico, más que en la crítica de los textos, a pesar de que en las mismas páginas se logre el acierto de *presentir* que los Pachacuti "han debido tener valor no personal, sino cronológico".

Después de recordar esos ensayos, ya es hora de que formulemos nuestra propia segmentación de la lista, de acuerdo con la terminología que hemos introducido en los párrafos 11 y 12.

*III Edad.* — Cúmplase en el reinado de Tito Yupanki (65º) el 3er. Sol después del Diluvio y el 4º de la Creación. Es tiempo de decir —pero ya el lector lo habrá imaginado, después de considerar la diferencia de 1000 años entre el cálculo peruano y el de Montesinos, según las mismas palabras del Autor— que este milenio suplementario es un producto puramente montesiniano, y representa la tiránica consecuencia de haber hecho comenzar la vida de los hombres en América con los primeros hijos de Ophir que llegaron de Armenia después del Diluvio general narrado por el Génesis. Este injerto absurdo debía acarrear inevitables trastornos en la cuenta de las Edades y, como pronto veremos, en la sucesión de los exterminios finales.

Decíamos, pues, que el 65º rey, Tito Yupanki, reina en el punto preciso en que termina el 3er. Sol y comienza el 4º ciclo vital americano. Esto según las Memorias, pero hay que meditar sobre otras circunstancias que ya estamos preparados para juzgar de un modo absolutamente distinto del acostumbrado. En 1er. término, nos asegura Montesinos que hubo grandes turbaciones, señales prodigiosas en el cielo, rivalidad de cometas (son los *portenta* anunciadores del nuevo período cósmico) luego la destrucción de los edificios y de los pobladores del reino por medio de un terremoto. Escribamos con mano segura en nuestro nuevo prospecto: *Fin del III Sol; destrucción por terremoto; elemento Tierra.*

Hay más. Llegan del Sur en este reinado, siempre se-

gún las *Memorias*, "muchas tropas de gentes" y de otras direcciones "hombres feroces... entre ellos algunos de color prieto" y traen la guerra, luego la muerte y la peste. Anotemos a continuación: *Principio de la IV Edad o 4º Milenio o Sol*; Auka-Pacha o Auka-Runa. Ello coincide en todos puntos con la serie de Poma y Salinas.

Pero veo que hemos comenzado por un jalón intermedio. Volvamos por grados hacia el principio.

*II Edad.* — Cae el fin de la II Edad en el reinado de otro Tito Yupanki, el rey 16º, al cumplirse el 2º Milenio (después del diluvio) o 2º Sol. Es el fin de una época de decadencia y de vicios. "*Por esta causa, dicen los antiguos amantus y lo aprendieron de sus mayores y lo tienen en memoria por sus quipos para eterna memoria, que el sol se cansó de caminar y ocultó a los vivientes, por su castigo, la luz, y no amaneció en más de veinte horas. Los indios dieron gritos llamando a su padre el sol; hicieron grandes sacrificios para aplacarlo, ofreciendo muchos corderos y doncellas y mozos...*".

Este Sol que 'se cansa de caminar' es un viejo conocido nuestro. Ya leímos en Ixtlilxochitl (91) que "*tienen allá en su historia que el sol se estuvo un día natural sin moverse de un lugar*" y que le fué preguntado al sol "*Señor del Mundo, ¿por qué estás tan suspenso y pensativo y no haces tu oficio como te está mandado? ¿quieres destruir al mundo como sueles?*". Y en Mendieta (92), que el sol detúvose "*que no pasaba adelante*"; le pidieron que reanudara su curso "*y respondió que no se mudaría del lugar donde estaba hasta haberlos muertos y destruído a todos ellos*".

En las muchas fuentes de México el detenerse del sol en su curso desempeña el papel del exterminio por el elemento Fuego. En el texto de Montesinos hay que redoblar en este trozo la meticulosidad del análisis, si quiere entenderse cabalmente. Necesita distinguir dos partes: primera, el pararse del sol en su camino —*se cansó de caminar*— tan análogo hasta por la expresión a los textos mexicanos, y segunda, el ocultarse a los vivientes por castigo "*ocultó su luz y no amaneció*" que corresponde a muchos textos qqiché y nahua que

(91) XXII, p. 295.

(92) XXII, p. 288.

describen los períodos de tinieblas. La cesura debe operarse en el lugar que se indica: *se cansó de caminar | y ocultó su luz*. Medítese en la exigencia lógica que requiere que en la primera acción —el pararse del sol en su camino— se trate de interrupción del arco diurno, y se hable siempre de un punto situado en el medio del cielo, mientras para la segunda acción, negativa —el no amanecer— la detención se opera en la carretera invisible del sol, o arco nocturno. Estimo, con los textos a la vista, que las *Memorias* han contraído las dos relaciones indias en dos breves frases apenas separadas por una cópula, porque su sentido diferencial no fué captado por el compilador. Tampoco se nos presentan del todo trastrocadas o desvañecidas, y podemos fácilmente reconstruir su estado original. La segunda frase indica a las claras un período de obscuridad cósmica. En cuanto a su duración, las fuentes hablan de un día, 24 horas, 5 días, y de períodos indeterminados; pero es de suponer que las referencias transmitidas a nosotros por el camino indirecto de los compiladores de Mss. y de Crónicas, han ido abreviando y racionalizando a estos períodos sin luz, por el afán de hacerlos creíbles y asimilarlos a meros eclipses. Vemos esto expresado sin reticencias por Motolinía en México y por Dávila y Montesinos en el Perú (93).

La escena que se nos pinta no podría —en verdad— ser más completa. Montesinos añade la referencia de sacrificios cruentos (corderos, doncellas y mozos) ofrecidos al Sol para aplacarlo, y, todavía más en carácter, la gritería de los indios llamando al Sol, que “*piden o imploran con amor y gran temor, levantando las caras hacia el cielo y alzando los brazos*” como diría el *Popol-Vuj* (94). En cuanto a los sacrificios, he aquí el ayuno “*que era como un aparejo para el advenimiento del fin del mundo*” según el *códice Telleriano Remensis*, folio 9; los “*grandes sacrificios a sus dioses rogándoles no acabacen el Mundo*” de Boturini (95); los “*grandes ala-*

---

(93) El texto de MOTOLINIA encuéntrase transcrito en XXII, p. 280; el de FRANCISCO DE AVILA se lee en sus *Idolatrias de los Indios de Huarochirí*, cap. 3º; el de Montesinos en las *Memorias*, cap. VIII (página 49).

(94) XXI p. 618.

(95) XXII, p. 300.

*ridos y llantos temiendo que se van a perder él (el sol) y ellos y todo el mundo*" de Gómara (96). Todas eran manifestaciones de congoja al terminarse, en México, las ataduras de 52 años, porque una estricta vinculación entre el final de era y el final de ruedas calendáricas fué consecuencia directa del desarrollo histórico del mismo calendario. Permítaseme que indique a los Cuzqueños que tengan desde ya por firme que sus 'andenes del llanto' en la plaza *Waklaypata* fueron uno de los lugares tradicionales donde estallaba periódicamente la expresión clamorosa de esa misma congoja; los 'alaridos y llantos' que vagamente son recordados con referencia a esa plaza no fueron otra cosa que estruendosas invocaciones al Sol, para que no destruyese la humanidad. Cuando las *Memorias* añaden que "*cuando salió la luz... le dieron muchas gracias por los beneficios recibidos*" apostaría que la tradición peruana originaria decía algo parecido a la frase de Clavígero sobre las "*strepitose feste... in rendimento di grazie per aver trattenua la sua voracità e prorrogato il termine del Mondo*" (97).

Anotaremos, pues, en este lugar: *Fin de la II Edad o 2º Sol; las intemperancias y vicios de los pobladores provocan el castigo; el mundo es destruído por el fuego celeste; se produce el cataclismo al terminarse el 2º Milenio; realizada la destrucción sigue un período de obscuridad cósmica; las naciones indias claman al sol, hundidas en la noche tenebrosa, y después de la nueva aurora celebran sacrificios de eucaristía.*

*I Edad.* — Se produce el fin del primer Milenio durante el reinado del 6º rey, Sinchi Cosque, al que "por esta razón le llamaron Pachacuti, y fué el primero que usó este nombre"; a este reinado asignan las *Memorias* la cruel rebelión de los Chancas. La destrucción del mundo, sin embargo, se cumple pocos años más tarde de la muerte de Sinchi, durante el reinado de su segundo sucesor Manco Kápaj II.

En primer lugar, a modo de arcanas advertencias, se producen *portenta* en el cielo y son dos cometas en forma de león y sierpe. Luego los sabios Amautta y los astrólogos predicen el próximo fin del mundo. No dice el texto cuál es la

---

(96) LOPEZ DE GOMARA. — *Historia General de las Indias*, capítulo CXXII, *in fine*

(97) XXII, p. 304.

forma asumida por la catástrofe final del I Sol y sólo añade que hubo guerras, pestilencias "se despoblaron muchas provincias con la muerte de muchos señores y plebeyos" y luego una sequía que secó los ríos de la Costa desde Túmbez hasta Arica "con que se despobló casi toda esta tierra, quedando algunos pocos habitantes junto a la marina, que se sustentaban con harto trabajo". Pero el punto en que sobresale este trozo narrativo, es la descripción de la época de obscuridad, que el texto ha convertido en un eclipse (el despedazarse de la luna) porque en realidad la tradición indígena de los tiempos más recientes había terminado por confundir los dos conceptos (98). Al describir los desmanes de los indios temerosos de que "quedarían a oscuras", recalca Montesinos el sabroso episodio de los instrumentos domésticos que se alzan contra el hombre como fieras, cuyas fases he examinado cuidadosamente en la monografía de Lima, sobre la base de los Cronistas y de los restos plásticos (frescos de Moche). Una

---

(98) Este trozo de las *Memorias*, cap. VIII, es realmente precioso por los indicios que contiene. En primer término, se ve a las claras que los informantes de Montesinos querían hablar de un eclipse. La gente de armas "*se puso en punto de guerra (así como se hacía en México cuando se creía inminente el comienzo de una época de tinieblas, por la ausencia del sol) y tiraban muchas saetas y piedras hacia la luna, haciendo ademanes de huir al león o serpiente, porque decían que desta manera los asombraban, para que no despedazaran a la luna*". Evidentemente, cuando el cono de sombra de un eclipse mordía el disco de la luna, decían que la serpiente o el león se la estaba comiendo.

Lo curioso es que estas referencias conciernen a la obscuridad nocturna, o desaparición de la luna, y no a la diurna, o del sol. Se verificó, a no dudar, una modificación del relato primitivo, que hablaba de un verdadero período de tinieblas cósmicas, el que fué reemplazado luego, en virtud de tendencias evhemeristas y racionalistas, por sendos eclipses, solares y lunares. Por último, vemos que la tradición fué reducida a sus ínfimas proporciones, al eclipse puramente lunar, cuando ya se había perdido la conciencia del tema originario y de su significado.

Montesinos encontró la tradición hondamente empobrecida; Gómara, en cambio, o las fuentes que este cronista utiliza, guardaron mayor adherencia con el antiguo tema indio: "*También creen (los habitantes del Perú) en la fin del mundo; empero, que precederá primero grandísima seca, y se perderán el Sol y Luna, que adoran; y por aquesto dan grandes avaridos y lloran cuando hay eclipses, mayormente del Sol, temiendo que se van a perder él y ellos y todo el mundo*" (Historia General de las Indias, cap. CXXII *in fine*).

vez empezado el interludio cósmico y las tinieblas, sabían los peruanos que *“todos los instrumentos del hombre y de la mujer serían convertidos en leones y culebras, y los husos de las mujeres en víboras y los telares en osos y tigres y otros animales nocivos”*, y lo refiere Montesinos en coincidencia perfecta con lo que hemos leído en la exposición de Dávila (99) y la amplísima descripción llena de sentido dramático, que ocupa los versículos 66-74 del I Libro del *Popol-Vuj*.

¿Cuál fué, entonces, la forma de exterminio de esta Edad? Por lo pronto habría en este pasaje la mención de una destrucción característicamente americana, y peruana: la transformación en piedras, que se encuentra indicada durante la guerra de los Chancas contra el Cuzco, pero una atenta lectura del texto demuestra que desempeña un papel episódico y no el de exterminio general de la humanidad. Por mi cuenta, recordando el escamoteo cumplido por Montesinos, con el afán de guardar un prudente respeto a las Escrituras, al proyectar el diluvio indio (*una pachacuti*) de Sarmiento, Santacruz, Oliva, Poma y Cobo en el tiempo anterior a toda vida americana y fuera del continente (transposición realmente inapropiada y repugnante a la unidad del ciclo mismo), no concibo que pueda ser puesto en duda, con fundamento, el hecho que la catástrofe hídrica fué desplazada por Montesinos, sacándola del final de la Primera Edad para colocarla en el año Cero de América.

Las anotaciones pertinentes son, en este punto: *Terminación de la I Edad o Sol, fin del I Milenio; época de grandes pecados que determinan la decisión divina de exterminar la humanidad; signos anunciadores en el cielo; consecutivo despoblamiento del mundo; el cataclismo específico de este ciclo es la inundación; sigue un período de tinieblas; los hombres esperan con ansia la nueva aurora, temerosos por el alzamiento de los objetos inanimados.*

*IV Edad.* — El último que nos queda por examinar es el cuarto final de Edad. La fecha ocurre en el preciso punto de separación entre la lista de reyes preincaicos y la ‘*dinastía*’ Inca propiamente dicha; el titular de este Pachacuti es

---

(99) FR. DE AVILA. — *Idolatrías*, etc. (citado en la nota 93), capítulo 3º.

Inti Mayta Kápaj, porque en su reinado se cumplieron los 4000 años o el 4º Sol americano, a lo que el cronista agrega que es también el 5º Sol desde la Creación del Mundo, la del Génesis. Y porque se cumplió la Edad "*por esto se llamó Pachacuti, octavo deste nombre*" (100), palabras reveladoras, sobre las cuales se ha deslizado la atención de cientos de escritores y eruditos con ligereza incomprensible.

Las *Memorias* consagran un mayor número de páginas a la descripción de este final decadente y corrompido, casi como si lo fuese en un grado más hondo que los demás finales de Edad: "acabó el vicio de corromper las buenas costumbres y era la sodomía un pecado político" con lo que desea expresar que fué común, endémico y consagrado. Pícaro quisiera resultar el comentario montesiniano: "Quien más sentía esta desdicha eran las mujeres, por ver que a la naturaleza se la defraudaban alimentos y a ellas gustos" (101) y en otros pasajes igualmente ingenuos y de poca fineza. Los 'vicios y bestialidades' habían consumido 'y reducido al desvanecimiento' toda la grandeza del imperio, el estado había vuelto a la anarquía (*behetría*); un cuadro, en resumen, más ennegrecido que nunca. En el reverso de la medalla, el reanudarse de la vida con el amanecer del nuevo Sol y del período Inca propiamente dicho, está descripto como una verdadera restauración de la humanidad y del estado, un *novus ordo*.

En cambio, no hay mención de catástrofe telúrica: el cataclismo se ha transformado en un colapso moral, político y sexual. No se trata de un ejemplo inédito en la literatura genuinamente americana. Véase en uno de los más preciosos códices de México, el *C. Vaticanus A) N° 3738*, que la IV Edad "*dicono esser persa per causa delli vitijs*" (102) y, aun más dramáticamente delineado, en el *Chilan Balam de Chumayel*, la descripción del final de la IV Edad, cuando Bolon-ti-ku vino al Yucatán para introducir el pecado nefasto, y todas las flores "se abrieron tan abiertas para introducir el pecado de Bolon-ti-ku" por lo que "toda la tierra era un mercado de flo-

---

(100) XXXVII (1882), cap. XV, p. 90.

(101) XXXVII (1882), cap. XVI, p. 91.

(102) XXII, p. 255.

res, un albergue de flores y de la mollicie y del pecado" (103) o una "*essaltazione delle rose*" como escribe en el *C. Vaticanus* el buen P. Ríos (104). Recuérdese especialmente que en ambos códices citados, el *Vaticanus* 3738 y el *Chilan Balam de Chumayel*, la corrupción por mollicie y la decadencia pecaminosa pertenecen a la IV y última Edad pretérita, como en Montesinos. Hemos de deducir que la veta tradicional peruana seguida por este último debía tener adherencias con esta particular versión mexico-yucateca.

Anotemos, pues, con igual seguridad: *Final del IV Milenio y IV Sol; decadencia del pueblo peruano por exceso de mollicie y por el vicio nefando; desvanecimiento y corrupción del estado; anarquía; caída de la gloria nacional, despoblamiento. Las costumbres y el estado serán restaurados por la nueva 'dinastía' propiamente Inca, iniciada por el Inca Roca.*

En resumen, pensamos que ya nadie podrá sostener que la lista de los reyes de Montesinos deba ser considerada como un desarrollo lineal de naturaleza historiográfica. El análisis cumplido demuestra que la imagen que le conviene es la de una cuerda en movimiento vibratorio, provista, por lo tanto, de vientres y nudos. Cada uno de estos nudos, a su vez, más que por el comienzo de discutibles 'dinastías', se caracteriza por una profunda decadencia moral o física de los pobladores y el desvanecimiento del estado, un acceso de la cólera divina anunciado por fenómenos celestes y un exterminio de la humanidad, seguido por un período de tinieblas, grandes alaridos y llantos y el alzamiento de los objetos familiares del hombre y de la mujer. Cumplida esta crisis del mundo en todos sus 'momentos', anúnciase el nuevo amanecer y surge un nuevo sol, para dar calor y mantenimiento a formas vitales y políticas completamente nuevas.

14.— *Los nueve Pachacuti.*— A cada uno de tales nudos o jalones —esto es de importancia suma— corresponde una enseña visible en la lista de los reyes (véase la última columna de nuestro prospecto de la Tabla I) constituída por un Pachacuti.

---

(103) XXIII, en prensa.

(104) XXII, p. 255.

Como se sabe, los Pachacuti son nueve tanto para Montesinos como para Blas Valera, y pronto examinaremos su número y colocación. Antes conviene indagar la naturaleza misma de lo que se incluye en la palabra *Pachacuti*.

Por lo pronto, pongamos a salvo la averiguación que los años finales de las cuatro Edades del Mundo pretérito y de la V, o histórica, figuran en la lista con sendos Pachacuti.

Final del	I	Sol americ.	año	1.000	Pachacuti I
	II			2.000	Pachacuti II
	III			3.000	Pachacuti (sin número) VI
	IV			4.000	Pachacuti VIII
	V	(Incanato)		5.000	Pachacuti histórico IX

También puede darse por cierto que el Pachacuti del III Sol, aunque no lleve el ordinal correspondiente, por el hecho de estar colocado en el sitio inmediato anterior al Pachacuti VII, no puede ser otro que el VI. Tampoco el último Pachacuti, ya dentro del Incanato, lleva indicación numeral, pero es, evidentemente el IX, y así lo confirma Blas Valera (105). En cuanto al retraso de una unidad en los numerales de los tres últimos Pachacuti preincaicos en el Ms. de la Merced (que llevan respectivamente los ordinales V, VI y VII), examinaremos este hecho en nuestra Monografía sobre Pachacuti IX, próxima a aparecer.

¿En qué consiste la razón de ser apellidado Pachacuti? Compulemos las *Memorias*, empezando por los Pachacuti comprendidos en el prospecto que precede:

PACHACUTI I (Sinchi Cosque) "en este tiempo dicen que se cumplieron 1.000 años después de El diluvio, y por esta razón le llamaron Pachacuti, y fué el primero que usó deste nombre".

PACHACUTI II (Titu Yupanki) nada se dice del motivo, aunque se afirme que en su reinado se cumplió la segunda Edad del Mundo.

PACHACUTI VI (Titu Yupanki) "llámanle Pachacuti porque se cumplieron en su tiempo 3.000 años desde el Diluvio".

PACHACUTI VIII (Tupa Cauri) "a los 27 años del reinado deste se cumplieron 4.000 años después del Diluvio... y por esto se llamó Pachacuti, octavo deste nombre".

PACHACUTI IX (Tupa Yupanki Inca) "en el tiempo de su rei-

(105) *Relación Anónima* publicada por M. Jiménez de la Espada en *Tres Relaciones*, etc. Madrid 1879, pp. 137-227. Véase pp. 173 y 178.

nado fué el sexto sol", en donde el ordinal "sexto" es referido a la Creación del Hombre, bíblica, y debe ser leído "quinto" en la cronología americana.

En suma, el criterio que sigue Montesinos en estas explicaciones, reposa en la idea que fuese costumbre de los peruanos dar el nombre de Pachacuti a aquellos soberanos en cuyo reinado caía la fecha terminal de un Milenio, o Edad, o Sol. Pero nosotros ya conocemos cuáles son los sucesos propios de un final de Edad que las *Memorias* colocan, justamente, en el reinado de esos soberanos Pachacuti, como ser el exterminio de la humanidad, la pausa de tinieblas cósmicas, etc.

Enuncio desde ya que la doctrina seguida por Montesinos es insostenible, no menos que la de aquellos Cronistas los cuales afirmaron que el nombre Pachacuti significase 'el que reforma al mundo' (Blas Valera) o "reformador del reino" o bien "volvedor de la tierra", habiéndola recuperado de los Chancas (Sarmiento de Gamboa) o "reformador del cielo" (Vicente Fidel López) o "de la astronomía" (Clements R. Markham). El punto insostenible común a todas estas explicaciones, es considerar el vocablo Pachacuti como apelativo y epíteto que fuera asignado a un monarca a guisa de adjetivo calificativo.

En mi estudio filológico (106) sobre las dos formas usadas por los cronistas: *Pachacuti* y *Pachacutec*, he puesto en claro que son alteraciones de *pacha kutin* y *pachakutiŷ* la primera y de *pachakutej* la segunda.

Ahora bien, todas las explicaciones de los Cronistas están basadas en una frase teórica, en que el sustantivo *pacha* sería el complemento objeto del verbo *kutiŷ*, en el caso supuesto y arbitrario que *kutiŷ* fuese verbo transitivo. Sábese, en cambio, que dos graves razones gramaticales impiden dar tal valor a *pachakutej*; 1º porque *pacha* tendría que asumir la forma apropiada (morfema) mediante la desinencia *ta* ó *cta* del acusativo y 2º porque el verbo *kutiŷ* es absolutamente neutro, o intransitivo, y si quisiésemos emplearlo con significación activa transitiva habría que insertarle la partícula causativa *chi*. La frase con significación transitiva "*El que refor-*

ma la tierra" (o el cielo, que es perfectamente lo mismo, porque *pacha* quiere decir 'tiempo' 'lugar' y 'suelo' o 'piso') nunca podría asumir la forma *pachakutej*, siendo que en la lengua qhésua se traduce *pachatakutichej*.

Después de la demostración negativa o limitativa, presenté los valores que efectivamente tienen *pacha kútin* y *pachakútiy* en los gramáticos y vocabularistas de la primera hora (Holgúin, 1608, y Torres Rubio, 1603, para el Qhésua y Bertonio, 1612, para el Aymara).

La frase *pacha kútin* o *pachan kútin* vale: 'vuélvese o trastórnase la tierra', 'vuélvese o trastórnase el tiempo'. El verbo infinitivo *pacha-kútiy* significa 'revolucionarse' o 'convulsionarse'. El sustantivo (realmente, verbo sustantivado) *pachakútiy* equivale a "el fin del mundo", significado (único) registrado por Torres Rubio. En el Aymara penetra el vocablo qhésua con el valor de 'tiempo de guerra', según Bertonio.

Con mayor orden y más completo, Holgúin registra: para el sustantivo puro y simple *pachakútiy* los valores de "grande destrucción, pestilencia, ruina o pérdida, o daño común"; luego, unido a indicaciones específicas del agente de tales exterminios:

*nína pachakútiy*, destrucción por el fuego.

A los que Sarmiento de Gamboa añade la forma hídrica:

*únu pachacútiy*, exterminio por inundación.

Completando la serie, tendremos:

*wáyray pachacútiy*, exterminio por el huracán.

*pachacúyuy pachakútiy*, destrucción por terremoto.

Recomiendo al lector que tome contacto directo con ese mi estudio (107), cuyos corolarios considero de importancia suma para la crítica de tan considerable porción de la historiografía peruana. Los colegas del Perú tienen por delante el camino para introducir más valiosos perfeccionamientos; sería necesario, por ejemplo, poner de relieve mediante una búsqueda meticulosa cuándo y quiénes usaron por primera vez, además de Garcilaso, la forma derivada del participio presente, *Pachacutec*, prefiriéndola a la otra verbal-sustantiva *Pachacuti*, lo que evidencia la adopción refleja de justifica-

ciones gramaticales aproximadas, en favor de la interpretación transitiva.

Celebramos que Montesinos haya conservado la vieja forma Pachakuti. (*pachakutiy*) usada ya por su maestro Blas Valera, aunque éste, verdadero responsable del auge de la explicación "El Reformador" había encontrado entre los indios que fueron sus informadores, explicaciones derivadas e indirectas, las que, mientras comprueban que la tradición había ya perdido la plena conciencia de sí misma, confirman otrosí un hecho ya conocido en otros pueblos, es decir, que las "etimologías populares" con su violenta perturbación del sentido originario, son los agentes visibles de aquella pérdida colectiva.

No es menester mucha fantasía para imaginar cómo se produjeron tales tergiversaciones.

Supongamos que un *quipokamayok*, o registrador oficial de las genealogías convencionales compiladas, más o menos, durante el reinado del noveno o del décimo Sapa-Inca, hubiese señalado en forma seguida y mediante sus cuerdas de nudos los nombres de los soberanos consecutivos de una larga hilera de reyes. Centenares de testimonios afirman que así se procedía de ordinario, aunque yo creo que los nudos no significasen directamente las sílabas del nombre propio, sino asociaciones mentales recordatorias (objetivas y fonéticas) análogas a los *rebus*, o, más probable aún, que los nudos llevasen la cuenta meramente numérica, mientras las cantilenas genealógicas recitadas de memoria y aprendidas desde la infancia (tan conocidas en otros pueblos que pertenecen al mismo ciclo de cultura) aportaban la sucesión hablada de los nombres propios. En aquellos puntos en que la tradición había colocado un jalón de los que ya conocemos, esto es, un final de Sol o de Edad, con su particular exterminio, el quipu llevaba mediante una cuerda *sui generis* o un sistema convencional de nudos, una muy clara señalación del Pachacuti. Bajo un cierto aspecto, el quipu genealógico no fué más que una lista parecida a la de Montesinos; un cierto número de cuerdas cardinales que indicaban a los Pachacuti, a guisa de jalenes principales, y, en el espacio intermedio entre uno y otro, un "paquete" de nombre, un relleno tradicional, una lista más

TABLA II.

Prospecto de la sucesión rítmica de Montesinos: Edades o Soles, fechas-jalones y Pachacuti.

<i>Milenios o Soles peruanos</i>		<i>Años después de la Creación bíblica</i>	<i>Años después del Diluvio general</i>	
	Creación del Mundo .....	0	—	
	Diluvio general bíblico .....	1000	0	
	Llegada de los Ayares .....	1660	660	
<i>I Sol</i>	Sinchi Cosque, (4º rey) ....	2000	1000	Pachacuti I
<i>II Sol</i>	Titu Yupanki (16º) .....	3000	2000	Pachacuti II
	Marasco (26º) .....		—	Pachacuti III
	Paullu Atauki Kápaj (27º) ..		—	Pachacuti III
	Manco Auki Túpa (32º) (Huiracocha) .....		2070	Pachacuti IV
	Hinac Huilla Amautta (45º) ..		2500	Pachacuti (V)
<i>III Sol</i>	Titu Yupanki (65º) .....	4000	3000	(Pachacuti VI)
	Túpa Cauri (81º) .....		3500	Pachacuti VII
<i>IV Sol</i>	Inti Mayta Kápaj (93º) ....	5000	4000	Pachacuti VIII
<i>V Sol</i>	Huiracocha Inga (100º) ....	6000	5000	Pachacuti IX (histórico)

c menos adulterada o reajustada por la transmisión oral de los cantores del pueblo o de especiales colegios sacerdotales.

Cuando esta composición genealógica y cronológica pasó a ser leída ante los primeros Españoles que cultivaron la anticuaria peruana, por ejemplo ante los padres jesuitas contemporáneos de Blas Valera, en una época en que mucho del saber antiguo se había perdido, los Pachacuti y las señalizaciones pertinentes fueron contados en la lectura como otras tantas personas, o, lo que fué peor, como apelativos de los soberanos inmediatos. Concurrió en parte a ello el hecho que el nombre Pachacuti se hubiese convertido ya desde antiguo en nombre propio de persona, como se ve por Juan de Santa-cruz Pachacuti Yamqui, cronista peruano del Collao.

Encuétrase una prueba en la ocurrencia de dos Pachacuti consecutivos en la lista de Montesinos. Es un hecho realmente extraño, que de otra manera no tendría explicación, el que dos reyes, respectivamente padre e hijo, fueran señalados con este título, ambos con el mismo número ordinal:

PACHACUTI III (Marasco, rey 26º) "tercero de este nombre" *Memorias* cap. XI.

PACHACUTI III (Paullu Atauki Kápaj, 27º) "por los felices sucesos que tuvo le llamaron Pachacuti, que fué el tercero de este nombre. No se dice de Paullu cosa notable mas debe haber sido pacífico su reinado" *ibidem*.

A Marasco el texto atribuye, brevemente, que "hizo junta general sobre la reformación" religiosa; al hijo Paullu sólo "felices sucesos". Es este último, en realidad, un mero duplicado del padre en su calificación de Pachacuti (pronto veremos, en mi monografía sobre Pachacuti IX, que existe un caso idéntico de duplicación en el Incanato) En otras palabras, el *quid* que se quería indicar con el vocablo *pachacuti* cayó indiferentemente sobre el padre y sobre el hijo, o exactamente entre uno y otro. Esto no puede explicarse de otro modo que admitiendo la interposición, en el quipu, de una señalación del *pachacutiy*, la que, al ser tomada como calificante y epíteto personal, fué leída algunas veces en unión con el nombre del padre y otras con el del hijo.

En lo que respecta a los reyes 26º y 27º, sus historias de las *Memorias* no contienen mención alguna de final de Edad, o de exterminio. Tampoco sus reinados coinciden en la cronología montesiniana con una fecha o jalón intermedio,

de 500 años, como p. ej. Pachacuti V (año 2.500) y Pachacuti VII (año 3.500). ¿Cómo explicar esta incongruencia? El examen cuidadoso de los reinados nos revela que desde el monarca 16º hasta el 45º reina un gran desorden en la lista, con evidentes interpolaciones, cambios en la sucesión y otras manipulaciones capaces de introducir inconsecuencias y contradicciones en gran número. Así, mientras que de 2.070 a 3.000 (esto es, del Pachacuti IV al VI) se enumeran 30 soberanos, y de 3.000 a 4.000 (del Pachacuti VI al VIII) otros 30, se cuenta en cambio el total relativamente inexplicable de 17 reyes desde 2.000 hasta 2.070 (de Pachacuti II al IV). Viceversa, del Pachacuti I al II (de 1.000 a 2.000) apenas se cuentan diez reyes en la lista. Tampoco quedan vestigios, entre 1.000 y 2.000, del Pachacuti intermedio, el que aparece en la mitad justa de los demás milenios. Es necesario convenir en que ha ocurrido un desplazamiento del entero paquete 17º-31º y el corrimiento de los ordinales respectivos. El caso más escandaloso es el de Pachacuti IV, cuya asignación al año 2.070 no tiene defensa posible; en efecto los quince reyes de la lista que lo separan del año 2.000, contando únicamente los doce de los cuales las *Memorias* registran los años de reinado, forman la suma enorme de 367 años.

Dicen las *Memorias* de este Pachacuti IV que "llamaron Pachacuti a este rey por las buenas leyes que ordenó y por la mudanza del año"; sería, pues, un reformador del calendario o del "tiempo".

En el prospecto general de los 9 Pachacuti y de sus épocas que presentamos en la Tabla II, no hemos alterado la disposición de Montesinos, ni intentado enmendar la distribución de los primeros 32 reyes y sus Pachacuti respectivos, la que en la lista montesiniana ofrece una secuencia insostenible. Insertamos ahora otro esquema que se propone restablecer la disposición originaria. Obsérvese que nuestras correcciones son las "necesarias y suficientes", esto es, que no hemos introducido variantes por el solo gusto de hacerlo. Sobre 9 fechas, 5 las conservamos tal como están en las *Memorias*. De las 4 restantes, una es la fecha terminal, que será discutida en la Monografía sobre Pachacuti IX, y 3 pertenecen a los dos milenios iniciales, que han sido el lugar clásico

de las perturbaciones y escamoteos de Montesinos, con el fin de introducir el diluvio bíblico en la historia de América.

Año	500	Pachacuti I
	1.000	Pachacuti II final de Edad (Primer Sol)
	1.500	Pachacuti III
	2.000	Pachacuti IV final de Edad (Segundo Sol)
	2.500	Pachacuti V
	3.000	Pachacuti VI final de Edad (Tercer Sol)
	3.500	Pachacuti VII
	4.000	Pachacuti VIII final de Edad (Cuarto Sol)
	4.500	Pachacuti IX (histórico)

Este prospecto es el más indicado para el fin de mantener la entera construcción montesiniana fiel a sí misma y a la temática americana. Pero no hemos querido ir más lejos, ni imitar, después de objetarlo, el sistema empleado por G. M. Vásquez al dislocar los elementos onomásticos de Montesinos de acuerdo al nuevo casillero.

15.— *El 'Sol' y el "Pachacuti"; ciclos primarios y secundarios.*— Por otra parte, más que la de corregir y restaurar la lista, lo que sería un trabajo dudoso en el método y de escasa remuneración, se impone la tarea de investigar qué significado atribuye Montesinos a las fechas-jalones que venimos llamando "intermedias", porque se colocan en el punto medio de una Edad y la dividen en dos períodos de 500 años cada uno.

He dicho "Montesinos", pero es un error, porque todo induce a creer que algo análogo debía ocurrir en la lista de Blas Valera. Es cierto que éste, en el famoso trozo engastado en los *Comentarios* califica a las Edades o Soles de los Peruanos como idénticos a los Soles de México, que son 4, y les atribuye una duración de 600 a 700 años cada una. En cambio existe el hecho innegable que los Pachacuti de Valera son 9, al igual que los de Montesinos.

Nadie hasta hoy se ha propuesto la tarea de esclarecer si la doctrina de Valera sufrió adulteraciones y aditamientos al pasar por las manos de Montesinos, ni la otra aun más principal de reconstruir qué definición y qué valor fué asignado por Valera a los Pachacuti de su *Vocabulario* o de la

*Relación.* Es evidente que en este asunto hay que empezar *ab ovo*.

A título de mera información histórica sobre el problema, transcribimos una referencia de las *Memorias*, en la que Montesinos se ingenia para introducir la noción cronológica del Pachacuti. Habla de una junta de astrónomos reunida por el rey Ayar Manco I (35º) para reformar el calendario: "*ordenó también que así como había semanas de 10 días las hubiese de años; de modo que contaban 10 años comunes por uno y luego cada 10 de estas décadas por otro, que era un sol, y la mitad, que eran 500 años, mandó que se llamase pachacuti, por la razón que se ha dicho. Esta cuenta de años guardaron siempre los indios de este reino hasta la venida de los Españoles*". Nótese que con esta referencia justificaría Montesinos los Pachacuti de 2500 (V) y 3.500 (VII), pero de ningún modo la presencia de los Pachacuti anteriores a estas fechas; se trata, con toda claridad, de una invención destinada a explicar *a posteriori* la antigua denominación de los Pachacuti, y como tal constituye un buen ejemplo de *fábulas etiológicas*.

En los demás cronistas no se encuentra tal división de las Edades en dos períodos de 500 años, aunque, en realidad, Salinas tiene una de sus 4 Edades igual a 500 años (la II, o de los Gigantes Indígetes). Poma de Ayala considera, al igual que Salinas, cada Edad como un todo indivisible. Si consideramos ahora la duración del sistema en su conjunto y la de todas sus partes, tendremos el siguiente prospecto:

	<i>Poma de Ayala</i>	<i>Buen. Salinas</i>	<i>F. Montesinos</i>
I Edad	800	1000	500
II	1300	500	1000
III	1100	1000	1000
IV	2100	1100	1000
<i>Total ...</i>	5300	3600	3500

cuyas cifras no dejan de ser instructivas, al cotejarlas. En lo que concierne a los totales, llama la atención el acuerdo entre Salinas y Montesinos. Tampoco aparecen serias divergencias en cuanto a las alícuotas (nótese la II Edad de Salinas de 500 años). La abultada duración de la IV de Poma, que es el doble de las demás Edades, ha sido ya explicada en

mi trabajo de 1939 (108) como tiránica consecuencia de haber postulado este Autor dos sincronismos: el primero entre las migraciones de la época *Purun-Runa* con la migración de los hijos de Abraham, y el segundo entre el comienzo de la dinastía Inca y el nacimiento de Jesús. Por fin, Edades de 1000 años o poco más o menos son frecuentes en Poma y Salinas, aunque, innegablemente, a Montesinos pertenece el calificativo de "minelarista" por excelencia.

Todas esas observaciones, sin embargo, nada aportan que esclarezca la cuestión fundamental, y dejan insatisfecho nuestro deseo de saber dónde, a qué distancia de tiempo y con qué significado cronológico-mítico colocara Blas Valera los 9 Pachacuti.

¿Podrán decirnos algo los escasos trozos de Valera, agudamente inquiridos?

Empecemos por la *Relación*. Mucho me ha dado que meditar el intervalo que divide los dos únicos jalones que conocemos por medio de este documento, los Pachacuti VIII y IX (109). La *Relación*, como es sabido, no trae lista alguna, ni otra base o indicio para reconstruirla, fuera de los números ordinales VII y IX, pero tienen estos ordinales algo de providencial, porque en esa última parte de la lista la sucesión de Montesinos muéstrase menos adulterada, y desde Manco Auki Tupa hasta el final puede ser considerada atendida. Añádase que el Pachacuti Inga, séptimo de este nombre, señor de Pacari Tampu, quien restableció el imperio del Cuzco, que se había perdido con las guerras y pestilencias (*Relación*, pág. 178) coincide admirablemente con el Pachacuti VII de las *Memorias*, que también pertenece a los soberanos de Tampu Tocco y "este rey comenzó a alzar la cabeza y cobrar algunas ciudades y provincias". Por lo que concierne a Pachacuti IX, la diferencia entre la *Relación* y las *Memorias* es de un solo lugar, puesto que la primera confiere ese título a Titu Yupanki, y las segundas a su padre Huira-Cocha. Si partimos, ahora, del punto fijo (el único dato del *Vocabulario* que se refiere al Incanato) que es representado por Lloque Yupanki, situado en el 95º lugar por Valera, y

(108) XIX, 1939.

(109) *Relación anónima*, ya citada en la nota 105, pp. 173 y 178.

contamos cuántos reyes lo preceden hasta encontrar al Pachacuti IX de Valera, o Titu Yupanki, tendremos el número ordinal de ambos reyes-jalones, según la ordenación de Valera:

De Tupa Cauri (inclusive) a Lloque Yupanki (exclus.)	15 reyes
De Lloque Yupanki (inclus.) a Titu Yupanki (inclus.)	7 „

Total ... 22

Hemos llegado, por el único camino que teníamos a disposición, a reconocer que la lista de Valera entre el Pachacuti VII y el IX comprendía 22 reyes. Referido al prospecto montesiniano y a su cronología rectificadas (ver último esquema del párrafo 14), ese intervalo se coloca entre dos consecutivos Pachacuti “intermedios”. Evidentemente, cubre el espacio de 1.000 años. Si multiplicamos por 4 este conjunto, tendremos que la suma entera de las 4 Edades debe comprender 88 reyes. Esta cifra no puede resultar indiferente, si consideramos que, a pesar de las adulteraciones, todas las listas que nos brindan los documentos encuentran en ella una base numérica muy aproximada: los 90 reyes de las *Memorias* en su segunda redacción (Ms. de la Merced), los 93 de la tercera redacción (Ms. de la Universitaria) y los 93 del *Vocabulario* de Valera.

Yo, por mi cuenta, le atribuyo a este número 88, un valor todavía más fundamental. Espero que los lectores recuerden lo que he insinuado en el párrafo 8 respecto a las razones que sugieren —e imponen— suponer que hubo una primera redacción, desconocida hoy, de las *Memorias* de Montesinos. La prueba es que, si se toma en cuenta especial la numeración brindada “en todas sus letras” por Montesinos, de manera discontinua y por 27 de sus reyes, y se la compara con las numeraciones naturales de ambos Mss., se tiene el siguiente prospecto:

	<i>Ms. de la</i> <i>Merced</i>	<i>Ms. de la</i> <i>Universitaria</i>
primero rey que reinó en el Cuzco	1	1
tercero rey peruano .....	3	3
duodécimo rey .....	13	14
décimotercera .....	14	15
décimocuarto .....	15	16
décimoquinto .....	16	17
décimosexto .....	17	18

vigésimo primero .....	22	23
vigésimo segundo .....	23	24
vigésimo tercero .....	24	25
vigésimo cuarto .....	25	26
vigésimo quinto .....	26	27
vigésimo sexto .....	27	28
vigésimo séptimo .....	28	29
vigésimo octavo .....	29	30
vigésimo nono .....	30	31
trigésimo cuarto .....	35	36
trigésimo séptimo .....	38	39
cuadragésimo .....	42	43
cuadragésimo segundo .....	44	45
quincuagésimo .....	52	53
quincuagésimo cuarto .....	56	57
sexagésimo primero .....	63	64
sexagésimo segundo .....	64	65
septuagésimo nono .....	79	82
octogésimo segundo .....	82	85
octogésimo tercero .....	86	88

Es fácil deducir que la numeración escrita en ambos documentos no coincide con la numeración natural, como ya lo dijimos, y la causa son las sucesivas interpolaciones con que se ha aumentado el número de los soberanos: es evidente también que al hilvanar las nuevas hileras Montesinos no se tomaba la pena de restablecer la sucesión de los números ordinales que correspondía, y se conformaba con cambiar de lugar el historial del Ms. precedente, como si fuera una de nuestras "papeletas". Pero otra cosa más importante nos indica el prospecto, y es que Amaru, octogésimo tercero rey peruano, se encuentra postergado de 3 lugares en la segunda redacción y de 5 en la tercera.

En otras palabras, si a partir de Amaru, 83º rey según la colocación primitiva (columna d), seguimos contando hasta el último rey preincaico, Inti Mayta Kápaj, encontraremos que a éste corresponde el número 88, y que, de consecuencia, 88 era el número total de la serie preincaica.

Estos indicios son más que suficientes para deducir que Montesinos no ha trabajado en el primer momento con el *Vocabulario* de Valera, sino con un manuscrito similar que registraba 88 reyes anteriores al primer Inca. Imagino la lista de este Ms. construída con un sistema exquisitamente simétrico, con sus 8 jalones o Pachacuti anteriores al Inca Roca y el

noveno en pleno Incanato, con los intervalos entre uno y otro ocupados por sendos casilleros todos parejos, que comprendían 10 lugares cada uno.

Pasemos ahora al segundo documento, el *Vocabulario*. Nunca como en esta ocasión he apreciado la obra de Anello Oliva, quien nos ha preservado tan milagrosamente las joyas historiográficas que se encuentran engastadas en sus páginas 70 y 71 y que ya tantos servicios han prestado en la identificación de las fuentes de Montesinos. Se encuentran, en esas páginas, 15 líneas textuales de Blas Valera, relacionadas con el Kápaj Raymi Amautta, y además unas referencias a cuatro monarcas de la lista de Valera. Sus números ordinales, correspondientes a la progresión de Valera, son:

Kápaj Raymi Amauta .....	39º	rey del Perú
Kápaj Yupanki Amautta .....	43º	
Cuius Manco .....	64º	
Kápaj Lloque Yupanki .....	95º	

Pero hay en Oliva otras indicaciones más, que considero no menos preciosas. En primer lugar, el 39º rey "*gobernó 40 años en tiempo del cuarto sol antes del nacimiento del Señor*". Esto nos dice que la E. V. comienza, según Valera, después del 39º rey. Renglones más abajo, el P. Oliva añade que "*después de él (Kápaj Raymi Amautta) y de la encarnación del Verbo eterno ubo otros muchos Reies*" y para confirmarlo cita a otros nombres de monarcas extraídos del Ms. de Valera, entre ellos Kápaj Yupanki Amautta "*de quien afirma fué Rey 43º*". Esto viene a comprobarnos que entre el 39º y el 43º colocaba Valera el nacimiento de Cristo, jalón de importancia universal, que señalaba la clausura de una era. En efecto, el Pachacuti V se coloca en las varias cuentas del modo que sigue:

Pachacuti V 40º	42º	rey de Blas Valera
	42º	„ „ Montesinos 1ª redacción
	44º	„ „ Ms. de la Merced
	45º	„ „ Ms. Universitaria

Añádase que si el tiempo de Kápaj Raymi Amautta pertenece, según Valera, al IV Sol, antes de la Era Vulgar, significa que "Sol" y "Pachacuti" son para él una sola cosa,

y que desde el comienzo del imperio hasta el primer Inca contaba 8 Soles.

Recapitulando, hemos comprobado que para Valera entre uno y otro Pachacuti corría una Edad del Mundo, o Sol, y que una vez transcurridos los 4 primeros Soles o Edades, fué reformado el mundo por la Redención, y a ésta siguió una segunda cuaterna de Edades. Cerrada también ésta después del 8º Pachacuti, fué reformado nuevamente el imperio peruano por los monarcas Incas. En cuanto a la cronología de Valera, no me ha sido difícil reconstruirla, una vez encontrada la clave de su construcción mental. Recuérdese que en el trozo de los *Comentarios* repetidamente citado nos brinda dos datos: primero, que los Soles no tenían la duración de 850 años referida por Gómara, pues eran más cortos y tenían un valor mediano entre 600 y 700; segundo, que el último final catastrófico de Edad lo computaba ocurrido en 1043. Ahora bien, multiplicando 8 (las Edades) por 650 (su duración según Valera) se obtienen 5.200 años, y el total de los años del Mundo anteriores a Cristo es, justamente, de 5.199 en el Martirologio Romano y los Septuaginta. Si luego se observa que casi 1050 de ellos transcurrieron en plena Era Vulgar, de acuerdo al segundo dato de Valera, quedan en el período anterior a Cristo poco más de 4.100 años, los que representan los 4 milenarios de la cuenta hebrea y la Vulgata. Tuvo, en resumen, Blas Valera, una posición intermedia entre las dos cronologías que se encontraban en lucha en los ambientes eclesiásticos de su época: 5.200 y 4.000, y ambos números influenciaron hondamente su armazón cronológica.

En cuanto a la división de este bloque en sus partes, Valera no realiza los aprestos bíblicos de Poma, y lo divide en porciones simétricas, que para él son 8 en lugar de 4.

La creencia en la reduplicación y multiplicación de los ciclos de las 4 Edades, que se renovarían uno tras otro en el mismo orden, no es una versión completamente inédita en las construcciones místicas de América, aunque pertenece siempre a mentalidades reflejas y desarrollos relativamente recientes del antiguo y clásico sistema fundamental, el cuaternario simple. Se ha presentado a veces al descifrador de los documentos de Yucatán, especialmente de los principales *Chilán Balam*. Esa misma creencia fué la de Valera, y no sabe-

mos a lo cierto si por influencia directa de las fuentes yucatecas, o por adaptación individual del cómputo de los 9 jalones, seguramente preexistente.

En tercer término hemos puesto de relieve que, a pesar de las muchas adulteraciones numéricas y transposiciones de reyes que han creado las discrepancias observadas entre los varios Autores y manuscritos, resulta convincente estimar que entre todos los esquemas que hemos venido examinando hay uno que se coloca en un lugar de preferencia por su estructura y conformación. En otras palabras, si todas esas listas, tan estrechamente emparentadas unas con otras, hacen pensar en una pauta común, y esta pauta tuvo que ser idealmente fiel al producto de operaciones mentales sencillas y simétricas, he aquí la necesidad de no desechar un sistema—cuyos vestigios, identificados y juntados por nosotros, demuestran tener tanta congruencia— el cual comprendió entre uno y otro jalón siempre el mismo número de reyes, esto es, un paquete de 10 nombres.

Que esos 10 reyes fuesen los mismos 10 reyes Incas de Manco Kápaj a Huayna Kápaj, o de Inca Roca a Huascar, cuyas gestas los cantores lugareños de varias provincias alababan y referían a su modo, es cosa muy posible y comprensible, aunque no hago de ello, en absoluto, materia de mi demostración.

Lo que a mí importa mayormente, es reconstruir el camino recorrido, a partir del "cantar de gesta" o el "cantar genealógico" hasta la formación de las Capaccunas de Valera y Montesinos, pasando a través de una forma intermedia de cantar genealógico y cronológico construido con artificio de Amautta, patrón en que se operaron las más curiosas adulteraciones. Se engendraron versiones que admitían únicamente las 4 Edades o Soles, otras a su lado con los 4 grandes Soles y 4 jalones menores destinados a acojer el concepto de "reformas" del rito o del calendario, y una tercera forma con los 8 jalones llevados todos a la misma categoría: en esta última los Soles habían bajado un poco, y los Pachacuti habían subido en importancia.

Lo esencial es que —de cualquier esquema se tratase— la lectura (o más bien el canto) de los 10 nombres, seguido por su respectivo final de Edad, o Pachacuti, dió lugar a una

interpretación de carácter personal, y el Pachacuti fué humanizado hasta tener cetro y corona. Se tuvo, de este modo, 11 reyes por cada período intermedio y 22 por cada Edad, y cuando fueron contados en una lista integral, dieron el total de 88.

Por fin, al encontrar en Montesinos una posición cuaternaria, fiel a los 4 Soles o Edades de la cronología clásica americana, tenemos una prueba más de que su fuente primitiva no fué Blas Valera, sino otro manuscrito muy afín al de Poma de Ayala y Salinas, en el cual —sin embargo— los Pachacuti de media Edad ya habían empezado a jugar un papel secundario, que luego encontró un desarrollo tan exagerado en Valera.

### CONCLUSIONES

16.— *Montesinos en el centenario de la publicación de las "Memorias"*. Sin repetir todos los puntos de que hemos venido ocupándonos, pueden formularse, a manera de conclusiones, un cierto número de corolarios.

1º — Los historiadores peruanos, durante uno de los períodos más fecundos de su actividad crítica, han puesto de relieve que las *Memorias* no nacieron de la fantasía de su Autor, porque tienen antecedentes y fuentes dignas de nuestro respeto, tales como el *Vocabulario* del P. Blas Valera y la *Relación* publicada como del Anónima Jesuítá, a la que luego se reconoció como obra del mismo Valera.

2º — La elaboración de Montesinos nunca llegó a su estado definitivo, y son conocidas las diferencias en el número y el orden de los reyes entre el Ms. de la Merced y el de la Universitaria; pero la numeración en todas sus letras que acompaña de manera discontinua a 27 soberanos, sin coincidir con ninguna de las dos listas, es prueba de que Montesinos escribiese una tercera redacción de su obra, y ésta, naturalmente, fué la primitiva. El total de los reyes preincaicos fué en ella de 88 monarcas.

3º — Averiguado el origen de las listas de un fondo tradicional bastante antiguo con respecto a la mayoría de los Cronistas del Perú, y establecida una cierta concordancia con Guaman Poma de Ayala y Buenaventura Salinas, no es extraño

que Montesinos fuese enaltecido, a despecho de la fama universal de Garcilaso, como sostenedor de las brillantes civilizaciones peruanas anteriores al reino del Cuzco, clasificadas por la estratigrafía de Max Uhle a fines del 800, y que, en contra de los buenos consejos de Riva Agüero, se escribiesen varias obras y monografías tendientes a construir sobre tales bases la sucesión de períodos dinásticos análogos a los egipcios de Manethón, la historia de los períodos preincaicos y —lo que es peor— su cronología.

4º — Demostrada, en cambio —en esta Monografía— la real posición que asumen las 4 Edades del Mundo descriptas por Salinas, Poma y Montesinos, y el fundamento conceptual de tales Edades o Soles, en base al testimonio de Blas Valera, y estudiadas sus conexiones formales y substanciales con los 4 *tonatíuh* de México y la cronología mítica de Yucatán y Guatemala, lo que se ha obtenido cotejando los finales de Edad, las calamidades que los distinguen, las épocas de tinieblas que se interponen y la sucesión de elementos que gobiernan a cada una, se llega a la conclusión que al aprovechar la lista de Montesinos-Valera en la reconstrucción objetiva e historiográfica, en el sentido estricto del concepto, se demuestra no haber entendido su esencia verídica.

5º — La importancia mayor de esa lista —en efecto— consiste en la armazón que la sostiene, soldándola en 5 puntos principales: el comienzo del tiempo y los finales de Edades; al último final sucede la V Edad, ya susceptible de un contralor más intenso, porque es la de los Incas propios. Tales jalones esenciales están señalados en las *Memorias* por fechas milenarias: 1.000, 2.000, 3.000 y 4.000 ya que Montesinos es “milenarista” por sistema, al igual que la Biblia hebrea y la Vulgata. El autor que mayormente se le acerca es Salinas, y ambos muestran que no se desconocía otro período menor, de 500 años. Por su cuenta, Blas Valera es partidario de una duración de Edad algo menor del milenio, de 650 años.

6º — Tanto Montesinos como Blas Valera interrumpen sus listas con 9 Pachacuti, más o menos equidistantes uno del otro. En las *Memorias* los Pachacuti que coinciden con las fechas milenarias están asociados con períodos críticos caracterizados por decadencias físicas y morales muy hondas, por vicios, sodomía e insanía; la cólera divina, anunciada por seña-

les del cielo (*portenta*) se descarga con sendas catástrofes que destruyen a los hombres. Son los Pachacuti en el verdadero y originario sentido de la palabra, porque *pacha-kútin* significa "el mundo se trastorna y se renueva".

7º — La secuencia de los exterminios montesinianos comprende: 1º, inundación; 2º, fuego celeste; 3º terremoto y 4º envilecimiento y despoblamiento por el pecado nefando. La inundación ha sido desplazada por Montesinos y colocada al comienzo de la cuenta, con el fin de asimilarla con el Diluvio bíblico; de este trastrueque procede su milenio suplementario, pre-americano, que altera profundamente todo el andamiaje. La serie de destrucciones sigue una versión emparentada con la del Codex Vaticanus A) 3738 y del Chilán Balam de Chumayel.

8º — La información de Montesinos es el eco de auténticas relaciones compiladas por los primeros cronistas del Perú según el dictado de indígenas que iban descifrando las registraciones nativas, con la ayuda de cantares genealógicos. Confieso que he permanecido siempre escéptico al leer en varias crónicas que el autor había aprovechado los informes directos de un *quipokamayok*, pero cuando averigüé la adherencia verbal de trozos como éste: "dicen los antiguos amautas, y lo aprendieron de sus mayores, y lo tienen en memoria por sus quipus para eterna memoria, *que el sol se cansó de caminar y ocultó a los vivientes por castigo, su luz, y no amaneció etc.*" quedé convencido de que estas palabras en ningún caso fueron imaginadas por el jesuita andaluz, y sólo podrían ser objeto de simulación por parte de algún profesor moderno especialista en códices aztecas. Me convencí, otrosí, de que al lado de gracejos y palabreos y rellenaduras morales y catequistas, se encuentran en los Cronistas también trozos de admirable fidelidad respecto a la fuente misma de la tradición, alterados sólo por falta de entendimiento del compilador y a veces también del indígena que dictó el texto.

9º — Al lado de los 4 Pachacuti finales de Edad hay en Montesinos otros 5 Pachacuti que se colocan en el punto mediano de cada Edad, el que corresponde a las fechas 2.500, 3.500 etc. También en Valera aparecen 9 Pachacuti, y dos de ellos, el VII y el IX, son príncipes reformadores del culto y del calendario. Se trata de figuras claramente "etiológicas",

creadas para justificar la explicación más reciente de la palabra *pachakutiy*; ésta fué efecto de una etimología popular y, conjuntamente, de una tendencia evhemerista, ya que al antiguo sentido esotérico la generalidad había ido substituyendo el valor de "el que renueva el cielo, o el tiempo". La duración de 500 años se deriva de la tradición de Edades de 500 años que ya existía, y del tránsito algo confuso de las cronologías largas a las cortas; el imperio de la simetría completó la construcción. En este sentido tanto Valera como Montesinos traen una versión más adulterada y manoseada que las de Salinas y Poma.

10.— Delineado de esta manera el andamiaje, con sus 9 jalones o puntos básicos, el trabajo de quienes llenaron de nombres los vacíos —y fueron de seguro tradicionalistas e intérpretes indígenas, aunque no pueda asegurarse que fuese obra consciente y de un solo aliento— consistió en hacer colección de unos cuantos nombres propios. En su mayoría son duplicaciones de los reyes del grupo Inca, complementados con adjetivos de dignidad y epítetos principescos; a ellos se añaden unos pocos nombres de animales y plantas y uno que otro de localidades. En lo que concierne a las noticias históricas, nada tenemos que añadir a las páginas sutiles que escribió Riva Agüero ya en 1906 sobre la reduplicación y transposición de la biografía de Sinchi Roca, Yahuar Huacac, Huiracocha, etc., cuyas imágenes especulares fueron asignadas a los imaginarios soberanos de épocas remotísimas. Mucho antes que Uhle y Lacham, este mismo Autor había sugerido que se trataba de tradiciones que se referían a hechos idénticos en parte adulteradas por la versión oral; recogidas en distintos lugares del Perú, fueron ordenadas en hileras; de este modo las tradiciones del antiguo Perú quedaron multiplicadas.

11.— A propósito de la rivalidad entre los partidarios de Montesinos y los de Garcilaso, la que es un poco la continuación póstuma de su propia incompatibilidad de cronistas, hay que recordar que por definición las antinomias no surgen si no existe un factor común, un plano o punto de concordancia. En el caso presente el factor coincidente es el haber bebido ambos en la misma fuente, las obras de Blas Valera, aprovechadas con amplitud por Garcilaso, (sin contar los trozos menores y aquéllos en donde no es nombrado el origen, se encuentran más de treinta y seis tupidas columnas de Valera en los

*Comentarios*) y no menos, al parecer, por Montesinos en las *Memorias*; por lo que, materialmente hablando, no sería tan torpe como suele objetarse la acusación de plagiarios para uno y otro cronista. Si, en cambio, prestamos atención a la conducta crítica, más que a la estadística de los pasajes reproducidos, resalta la diferencia efectiva entre el primero y el segundo. Garcilaso ha leído todo lo que concierne a las Edades, y no ignora la lista de 90 reyes, ciertamente vertida por Valera de su "aparato" a la *Historia*, pero no le concede importancia; probablemente ha percibido la superchería, intencional o involuntaria, del desdoblamiento de los nombres e historiales de los Incas, y por otra parte prefiere atenerse á la "diaskeuasía" oficial del Cuzco, favorecida por el oficialismo español, como lo confirmará luego la actividad historiográfica de Francisco de Toledo. Montesinos, en cambio, acoje sin resistencia toda la carga tradicional, y se conforma con adaptarla al esquema de su hebraísmo concentrado, revestido superficialmente de oropeles católicos. Merece Garcilaso que se le reconozca su habilidad discriminativa en la elección y crítica de la fuente, y ello colmará de gozo a sus innumerables y entusiastas admiradores, a pesar de que éstos, más que de su discernimiento, quedaron prendados de su magnilocuencia. En cambio el desaliñado Montesinos, mal estilista y desordenado elaborador de papeletas, tiene el mérito de haber creído, con toda su ingenuidad, en la veracidad de una quimera, y por esto se ha convertido, providencialmente para nosotros, en el conservador de elementos reconstructivos de positiva importancia.

12.— Porque, en realidad, debemos a Montesinos las primeras noticias concretas sobre las expresiones de la mítica peruana y su *Weltanschauung*, enunciadas de paso por Salinas y desarrolladas por Poma con mayor grado de interferencias bíblicas. ¿Que es ésta una amarga desilusión para los que deseaban fundar en ella la crónica y genealogía de los viejos reinos de la Costa y la Sierra? Sólo sabríamos aconsejarles que cultiven siempre más "por adentro" las cosas indígenas. La arqueología de los Museos y la prosa de los documentos exhalan una atmósfera de honda frialdad, más que de objetividad, y el mismo Garcilaso mucho se parece a una estatua marmórea. ¿Que la cosmogonía de los pueblos antiguos es una composición de elementos fabulosos y ridículos, en comparación con

las ciencias físicas y la matemática de los modernos? Naturalmente que es tal, particularmente si tuviésemos el propósito de indagar por su medio el movimiento y el origen de los astros y del planeta. Pero si nuestra finalidad fuese, en cambio, la reconstrucción de las culturas antiguas, del mundo espiritual antiguo, de su poder mitopoyético, de sus modalidades de expresión y categorización, de su concepción del Universo, etc., en ese caso ninguna otra fuente igualaría su eficacia. Malos jueces han sido siempre los que se han reído de los aspectos fabulosos e increíbles de las creaciones religiosas de los pueblos; Agustín lo hizo de las paganas con éxito inmenso y gran agudeza, pero sucedió que siglos después Voltaire devolvió el juego contra las hebreas y cristianas; la diferencia es que hoy, en cambio, el mitógrafo no está dispuesto a reirse de ninguna y no desperdicia el menor detalle, por infantil y grotesco que aparente ser su envoltura. La utilidad de este procedimiento ha podido comprobarse, como supongo, en las páginas que preceden, en las que nos ha permitido adoptar una metódica interpretativa que rebasa el plano meramente mitográfico, porque sus resultados inciden en los problemas más apremiantes de la historiografía peruana.

En este escrito se ha prescindido de las adherencias que las *Memorias* guardan con la obra completa de Montesinos. Así lo han hecho todos los críticos que nos han precedido, a pesar de que es un procedimiento defectuoso. Una de las esperanzas que desearía ver pronto realizadas, es que pueda brindar a los estudiosos una edición completa de *Ophir de España*, de la que salga nítidamente perfilada la personalidad de este clérigo singular, empapado de tradiciones judías, quien escribió una historia del Perú a guisa de capítulo digresivo del Viejo Testamento.

A los historiadores peruanos dedico este trabajo, con gran estimación y afecto, en prueba de que me he sentado como atento comensal al simposio en que debatieron tan ampliamente y con tanta pasión estas cuestiones. Ellos han recordado siempre que la primera elaboración de las listas de Montesinos

fué publicada en un periódico argentino, la REVISTA DE BUENOS AIRES. El recuerdo toma mayor vida hoy, al cerrarse el primer siglo de discusiones montesinianas con este estudio, que ve la luz en otra publicación argentina, los ANALES DEL INSTITUTO DE ETNOGRAFÍA de la Universidad de Cuyo.



LISTA DE LA LITERATURA CITADA

(fuera de las ediciones de las *Memorias*, no se incluyen las obras de Cronistas).

I. ANGULO P. DOMINGO. — *El licenciado Fernando de Montesinos*; en "Colección de Libros y Doc. referentes a la hist. del Perú"; tomo VI (2ª Serie) Lima 1930; pp. ix-xxii.

II. ANTUNEZ DE MAYOLO SANTIAGO. — *Las ruinas de Tinyash, alto Marañón*; en "Rev. de la Escuela Nac. de artes y oficios", Lima, Enero de 1935.

III. BRINTON DANIEL GARRISON. — *The Myths of the New World*; New York 1868; Tercera edición, Filadelfia 1905.

IV. CUNEO VIDAL ROMULO. — *Historia de la Civilización Peruana*; Barcelona s/f.

V. CUSHING FRANK HAMILTON. — *Zuñi fetiches*; en *2º Annual Report of the Bur. of Ethnology 1880-81*"; Washington 1883, pp. 9-44.

VI. E. DURKHEIM et M. MAUSS. — *De quelques formes primitives de classification*; en "L'Année Sociologique" tomo VI, París 1908 pp. 1-78.

VII. GONZALEZ DE LA ROSA MANUEL. — *El Padre Valera primer historiador peruano*; en "Revista Histórica" tomo II; Lima 1907, pp. 180-199.

VIII. del mismo Autor. — *Découverte de trois précieux ouvrages du métis peruvien Blas Valera, qu'on croyait détruits en 1596*; en "Journal des Amér. de Paris", tomo IV, París 1907, pp. 192-202.

IX. del mismo Autor. — *Los Comentarios Reales son la réplica de Valera a Sarmiento Gamboa*; en "Revista Histórica" tomo III, Lima 1908, pp. 296-306.

X. del mismo Autor. — *Réplica al Señor Riva Agüero*; misma revista y tomo, pp. 190-204.

XI. del mismo Autor. — *Ensayo de cronología Incaica*; misma revista, tomo IV, pp. 41-54.

XII. del mismo Autor. — *Las obras del Padre Valera y Garcilaso*; misma revista, tomo IV, pp. 301-311.

XIII. von HUMBOLDT ALEJANDRO. — *Vues des Cordilleres*, etc. traducido: *Sitios de las Cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América*; Madrid 1878.

XIV. IMBELLONI JOSE. — *La Esfinge Indiana, antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*; Buenos Aires 1926.

XV. del mismo Autor. — *Perú, arqueología*; en la *Enciclopedia Italiana*, Roma 1931.

XVI. del mismo Autor. — *Epítome de Culturología*; "Biblioteca Humanior", Sección A, Tomo 1; Buenos Aires 1936.

XVII. del mismo Autor. — *Gli Andini (Sudamerica)* en la obra *Le Razze e i Popoli della Terra*, por un grupo de profesores bajo la dirección de Renato Biasutti; UTET editora, Turín 1941.

XVIII. del mismo Autor. — *Colores del espacio y segmentos del tiempo en la fase templaria, o proto-histórica del pensamiento humano*; conferencia pronunciada en la Universidad Mayor de San Marcos, de Lima, el 8 de Setiembre de 1939; amplios resúmenes en "*El Comercio*" y "*La Crónica*" del sábado 9 de Set. 1939.

XIX. del mismo Autor. — *La concepción del Mundo de los Amautas reconstruída, formas peruanas del Pensamiento Templario*; en "*Actas del XXVII Congr. Intern. de Americanistas*", Lima 1939.

XX. del mismo Autor. — *Los vocablos Pachacúti y Pachacútec de los Cronistas del Perú y sus determinantes gramaticales y semánticas*; en "*Actas del XXVII Congr. Int. de Amer. Lima 1939*"; también en "*Boletín de la Acad. Argentina de Letras*" tomo VII, Buenos Aires 1941, pp. 353-375.

XXI. del mismo Autor. — *El 'Génesis' de los pueblos protohistóricos de América*. Primera Sección: *La narración Guatemalteca*; en "*Bol. de la Academia Arg. de Letras*", tomo VIII, 1940, pp. 539-628. Forma parte de la serie "*Religiones de América*" con el N° 3.

XXII. del mismo Autor. — *El 'Génesis' etc.* Segunda Sección: *Las fuentes de México*; en el mismo *Boletín*, tomo IX, 1941, pp. 235-311. "*Religiones de América*", N° 4.

XXIII. del mismo Autor. — *El 'Génesis' etc.* Tercera Sección: *Las fuentes de Yucatán*; en prensa en el mismo *Boletín*. "*Religiones de América*" N° 5.

XXIV. del mismo Autor. — *El 'Génesis' etc.* Cuarta Sección: *Los monumentos plásticos mexicanos y yucatecos (restos pétreos y pinturas) como testimonio de la Doctrina de las Edades*, en preparación. "*Religiones de América*" N° 6.

XXV. del mismo Autor. — *El 'Génesis' etc.* Quinta Sección: *Sinopsis crítica de la cosmología-escatología centroamericana y mexicana con especial atención al cómputo cronológico*; en preparación. "*Religiones de América*" N° 7.

XXVI. JIMENEZ DE LA ESPADA D. MARCOS. — *Dedicatoria de las Memorias*, que precede al texto de Montesinos, Madrid 1882.

XXVII. LAFONE QUEVEDO SAMUEL. — *Discusión sobre la disertación del Prof. Max Uhle*; en "*XVII Congr. Intern. de American., Buenos Aires 1910*", Buenos Aires 1912; pp. 346-347.

XXVIII. LATCHAM RICARDO E. — *Los Incas, sus orígenes y sus Ayllus*; Santiago de Chile, 1928.

XXIX. LOPEZ VICENTE FIDEL. — *Dinastías peruanas, según Montesinos*; en "Revista de Buenos Aires", tomo XX, 1869, pp. 325-338.

XXX. del mismo Autor. — *Les Races aryennes du Pérou, leur langue, leur religion, leur histoire*; París 1371.

XXXI. MARKHAM SIR CLEMENTS R. — *The Incas of Peru*; Londres 1910.

XXXI bis. del mismo Autor. — *The Megalithic Age in Peru, en 'Intern. Americ. Congress, Stuttgart 1904'*, pp. 521-529.

XXXII. del mismo Autor. — *Introduction to 'Memorias Antiguas'*; en el libro de Means 1920; pp. 3-15.

XXXIII. M. MAUSS et H. HUBERT. — *Représentations religieuses d'êtres et de phénomènes naturels*; en "L'Année Sociologique" tomo X, París 1905-6, pp. 302-317.

XXXIV. MEANS PHILIP AINSWORTH. — *Memorias antiguas históricas del Perú, by Fernando de Montesinos, translated and edited by*; Hakluyt Society, Londres 1920.

XXXV. del mismo Autor. — *A discussion of the significance of the 'Memorias Historiales' of father F. Montesinos*; en la edición inglesa de Montesinos, Means 1920; pp. xi-xxix.

XXXVI. del mismo Autor. — *Eight chronological tables to elucidate the ancient Memories of the history of Peru by the lic. F. Montesinos S. J.*; en la edición inglesa de Montesinos, Means 1920, pp. xxxiii-xlvii.

XXXVII. MONTESINOS licenciado FERNANDO DE. — *Memorias antiguas históricas del Perú*; sus ediciones:

1840. Edición francesa intitulada: *Memoires historiques sur l'ancien Pérou*, publicada en la Colección de Viajes de Ternaux-Compans, París 1840; sigue el Ms. de la Merced en la copia del Abad Josef.

1869. Edición castellana, la primera en este idioma, publicada en la "Revista de Buenos Aires" tomos XX a XXII (1869 a 1870); la transcripción fué brindada por Vicente Fidel López y procede del mismo original que la anterior.

1882. Edición castellana cuidada por D. Marcos Jiménez de la Espada; en "Colección de libros españoles raros o curiosos", tomo XVI; Madrid 1882. Procede del Ms. de la Biblioteca Universitaria de Sevilla.

1920. Traducción de la anterior por Philip Ainsworth Means, editada por la Hakluyt Society, Londres 1920; véase Means.

1930. Reproducción de la edición matritense de 1882, en la "Colección de libros y documentos etc." que dirige Horacio H. Urteaga; Lima 1930, con algunas omisiones en el texto.

XXXVIII. NUTTAL ZELIA. — *The fundamental principles of old and new World civilizations*; en "Archaeolog. and Ethnol. Papers" Peabody Museum, Cambridge Mass., volumen II, 1901.

XXXIX. PARDO LUIS A. — *Las tres fundaciones del Cuzco*; en "Revista Universitaria", Segunda Época, año XXIII, N<sup>o</sup> 66; Cuzco 1934, pp. 47-89.

XL. PATRON PABLO. — *La veracidad de Montesinos*; en "Revista Histórica", tomo I, Lima 1906, pp. 289-303.

XLI. del mismo Autor. — *Capaccuna Incaica o sucesión de los Incas*; Lima.

XLII. PIETSCHMANN RICHARD. — *Some account of the illustrated chronicle by the peruvian indian D. Felipe Huaman Poma de Ayala*; en "XVIII Congr. Intern. Americanistas, Londres 1913", pp. 510-521.

XLIII. POLO JOSE TORIBIO. — *Blas Valera*; en "Revista Histórica" tomo II, Lima 1907, pp. 544-552.

XLIV. DE LA RIVA AGÜERO JOSE. — *Examen de la primera parte de los comentarios Reales*; en "Revista Histórica" tomo I, Lima 1906, pp. 515-561.

XLV. del mismo Autor. — *Garcilaso y el Padre Valera, respuesta a una crítica*; en "Revista Histórica" tomo III, Lima 1908, pp. 46-49.

XLVI. del mismo Autor. — *El señor Gonzalez de la Rosa y las obras de Valera y Garcilaso*; en "Revista Histórica" tomo IV, Lima 1909, pp. 312-347.

XLVII. del mismo Autor. — *La Historia en el Perú*; Lima 1910.

XLVIII. del mismo autor. — *Civilización peruana, época prehispanica*; curso de 1937; Lima 1937.

IL. RIVERO MARIANO ED. y von TSCHUDI J. — *Antigüedades Peruanas*, Viena 1851.

L. TELLO JULIO C. — *Antiguo Perú, primera época*; Lima 1929.

LI. del mismo Autor. — *Las primeras edades del Perú por Guaman Poma, ensayo de interpretación*; Lima 1939.

LII. UHLE MAX. — *Los orígenes de los Incas*; en "XVII Congr. Intern. Americanistas, Buenos Aires 1910", Buenos Aires 1912; pp. 302-353.

LIII. URTEAGA HORAGIO H. — *Précámbulo a las Memorias antiguas de Montesinos en "Colección de libros y doc. etc."* tomo VI, segunda Serie; Lima 1930.

LIV. VASQUEZ GUINALDO M. — *En rededor de las 'Memorias', cronología peruana*; en "Revista Universitaria" año XIII, vol. 2, 3er. trimestre, Lima 1918, pp. 65-86.

LV. del mismo Autor. — *En derredor de las 'Memorias Historiales', los monarcas de Montesinos*; Lima 1912. Reproducido a manera de apéndice en el tomo VI (Segunda Serie) de la "Colección de libros etc." dirigida por el prof. Urteaga, Lima 1930; pp. 131-172.